

Angela Q.

La Cita

Romance de una escritora

La cita
Romance de una escritora
Angela Q.

Derechos de autor © 2020 Angela Q.

Título: La cita

Copyright © 2020 Angela Q.

Registro de la Propiedad Intelectual

Registro de Imagen: Designed by drobotdean / Freepik

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Contenido

<u>Página del título</u>
<u>Derechos de autor</u>
<u>CAPÍTULO UNO</u>
<u>CAPÍTULO DOS</u>
<u>CAPÍTULO TRES</u>
<u>CAPÍTULO CUATRO</u>
<u>CAPÍTULO CINCO</u>
<u>CAPÍTULO SEIS</u>
<u>CAPÍTULO SIETE</u>
<u>CAPÍTULO OCHO</u>
<u>CAPÍTULO NUEVE</u>
<u>CAPÍTULO DIEZ</u>
<u>CAPÍTULO ONCE</u>
<u>CAPÍTULO DOCE</u>
<u>CAPÍTULO TRECE</u>
<u>CAPÍTULO CATORCE</u>
<u>CAPÍTULO QUINCE</u>
<u>CAPÍTULO DIECISÉIS</u>
<u>CAPÍTULO DIECISIETE</u>

CAPÍTULO UNO

“Pelayo el mono nunca quiso ser malo, pero no podía evitarlo”. El mal día de Pelayo

Cristina Barbera entrecerró los ojos, estudiando al hombre sentado frente a ella. Él la contrató para mejorar su imagen de citas online, ella usaría palabras en su perfil como; —Alto, robusto, hombre de campo y entusiasta de los deportes—, porque un cuerpo como el suyo no venía de un gimnasio. Su cabello oscuro tenía sutiles rayas rojizas, y sus llamativos ojos azules se clavaban en el alma.

Perfecto, excepto por un ligero golpe en el puente de su nariz bien proporcionada. Probablemente roto en una de sus persecuciones varoniles. Sería considerado un diez en la escala de cualquier mujer.

—¿Por qué debería usar su pequeño servicio en línea cuando hay tantas otras opciones, Srta. Barbera?

Hasta que habló. La arrogancia bajó el rating de Felipe Monserrat a un seis. Había sido brusco y sostenía un aire claramente desinteresado desde el momento en que se dieron la mano.

Ignorando su comentario sobre su “pequeño servicio online” ella dijo;

—Soy la mejor.

Deslizó su folleto por la mesa y sonrió con confianza.

—¿Por qué conformarse con menos?

Gruñó como un hombre de las cavernas antes de que su cabeza de pelo oscuro se inclinara para estudiar el folleto que ella había diseñado para su negocio de citas y que le ofrecía la mejor experiencia.

Mientras esperaba su próxima respuesta grosera, Cristina percibió los ricos aromas del café y la bondad de la mantequilla, mientras estudiaba el abarrotado café que su mejor amiga, Ángeles, había abierto nueve meses antes. La inversión de Cristina en *Glory Café* le dio un cuarenta por ciento de la propiedad de la compañía. Tal vez pronto empezaría a ver algunas ganancias en dólares reales en lugar de en café gratis y sándwiches de pavo. Entonces podría concentrarse en escribir libros para niños a tiempo completo, y convencer al hombre que amaba desde los catorce años de que dejara de considerarla nada más que la mejor amiga de su hermana pequeña. El amor no correspondido apestaba. Pero eso terminaría pronto, porque ella tenía un plan.

—A ver si lo entiendo—, dijo el cavernícola, llamando su atención sobre la reunión.

—Me paso toda la noche relleno un cuestionario que usarás para modificar mis perfiles de citas online, mostrándome de la mejor manera posible. Filtras las respuestas y arreglas las fechas para las mujeres más prometedoras. Y luego, si pago extra, ¿me acompañas en el primer encuentro? ¿Como Casamentera? ¿Parada en los arbustos susurrando palabras para ayudarme a

cortejar a una mujer?

Riéndose, tiró el folleto a un lado.

Su sonrisa mostraba unos dientes perfectos, rectos y blancos. Era un cliché andante, y desafortunadamente hablando. No era justo. Parte de esa perfección debería haberse difundido. Ella suspiró.

—Estar de pie en los arbustos no es mi idea de diversión, así que suelo optar por sentarme en una mesa cercana. Usando pequeños dispositivos Bluetooth, puedo escuchar la conversación y luego dar consejos a mis clientes, ayudándoles a evitar esos momentos de silencio, que muchas veces parecen eternos. Pero no creo que a un tipo como tú le interese esa parte de mi servicio.

Sus ojos se entrecerraron.

—¿Qué clase de tipo crees que soy?

Se le ocurrió que era grosero y engreído.

—Confiado. No sabré lo que buscas en una mujer hasta que te pases toda la noche rellenando mi formulario, pero no me parece alguien que esté buscando en serio a su alma gemela.

—¿Almas gemelas? — Resopló.

—¿Eres una de esas?

Se inclinó más cerca y una ola de aftershave caro y potente llenó el estrecho espacio entre ellos.

—Apuesto a que sueñas con el caballero en un caballo blanco que te arrastrará hasta su castillo para que puedan vivir felices para siempre.

Sí, y su caballero se llamaba Doctor Jorge Mancera. Debía regresar de un período de dos años con Médicos sin Fronteras la semana próxima. Pero el caballo y el castillo, claramente, podía vivir sin ello. Eso sería exagerado. Cristina levantó su barbilla.

—Entonces, Sr. Monserrat, si no busca el amor verdadero, ¿por qué está aquí? Mi página web y mi folleto no dicen nada sobre proporcionar servicios de acompañante.

Se rió y se recostó en su silla. Estudiándola de cerca, tomó un largo sorbo de su taza de café, como si contemplara en algún lugar de la taza la respuesta a su simple pregunta. Después de probar un bocado de la galleta con chispas de chocolate que Cristina le proporcionó, sus ojos se abrieron de par en par.

—¡Esto esta condenadamente bueno!

Ella medio esperaba que dijera —Ugh— o se golpeará el pecho en aprobación. En cambio, Felipe se terminó la galleta en tres bocados de tamaño normal, y luego se limpió la boca en la servilleta. Al menos tenía buenos modales en la mesa.

—No necesito ayuda en el departamento de sexo, Srta. Barbera. Soy realista. No espero encontrar el amor, sólo alguien compatible con quien pueda disfrutar del tiempo. Trabajo mucho y tengo poco tiempo hasta la fecha.

Luego le disparó lo que parecía ser su primera sonrisa genuina en todo el día.

—Pero si estás libre... ¿podríamos saltarnos ese largo cuestionario?

Ella necesitó hacer uso de todo su autocontrol para abstenerse de poner los ojos en blanco.

—No salgo con clientes.

—No he firmado nada, así que no soy tu cliente.

Tampoco lo sería. Apenas se mantenía a flote financieramente, pero tenía sus estándares. No necesitaba tanto el dinero del hombre. Incluso si era el más tentador de los caramelos para los ojos que había conocido. Cristina recogió sus cosas y se puso de pie. Cuando él también se puso de pie, ella extendió su mano.

—Lamento que mi pequeño servicio en línea no sea lo que está buscando. Le deseo lo mejor, Sr. Monserrat. Adiós...

Le tomó la mano, pero no la estrechó. En cambio, el, la sostuvo suavemente mientras la miraba profundamente a los ojos. ¿Algo en su expresión cambió de imprudencia a respeto? Enviaba un extraño aleteo a su estómago. Su boca se inclinó en una sonrisa lenta.

—No, creo que eres justo lo que estoy buscando, Cristina Barbera. Rellenaré el cuestionario de tu página web esta noche, e incluso pagaré el paquete completo. Podría ser divertido oír tu voz grave y sexy susurrándome al oído.

Le dio un suave apretón de manos, y luego se giró para irse. Cristina miró su amplia espalda cubierta de fina seda italiana mientras abría a empujones las puertas de doble cristal y se ponía un par de gafas de sol de diseñador

¿Por qué un tipo guapo como él necesitaba su ayuda? ¿Qué estaba intentando?



Felipe arrancó su Porsche y salió rápido de su lugar de aparcamiento. Podía sentir que Cristina sospechaba que sus intenciones no eran buenas, pero no le había mentado. No había dicho una mentira desde que su padre abandonó a su familia, por su culpa, hace veinte años. Estando en el negocio, había aprendido a mantener sus cartas sobre la mesa, ocultar ciertos hechos, pero siempre decir la verdad cuando se le preguntaba, incluso si esa pregunta era totalmente directa. Hacer otra cosa podría arruinar la vida de la gente. Como la de su madre. Había rellenado su información real en la hoja de entrevistas de Cristina, así que su farsa no duraría para siempre, pero espiarla podría ser lo más divertido que había hecho en mucho tiempo.

La imagen de Cristina arrancó una sonrisa de sus labios mientras se mezclaba con el tráfico. Una sexy duendecilla rubia con una voz sorprendentemente profunda, una nariz perfecta y los ojos verdes más bonitos que había visto. Mejor aún, la mujer tenía una columna vertebral de acero. Él admiraba eso. Ella podría ser de la mitad de su tamaño y aun así no soportó ninguna de las porquerías que él había tirado para ponerla a prueba. Ella pasó con éxito el examen.

Cristina Barbera, hija de una familia obscenamente rica que había amasado su fortuna en bienes raíces en Madrid, era una mujer interesante.

Le agrado disfrutar de su compañía más de lo que había disfrutado de cualquier otra mujer en mucho tiempo.

Después de preguntarle a uno de los primos de Cristina sobre ella y leer todo sobre ella en la red, se enteró de que sus tíos la habían criado. Nadie parecía saber lo que les pasó a sus padres. O, nadie quería hablar de ello. Era extraño que una heredera rica como la madre de Cristina pueda simplemente desaparecer de la faz de la tierra. Probablemente había mucho más que esa historia, y eso hizo de Cristina un misterio aún mayor. Uno que le gustaría resolver. Se detuvo en el estacionamiento subterráneo de su edificio de oficinas y se situó en su lugar asignado. Ahora sólo tenía que averiguar qué era lo que hacía que el negocio de Cristina tuviera tanto éxito. Ella era la mayor competidora de su hermana Sara. Descubriría los secretos detrás del negocio de Cristina de forma legal, convirtiéndose en su cliente, y luego se aseguraría de que el negocio de su hermana tuviera el mismo éxito. Sara, recientemente viuda y demasiado testaruda para pedir ayuda, dirigía su servicio de búsqueda de pareja en línea con el corazón: la parte comercial no era su prioridad, pero tenía que serlo si quería salvar su patrimonio.

Le había prometido a su abuela la noche en que murió que ayudaría a que el negocio de Sara prosperara, manteniendo así viva la larga línea de casamenteros por parte de su madre. La abuela dijo que la hija de Sara, su sobrina, Amparo, también tenía el “don”, así que era su trabajo asegurarse de que habría un negocio que heredar. El que la abuela supiera que una niña de seis años tenía el “don” parecía un poco loco, pero una promesa era una promesa, así que la cumpliría. Y lo que su hermana no sabía, no le haría daño, así que tenía que recurrir a arreglar su negocio a sus espaldas. Arreglar las cosas era lo que mejor sabía hacer. Al salir del coche y dirigirse al décimo piso, un familiar tono de llamada de Disney sonó en el abrigo de su traje. Alcanzó su móvil y respondió con;

—Hola, su alteza.

Amparo, que recientemente había declarado que planeaba ser una princesa cuando creciera, se rió.

—Hola, tío Felipe. Mami dijo que te recordara lo difícil que es para las mamás solteras estar en dos lugares al mismo tiempo antes de que te pregunte algo...

—Pon a tu madre, la chantajista, al teléfono, Amparo...

Después de un momento, y una breve discusión con Amparo, Sara dijo;

—Muchas gracias. Primero le compras un celular a una niña de seis años sólo porque me lo

pidió, ¿y ahora tengo que explicarle qué es el chantaje?

—Te lo mereces.

Felipe atravesó las puertas de cristal, saludó a la recepcionista y se dirigió a su oficina.

—Pero todo lo que tienes que hacer es decirle que es lo que me haces cada vez que quieres un favor.

Se quitó el abrigo del traje y lo tiró en el sofá de cuero de su oficina antes de aflojarse la corbata.

—Lo que tengas que decirme tendrá que ser rápido. Estoy ocupado...

—Sí, sí, ocupado matando las esperanzas y sueños de la gente cuando les dices que no son necesarios para el balance final de la compañía. Hacer algo noble para variar será bueno para tu alma ennegrecida.

—¿Qué hay de todos esos trabajos que la gente podrá mantener cuando salve a dicho negocio de fracasar?

Movió su mouse y abrió su correo electrónico. Su trabajo era reestructurar los negocios. A veces eso significaba que había que cortar los trabajos de algunas personas.

—Mi alma es tan blanca como la nieve...

—Blanca como la....

El resoplido de incredulidad de su hermana se mezcló con los sonidos de los golpes de teclado.

—Así que, de todos modos, tengo una reunión y tú eres mi último recurso. Amparo ha esperado toda la semana la firma de libros de “Pelayo”. Si te niegas, serás responsable de que su pequeño corazón se rompa. No es que no estés acostumbrado a romper los corazones de las mujeres.

—Oye, no he roto el corazón de nadie en años. En realidad, tuve una relación estable durante los últimos dos años, ¿recuerdas?

Beatriz había estado trabajando sin parar en un gran caso, y su carrera estaba en primer lugar, y ella lo entendió totalmente y sin resentimientos.

—Esa no fue una relación real para los estándares de nadie. Y está jugando el truco más viejo del libro al romper contigo y esperar que la eches de menos. Está enamorada de ti y espera que crezcas y te des cuenta de que no eres como papá.

Nunca sería como su padre infiel. Causando el tipo de dolor por el que vio pasar a su madre. No veía ningún beneficio en el matrimonio y los hijos. Especialmente después del daño que su padre había causado a su familia. ¿Y Beatriz, enamorada de él? No. Tenían reglas.

Habían sido libres de salir con otros, pero si se acostaban con alguien más, el trato entre ellos se acababa. Beatriz era una abogada muy ocupada y quería lo mismo que él. Sexo monógamo y sin complicaciones, sin las emociones desordenadas. Les había servido a ambos pasar su tiempo juntos. Sara sólo intentaba hacerle sentir culpable para que se llevara a Amparo.

—Beatriz sabía que nunca me casaría, así que tu teoría está llena de locura....

—Tu dirás. Así que, la dejaré en tu oficina mañana a las tres y media, y luego sólo tienes que llevarla a la librería del centro comercial. Comienza a las cuatro.

Felipe había tenido que hacer cosas peores al crecer en una casa llena de mujeres. Si pudo comprar tampones de emergencia y esmalte de uñas rosa, probablemente podría hacer un viaje a la librería con su sobrina. Después de un rápido vistazo a su agenda, añadió un espacio de color en ella.

—¡Esperaré ser alimentado después!

—Trato hecho—. Pero no esperes nada elegante.

—Bien—. Antes de que su hermana pensara en otros recados para él, corto la llamada. Sara odiaba que él le colgara. Podía visualizar el ceño fruncido en su cara mientras bajaba el teléfono.

No existía nadie más divertido para burlarse. Seguramente encontraría una forma de vengarse. Lo esperaba con ansias. Riéndose, se puso a trabajar ennegreciendo su alma, salvando a los negocios de una muerte segura.



Cristina se sentó en el sofá de su sala de estar, con los pies apoyados en la mesa de café, tecleando su portátil. Había estado fuera de control desde su encuentro con Felipe Monserrat esa mañana, así que no le sorprendió que acabara de escribir a Pelayo, el travieso monito de sus libros, en un problema. Uno del que no podría salir, aunque apilara una tonelada de plátanos uno encima del otro. Se volvió hacia Ángeles, que se sentó en el extremo opuesto del sofá. Cristina necesitaba una sacudida de inspiración o tal vez una idea al azar que Angie siempre parecía capaz de proporcionar.

Su mejor amiga, compañera de cuarto, y ahora socia, de repente estalló en una risa histérica con el programa de bodas que miraba en ese momento en la televisión. Cristina odiaba esos programas porque las mujeres que los protagonizaban le recordaban a su fría y narcisista tía Mónica. En lugar de distraer a Angie de su diversión, Cristina decidió dar por terminada la noche. La solución le vendría por la mañana, esperemos. Su editor la tenía con plazos muy ajustados, exigiendo tres nuevos libros el año, y cada uno tenía que ser mejor que el anterior. Era la única manera de sacar su serie de la lista media y ponerla en la lista de best-sellers. Pero entrar en una lista no fue la razón por la que escribió libros sobre un mono pícaro que siempre estaba en problemas. Quería enviar el mensaje de que los errores y los accidentes ocurren, y que los niños necesitan aprender a ser perdonados por ellos. Afortunadamente, la mayoría de los niños no tenían

tanto que perdonar como ella.

Las cicatrices dejadas después de que Cristina matara accidentalmente a sus padres y a su hermana por su descuido eran más profundas que las que el accidente dejó en sus piernas. Pero si pudiera salvar a un solo niño de la culpa que siente todos los días, valdría la pena todos sus esfuerzos, no importaba si llegaba a la lista de best-sellers o no.

Cuando estaba a punto de dormirse por la noche, su ordenador sonó, anunciando un correo electrónico entrante de su sitio de citas. Ansiosa por alejar sus pensamientos no deseados de cicatrices y culpa, abrió el mensaje. Era de él, haciendo clic en el archivo adjunto, ella escaneó los archivos antes en busca de virus. Felipe había sido fiel a su palabra, había pagado el paquete completo. Su rostro, en toda su molesta perfección, le resplandecía en las fotos que adjuntó. Su cuestionario estaba completamente lleno, y proporcionó todas sus contraseñas a la red social y a los sitios de citas a los que ella le había sugerido que se uniera para poder editarlos. Ahora la pelota estaba en su campo. Había buscado en Google a Felipe antes de reunirse con él y había descubierto que era un año mayor que ella con treinta años, y que era dueño de una exitosa empresa de consultoría de negocios. Felipe parecía estar diciendo la verdad sobre sí mismo y sus finanzas. Ella había visto el Porsche que él había conducido antes, un modelo similar al que ella poseía antes de venderlo, decidiendo vivir de sus propias ganancias, no del dinero controlado por sus tíos.

Escaneando las preferencias de Felipe por las mujeres, Cristina rió de buena gana.

—¿Recuerdas al tipo molesto de esta mañana, Angie?

—¿Quién podría olvidarlo? —. Angie apareció al lado de Cristina instantáneamente. —¿Este es el cuestionario del apuesto hombre de las cavernas?

—Sí. Te va a encantar.

Sonriendo, Angie agarró el ordenador y lo colocó en su regazo.

—A Felipe le gustan las mujeres altas, no pequeñas como tú, así que eso te deja fuera...

—Estoy destrozada—. Cristina puso una mano sobre su corazón.

—Pero eso es bueno para ti, chica exótica.

—Sí, lo es—. Los ojos de Angie se iluminaron de emoción hasta que vio los dos siguientes artículos.

—¿En serio? Él quiere una rubia con grandes tetas. El tipo no tiene imaginación alguna. Debería expandirse a morenas con pechos de tamaño normal. Son las mejores en la cama. Leí un cuestionario de una revista que lo confirma, por cierto.

Cristina asintió con la cabeza y se esforzó por mantener una mirada solemne en su rostro. — Sin duda alguna. Pero no dejes de leer ahora.

Los ojos de Angie se iluminaron de indignación.

—¡El hombre no puede hablar en serio!

Felipe quería lo imposible. Una rubia bomba a la que le gustara acampar, hacer deporte, ver deportes, ir a los pubs de cerveza, y quería que ella cocinara para él. Le encantaban los dulces.

Cristina se rió.

—Sólo la chica de los sueños de Felipe podría lanzar la bola fuera del campo sin sudar. Luego el equipo celebraría en el bar deportivo más cercano, donde apartaría al chef y prepararía la mejor comida de bar conocida por la humanidad para Felipe y sus amigos. Después de eso, se sentarían a recordar el juego que ella ayudó a ganar y beberían todas esas pesadas y oscuras cervezas, sin pensar en mantener esa figura perfecta suya. Luego le susurraría al oído a Felipe lo mucho que esperaba su viaje de campamento porque adoraba verlo nadar desnudo bajo las cascadas.

Angie se inclinó más cerca de la pantalla. —¿Tiene nadar desnudo en su lista?

—No—. Cristina se rió. — Pero creo que ya hemos cubierto la idea de cada quinceañero sobre la mujer perfecta.

—Buena suerte con este—. Angie sacudió la cabeza y le devolvió el ordenador.

—En realidad, si no fuera por la altura y los exuberantes senos, Felipe podría enamorarse de ti. — Angie batió sus ojos, imitando a una verdadera belleza sureña. — Cristina Barbera, eres la marimacha más linda que Dios ha puesto en esta tierra.

Cristina puso los ojos en blanco. —Sólo espero que tu hermano pueda olvidar esa parte y me vea como una mujer después de todos estos años, no como la chica a la que solían dejar jugar al fútbol con los chicos después de la escuela.

Angie sonrió dulcemente y le dio una palmadita en el brazo a Cristina. —Eras la receptora ancha más rápida del vecindario, Cristina, y la única chica que siempre quiso jugar con esos chicos rudos. Eso podría ser un poco difícil de olvidar para Jorge. Pero hablaré bien de ti. Me encantaría que terminaran juntos porque así seríamos hermanas de verdad, no sólo de corazón—. Angie le dio un golpe en el hombro. —Sería fabuloso mujer marimacha.

—Podría ser un chico de solo una noche.

Dejando salir un largo suspiro, Cristina murmuró;

—Por favor Dios, deja que Jorge sea el primero en pasar por alto las cicatrices de mis piernas.

CAPÍTULO DOS

“Decir siempre la verdad es muy difícil, especialmente para Pelayo el mono.

Mentiroso, mentiroso, los pantalones de Pelayo están en llamas.”

Cristina levantó la vista de su portátil y frunció el ceño a Felipe mientras él se dirigía hacia ella a través de la concurrida cafetería. El hombre llegó más de una hora tarde y ni siquiera tuvo la decencia de llamar. Dobló su largo cuerpo en la silla junto a la de ella. Luego la bendijo con una de sus sonrisas.

—No piensas que soy adorable.

—Mi reunión se alargó y me muero de hambre. ¿Qué hay de bueno hoy?

—¿En serio? No un “Lo siento” o un “Hola”, ¿cómo estás?

—Los modales se venden baratos hoy en día. Deberías comprar una doble dosis. Podrías usarlos.

Se rió.

—Siento haberte hecho esperar...

Cristina levantó un dedo y apuntó a su auricular Bluetooth antes de activar su micrófono. Estaba ayudando a un cliente a dos mesas de distancia y la conversación se había ralentizado.

—Pregúntale qué es lo que más le gusta de su mejor amiga.

Eso hizo que la cita de Roberto, una linda pelirroja, sonriera y saliera la conversación a borbotones, así que Cristina bebió su café con leche y abrió la página de Facebook de Felipe en su computadora.

—Tengo algo en unas horas, esta tarde, así que voy a tratar de ayudarte a ti y a Roberto al mismo tiempo. Comencemos con estas fotos de romance de ustedes y sus compañeros lanzándose de cosas atadas a cuerdas elásticas y cuerdas de bungee. Oh, y no olvidemos las fotos de grupo obligatorias después de celebrar tu valentía con vasos de plástico rojo llenos de cerveza.

Felipe se inclinó más cerca y lanzó su brazo alrededor del respaldo de su silla.

¡Por Dios! olía tan bien.

—Pero eso es lo que hago.

Rozo su boca contra su oreja y envió un temblor a su columna vertebral.

—He recibido muchos e-mails con fotos de desnudos adjuntos de estas fotos. A las mujeres

les gustan los tipos sudorosos con camisas ajustadas y con todos los músculos visibles.

Se inclinó, disgustada consigo misma por querer sentir momentáneamente esos grandes músculos también.

—A menos que tengas aspiraciones de ser un bailarín de Chippendale.

—Bailar no es lo mío.

—O un gigoló, nos deshacemos de algunas de estas fotos mostrando la piel, amigo.

—El gigoló que podía ser tendré que olvidarlo. — Felipe sonrió.

—Pero ya me has dicho que no serás mi proxeneta, así que tendré que buscar a otra si voy por ese camino.

Después de que Cristina le enviara una larga mirada de reojo, dijo:

—Bien. Lo que tú digas, Maestra de las Citas.

Borró la mayoría de las fotos y luego añadió algunas de las fotos profesionales que él había proporcionado.

—¿Tienes alguna foto de familia en grupo? Eso enviaría una buena vibra.

Y sería interesante para ver si el resto de su familia era tan bonita como él.

—Estoy seguro de que puedo encontrar algo.

Felipe revisó su Rolex.

—En serio, ¿qué hay de bueno en comer?

Cristina le hizo callar de nuevo para poder hablar con Roberto. —Pregúntale....

—Si prefiere tinas o duchas—, dijo Felipe.

—¡No, no lo hagas!

Cristina saltó y se movió al otro lado de la mesa.

—Pregúntale cuál es su película favorita de todos los tiempos.

Sentada a salvo frente a Felipe, Cristina le envió a Roberto una sonrisa de disculpa. Satisfecha de que la conversación volviera a funcionar, le dijo a Felipe:

—Supongo que eres un carnívoro. El cerdo desmenuzado es increíble.

—Será un cerdo entonces.

Felipe se puso de pie y se destacó su gran cuerpo entre las mesas. Su traje, cortado un poco más apretado que el de ayer, mostraba sus grandes hombros y su trasero. Qué bien. Sería un gigoló bastante decente. Cuando Felipe le dio una palmada a Roberto en la espalda, el corazón de Cristina casi se detuvo. Felipe le lanzó una brillante sonrisa a su confundido cliente.

—Encantado de verte, hombre.

¿Qué estaba haciendo?

¿Se caería la tapadera de Roberto?

Cristina susurró —Sólo sigue la corriente, Roberto. Se llama Felipe.

Entonces ella saltó para mover a Felipe antes de que pudiera hacer más daño. Se detuvo en sus pasos cuando Felipe se presentó a la cita de Roberto y luego procedió a cantar alabanzas acerca de Roberto. Cristina dejó salir el aliento que había estado aguantando mientras Felipe le dijo a Roberto que lo llamara, luego se excusó y se dirigió hacia el mostrador de órdenes. Sentado de nuevo, escuchó como la cita de Roberto dijo;

—Tengo que volver al trabajo, pero esto fue divertido. Me gustaría mucho volver a verte... ¿me llamas?

La tímida sonrisa que iluminó el bello rostro de Roberto le alegró el día a Cristina. Y cuando aprovechó la oportunidad de apuntar un día antes de que ella lo incitara a hacerlo, se sintió orgullosa. Por fin ya estaba tomando buena marcha. Otro cheque en la caja de ganancias. ¡Sí!

Roberto le envió un pulgar arriba a sus espaldas mientras caminaba con su cita hacia su auto.

Recostada en su silla, se quitó el Bluetooth de su oreja mientras contemplaba las acciones de Felipe. ¿Había hecho eso para ser amable, o para ser desagradable? Podría haber sido justo el empujón que necesitaba la cita de Roberto. Pensar que Roberto era amigo de un chico guapo y de conversación suave como Felipe. ¿Qué diablos estaba haciendo Felipe? No la necesitaba. Podía tener a cualquier mujer que quisiera. Una ensalada de pollo a la parrilla del suroeste apareció de repente ante ella junto con un vaso muy frío de su té helado de fresa favorito. Felipe se sentó frente a ella y descargó su bandeja de almuerzo. No sólo consiguió el sándwich de cerdo y un montón de patatas fritas cortadas, además compro un pastel de chocolate y un pastel de vainilla. ¿Cómo podía comer así y seguir teniendo todos esos músculos abultados en lugar de una enorme barriga? ¡Deja de pensar en esas fotos!

—Gracias.

Tomo la cartera de su bolso y sacó un billete de diez, preguntándose cómo es que había elegido su ensalada favorita.

—¿Adivinaste o eres un acosador espeluznante?

Él le hizo señas para que se tomara su dinero.

—Ya que me citaste aquí, le pregunté a la señora del mostrador si sabía lo que más te gustaba. Me dijo que ella se ocuparía de ello.

—Inteligente movimiento. Angie y yo nos cubrimos las espaldas.

Asintió con la cabeza mientras pasaba una papa frita gorda por un charco de ketchup. —Mencionó que ustedes dos se conocen desde hace mucho tiempo.

—Sí. Éramos vecinas cuando crecíamos y luego fuimos a la misma universidad.

—¿Ya le has encontrado un alma gemela?

—Tal vez sea yo.

Cristina le miró a los ojos.

Felipe escupió en su Coca-Cola, pero se recuperó rápidamente.

—No. Definitivamente te gustan los hombres.

Tomó otro trago y luego dejó su vaso, estudiándola atentamente.

—Entonces, ¿has encontrado a Angie el hombre de sus sueños?

Le dio un mordisco a su ensalada, haciéndole esperar su respuesta.

—No está en el mercado en este momento. Se está concentrando en este café.

¿Por qué estaban compartiendo una pequeña charla? El hombre se merecía la revancha por casi darle un ataque al corazón. No debería hacerlo, pero como su mono travieso favorito, Pelayo, no pudo evitarlo.

—Pero Angie a menudo examina los artículos de las revistas sobre relaciones y citas. Anoche mismo, mencionó que había leído una encuesta de hombres que afirmaban que las morenas eran mejores en la cama que las rubias.

Sonrió dulcemente mientras tomaba un poco de té helado.

—¿Alguna idea al respecto, Sr. Monserrat?

Sus cejas se arrugaron al contemplar su respuesta.

—Esos exámenes son falsos, pero como eres rubia y mi mamá ahogó a todos los niños tontos de nuestra familia, sin comentarios.

Se rió a pesar de que no quería demostrar una simpatía exagerada.

—¿Cuántos de esos niños sobrevivieron?

—Tengo dos hermanas mayores. ¿Tú?

—Tenía una hermana menor, pero murió hace mucho tiempo.

Una conocida flecha de dolor apuñaló el corazón de Cristina. Todavía echaba de menos a Sarah como si fuera ayer, no como hace veintidós años que perdió a su hermanita. Y sus padres también. El sándwich de Felipe se detuvo a mitad de camino de sus labios.

—Lo siento. Mis hermanas pueden ser un verdadero dolor de cabeza a veces... pero sobre todo me alegra que sean mis hermanas.

¿Contento de que sean sus hermanas? Tal vez Felipe no era un completo neandertal.

Comieron en silencio durante unos minutos hasta que Cristina no pudo soportar no saber nada más.

—¿Por qué pasaste por la mesa de Roberto?

Se encogió de hombros.

—Las mujeres tienen todo el poder en un primer encuentro. Ellas deciden si tienes una segunda oportunidad. Nunca está de más tener un compinche.

—Hummm.

Era todo cuanto podía manejar. ¿Así que estaba siendo amable con Roberto? Un rompecabezas... no, una contradicción. Eso es lo que era Felipe Monserrat. Terminó su pastel y luego comenzó con el éclair. Después de devorar hasta la última miga, se puso de pie y tiró un cinco sobre la mesa como propina.

—Ignora mi cuestionario y arréglame una cita con una morena. Probablemente debería probar la teoría de Angie.

Le disparó una sonrisa traviesa y luego se dirigió a la puerta.



Felipe le echó un vistazo a su sobrina mientras iban a la librería. No era un experto, pero algo estaba mal. Su cara estaba arrugada y seguía frotándose el estómago.

—¿Estás bien, princesa? Porque si vas muy mareada y eso incluye vomitar, preferiría que no lo hicieras en mi Porsche.

Amparo forzó una sonrisa.

—Sólo estoy emocionada.

—Yo también estaría emocionado de conocer a mi autor favorito en todo el universo. Ese mono Pelayo es divertido. Me gusta.

La cara de Amparo se iluminó.

—¡A mí también!

—¿Seguro que te sientes bien?

Se detuvo en una plaza de aparcamiento.

—Sip.

Amparo se quitó el cinturón de seguridad y abrió la puerta. Felipe la ayudó y luego le tomó la mano mientras cruzaban el estacionamiento. El ritmo de Amparo era especialmente lento, así que la tomó en sus brazos.

—Vamos, pies de plomo. Consigamos un libro de Pelayo.

Cuando Amparo metió su cabeza bajo su barbilla y cerró los ojos, lo confirmó. La pequeña estaba enferma. Se volvió hacia el coche.

—Tal vez sea mejor que consigamos ese libro en otro momento. Cuando te sientas mejor.

La cabecita de Amparo apareció y gimió:

—¡Nooooo!

¡Tengo que conseguir el nuevo libro de Pelayo! ¿Por favor, tío Felipe?

—Bien, cállate. Así que esto es lo que haremos. Recogemos el libro, hacemos que lo firmen y luego volvemos a salir. No te metas en líos. ¿Trato hecho?

Extendió su puño para un golpe de nudillos.

La cara de Amparo se iluminó una fracción mientras le daba un puñetazo.

—Trato hecho.

Después de dejarle a su hermana un mensaje de voz diciéndole que Amparo estaba enferma y preguntándole si debía llevarla al médico, Felipe abrió la puerta de la pequeña librería.

Estaba lleno de gente y olía a cuero y polvo. Él retuvo una maldición en la larga fila delante de ellos. Amparo se sentía pésimo. Necesitaban conseguir el libro lo más rápido posible. Levantando el cuello, contó quince adultos con al menos un niño esperando un autógrafo.

Necesitaba un plan. Cuando vio a una madre de aspecto acosadora con tres hijos, pensó en jugar con sus simpatías maternas para conseguirle a Amparo un mejor lugar en la fila. Pero entonces encontró su billete de vía rápida. Era alta, rubia, vestida con ropa de diseño, hablando

por teléfono e ignorando a su hijo. Mejor aún, su mano izquierda, la que sostenía el teléfono, no llevaba anillo de bodas. Felipe se deslizó entre los otros en la fila y se movió a su lado.

—Hola.

Levantó la vista, sonrió, y luego colgó sin decir adiós.

—Hola.

Miró su mano izquierda extendida en la espalda de Amparo, la que había dejado allí a propósito para mostrar su propia falta de anillo de bodas.

—Soy Judith. ¿Y tú eres?

—Felipe.

Y esta es mi sobrina, Amparo.

Aceptó la mano extendida de Judith y la estrechó. Su mano era mucho más grande y fría que la delicada de Cristina que había sostenido el día anterior.

—Tengo un problema. Amparo no se siente muy bien. No sé si será capaz de esperar en esta larga fila.

Justo en el momento oportuno, Amparo gimoteó:

—No puedo irme hasta que tenga el nuevo libro de Pelayo.

Amparo era buena en su papel. Felipe pensó que se merecía un Oscar en ese momento. Hicieron un gran equipo. Judith miró a la niña que estaba a su lado.

—Estoy segura de que a Sam no le importaría que te coloques delante de nosotros. Especialmente si Amparo no se siente bien.

La niña, una versión en miniatura de su madre en ropa de diseñador, frunció el ceño.

—Sí, lo hare. Aunque hemos estado esperando tanto.

Judith le dio un codazo a su hija.

—Está bien. Así que, pueden pasar Felipe.

Ella miró su traje.

—¿Qué clase de trabajo te permite hacer actividades extras con tu sobrina?

Pensó que sólo tendría que seguir hablando durante unos diez minutos más, y luego podrían irse a la mierda. Amparo se durmió profundamente y babeó en su hombro mientras hablaba con Miss Zapatos de Diseño. Cuando miró adelante para comprobar su progreso, su mirada se posó en

Cristina.

¿Era la autora de los libros de Pelayo?

De día ayudaba a la gente a encontrar el amor, y de noche escribía libros para niños... Algo de eso le pareció un poco extraño. Pero intrigante. No había podido dejar de pensar en ella desde que la dejó unas horas antes. Lástima que ella era del tipo; “valla blanca, niños y un perro” O él estaría tentado de romper su contrato y pedirle salir de verdad. Pero entonces las últimas palabras de su abuela, rogándole que salvara el negocio de Sara, acabaron con ese pensamiento. Cristina levantó la mirada y lo vio, luego su frente se arrugó con la confusión. Levantó la mano en señal de saludo. Le envió un ceño fruncido antes de volver a prestar atención al niño que estaba delante de ella. Cuando Cristina le sonrió al chico, a Felipe se le iluminó toda la cara. Nunca le había sonreído así a él. Probablemente porque había estado actuando como un idiota mientras la espiaba. Quería ser su cliente más desafiante, con la esperanza de revelar todos los trucos que Cristina tenía en su caja de herramientas. Pero en este rato él parecía un tonto por una rubia linda con una gran sonrisa.



Cristina forzó su atención hacia el dulce niño que estaba delante de ella. ¿Qué estaba haciendo Felipe y de dónde sacó a la niña que estaba dormida en su hombro? Su perfil no incluía ningún niño, y la forma en que la señora a su lado sonreía y coqueteaba con él, era obvio que no necesitaba ayuda alguna de su “pequeño servicio online”. Tal vez realmente era un acosador. Tendría que preguntarle a Angie si ella y Felipe tuvieron esa conversación sobre la ensalada en el café como él dijo. Firmó un libro y se lo devolvió a la niña llamada Lauren.

—Gracias por venir a verme hoy. Espero que te guste la historia.

Los ojos azules de Elena brillaban de alegría.

—Me encanta todo lo que hace Pelayo. Es el mejor. Gracias.

—De nada.

Los niños con modales son encantadores. Después de saludar a la madre de Elena, una nueva familia avanzó en la fila hasta estar frente a ella.

Felipe era el siguiente después de ellos. Podía sentir la cálida mirada de él sobre ella mientras firmaba dos libros para las lindas gemelas que estaban delante de ella llamadas Laura y Lisa. Felipe tenía una manera de estudiarla, como si pudiera ver profundamente en su interior, buscando sus secretos fuertemente guardados. Como si fuera un espía y tuviera puesto un micrófono. Cuando le tocó el turno a Felipe, ella no se molestó en saludarlo. En lugar de eso, amartilló una ceja y esperó su explicación. Ignoró el giro que hizo su estómago cuando se paró frente a ella pareciendo una paleta en un palo. Su chica mala interior suplicó por una sola lamida. Pero Felipe era un tipo superficial, sin ataduras. Lo opuesto a Jorge. El hombre al que había esperado dos años. Felipe irradiaba una de sus grandes sonrisas.

—Hola, Candela Kido. Parece que eres una mujer con muchos talentos ocultos.

—Tú también—. Deslizó su mirada hacia la niña dormida en el hombro de Felipe.

—Parece que olvidaste agregar a tu perfil a un padre soltero.

—Esta es mi sobrina.

Le dio un codazo a la chica dormida en su hombro.

—Amparo, despierta. Hagamos que Cristina firme tu libro.

La querida chica de pelo rizado y oscuro bostezó y parpadeó como un bebé búho.

—¿Quién es Cristina?

Las mejillas de la chica estaban antinaturalmente rojas, como si estuvieran enrojecidas por la fiebre. Alarmada, Cristina se puso de pie y extendió la mano al otro lado de la mesa para poner el dorso de su mano en la frente de la niña. Se quemó al tocarla. Felipe tenía una niña muy enferma en sus manos. Algo así tuvo que limitar su estilo mientras coqueteaba con la mujer obviamente enamorada que estaba detrás de él en la fila. Cristina metió un grupo de rizos sueltos que habían caído sobre la frente de la niña detrás de su oreja, exponiendo los mismos sorprendentes ojos azules que los de su irritante tío.

—Pobre bebé. No te sientes muy bien, ¿eh?

Felipe dijo:

—Amparo es una gran fan y no se la pudo convencer de quedarse en casa en la cama, donde debe estar. Bonito seudónimo, por cierto.

Se inclinó más cerca y susurró:

—Un tanto sexy.

Eso provocó que las mejillas de Cristina se enrojecieran. Respiró hondo y firmó el libro de Amparo. Ella quería a Felipe fuera de su vista lo más rápido posible. Era el epítome del tipo de hombre que ella solía evitar: todo guapo, arrogante y seguro de sí mismo. Algo que sus hormonas tenían problemas para recordar que no les gustaba. Probablemente sería mejor si no trabajaran juntos. Cuando le entregó el libro a Amparo, dijo:

—Debe ser duro tener un tío tan sabelotodo, Amparo. Espero que te sientas mejor pronto.

Amparo se rió un poco.

—Eso es lo que mamá dice de él también.

—¡Traidora!

La cálida sonrisa de Felipe demostró que claramente amaba a la niña.

—Sigue así y me llevaré el celular de vuelta.

Deslizó otro libro de la pila.

—Yo también quiero uno, Candela.

Antes de que Cristina pudiera negarse, una versión femenina, hermosa y de pelo oscuro de Felipe se precipitó a su lado.

—Lo siento, acabo de recibir tu mensaje. Vine tan rápido como pude.

Se llevó a Amparo de su hombro.

—Ven aquí, cariño.

Luego se dio la vuelta y le extendió la mano a Cristina.

—Hola, soy la madre de Amparo, Sara. Adoramos sus libros. Es un placer conocerte.

—Gracias. ¿Entonces, Felipe es tu hermano?

Sara asintió.

—Sí. ¿Son amigos?

Cristina dijo:

—No—, al mismo tiempo que Felipe dijo: —Sí.

Sara frunció el ceño a su hermano.

—¿Qué has hecho ahora, Felipe?

Felipe se encontró con la mirada de Cristina y se estremeció. De repente parecía un niño atrapado trepando por la ventana de su dormitorio después del toque de queda en lugar de su arrogante naturaleza normal.

—Nada.

—Vámonos. Nos vamos, Cristina.

Felipe envolvió su brazo alrededor de la cintura de su hermana y tiró.

La rubia sexy detrás de ellos gritó:

—Felipe, espera. Aquí está mi número.

Felipe detuvo su precipitada retirada.

—Genial, gracias.

Aceptó el pedazo de papel y luego le envió a Cristina una mirada de dolor.

—Um... ¿entonces te llamo?

Su mandíbula se apretó. Si no estuviera en una tienda llena de niños que la admiran, le diría a Felipe que se fuera al cuerno.

—Te llamaré. Por favor, no me llames.

CAPÍTULO TRES

“Pedir ayuda cuando estás en problemas es difícil de hacer... especialmente para los pequeños monos malos.

El desastroso día de Pelayo en el zoológico.”

Cansada de estar sentada en el sofá tocando su teclado, Cristina bostezó y extendió sus manos sobre su cabeza. Necesitaba un descanso de Pelayo y sus payasadas. ¿Fue su imaginación, o Pelayo actuó de forma particularmente traviesa en este libro? Puede que tenga que limpiar un poco su actuación. Pelayo estaba empezando a actuar como Felipe.

Peor aún, no había dormido bien la noche anterior. Las visiones de Felipe y sus músculos en las fotos de Facebook habían rebotado alrededor de su cerebro toda la noche. Felipe y Jorge eran los únicos hombres a los que su cuerpo había reaccionado de manera tan visceral. Ahora incluso soñaba con la sonrisa del Neandertal. Ella llamaría a Felipe más tarde, le diría que no era la casamentera adecuada para él, y le daría un reembolso completo. Ella no quería que un cliente infeliz como Felipe hablara mal de ella, así que tal vez le ofrecería una cita gratis antes de que se fueran por separado. Lo único bueno de su incapacidad para dormir por culpa de Felipe, fue que le ayudó a descubrir cómo arreglar su historia. Se oyó un fuerte golpe en su puerta. Puso su ordenador en la mesa de café y cruzó a la entrada. Parada de puntillas, se asomó para poder mirar. No podía ser verdad. Era él. Y se veía como una mierda. Ella no creía que eso fuera posible. Llevaba el mismo traje que el día anterior, ahora arrugado, con la mandíbula cubierta de barba de hace un día. Su pelo era un desastre, como si hubiera pasado sus manos por él. Tomó el bate que guardaba en la entrada y abrió la puerta de un tirón. Afortunadamente, una puerta de cristal cerrada con llave los separó.

—Váyase, o llamaré a la policía.

—Bien.

—Estás en casa. Tengo una emergencia.

Le parpadeó mientras su sonrisa crecía.

—¿Usas gafas? Lindo.

Olvidó que las tenía puestas. Y ella llevaba una sudadera de los Simpson. Qué bien. Agarrando su bate con más fuerza, dijo:

—¿Cómo conseguiste mi dirección?

—Conozco a tu primo, Eduardo. Pertenece al mismo club de escalada. Un mundo pequeño, ¿eh? De todos modos, él me la dio. Y como me dijiste que no llamara....

Exhaló un suspiro y bajó el bate. Si Eduardo confiaba en Felipe lo suficiente como para darle su dirección, entonces Felipe no era una persona horrible. Sólo un tipo muy molesto. Abrió la

puerta para que no tuvieran que gritar a través del cristal.

—Entonces, ¿tienes una emergencia de citas?

—No, es mi sobrina, Amparo. Está en el hospital.

La ira de Cristina se disipó instantáneamente.

—¿Qué paso?

—Apéndice.

La llevaron a cirugía justo a tiempo anoche. Amparo estaba incómoda esta mañana, pero sobre todo tiene miedo de morir, dejando a su madre sola. Su padre fue asesinado mientras estaba en el ejército, luchando en el extranjero. Amparo tiene problemas.

¿Problemas? Sólo alguien que no haya perdido a un padre, especialmente a una edad tan temprana, podría llamar a lo que Amparo estaba sintiendo problemas. Es una pena.

—Estaré encantada de ayudar a Amparo. Tienes suerte de que haya hecho preguntas primero antes de que te golpeará con mi bate. Pensé que eras un acosador.

—No soy un acosador, Cristina.

Le envió una de sus sonrisas sexys.

—Pero si ayudas a Amparo, te dejaré dar un golpe a tu elección. Está inconsolable porque no puede encontrar el libro que le firmaste. Lo llevaba consigo cuando la admitieron, pero desapareció en todo el enredo de anoche.

—¿Firmarías otro para ella? Por favor.

¿El hombre dijo por favor? ¿Nunca cesarán las maravillas?

Ella mantuvo la puerta abierta de par en par.

—Bien. Entra. Y si esperas mientras me cambio, se lo iré a entregar en persona. Tengo un poco de experiencia en ser una niña en el hospital.

Él se alivió y claramente suavizó su rostro.

—Gracias, Cristina. Te debo una.

—Y no dejaré que lo olvides.

Se soltó y la puerta con resorte se cerró de golpe...dejándolo a él adentro de su casa. Felipe parecía listo para caer al piso en cualquier momento. No debería ofrecerle nada porque no quería animarle, pero tenía modales. Tal vez aprendería con el ejemplo.

—Toma asiento. ¿Quieres un café?

Suspiró y se dejó caer en el sofá.

—Más de lo que quiero sacar mi próximo aliento.

Ella irradiaba su más dulce y falsa sonrisa.

—Lástima que se me haya acabado el arsénico, o podría haber estado tentada de agregarlo.

Lo dejó en el sofá y fue a la cocina a buscar su café. Mientras le servía una taza, recordó que a él le habían gustado las galletas con chispas de chocolate de su primer encuentro, así que cogió dos del tarro de galletas y las puso en un plato. Cuando regresó a la sala, Felipe sonreía y tocaba la tecla de flecha hacia abajo en su portátil.

¡Grosero!

—¿Qué estás haciendo?

—Lo siento. No pude resistirme. Tus libros de Pelayo son geniales. Este es el mejor hasta ahora.

Se tragó el café y se comió una galleta mientras leía. La sonrisa sincera de su cara lo hacía aún más sexy, maldita sea, y que le gustaran sus libros no le hacía daño.

Pero entonces, por supuesto que le gustaban. Pelayo estaba actuando tan mal como Felipe. Sacudió la cabeza y luego fue a prepararse. Después de unos minutos, gritó;

—¿Puedo tomar más café?

—La última vez que lo comprobé, tenías dos manos—, gritó desde su dormitorio. — ¡Prepáratelo tú mismo!

Tal vez no debería haber dicho eso sobre sus manos. Él pensaría que ella estaba comprobando el tamaño de ellas, para medir el tamaño de sus otras partes. Ella tendría más cuidado con lo que decía. Después de ponerse los lentes de contacto, retocarse el maquillaje y peinarse, cambió su suéter favorito de escribir por unos vaqueros y un suéter. Había sido un otoño inusualmente cálido, así que se olvidó de llevar un abrigo. Después de coger uno de sus últimos libros de la caja que su editor había enviado, lo firmó, y luego añadió un deseo de bienestar extra. Lista para salir, fue a buscar a Felipe. Se había sentado en el sofá con los brazos cruzados, la barbilla apoyada en el pecho, y estaba profundamente dormido. Miró la pantalla de su portátil, aliviada de que se hubiera dormido al final de su historia en vez de en el medio.

No pudo luchar contra el impulso que la superó. En realidad, su segundo nombre debería ser Pelayo. Se inclinó y le gritó al oído:

—¡Listo para salir!

Felipe se puso de pie y se golpeó la rodilla en la mesa de café.

—¡Maldita sea, Cristina!

Se pasó una mano por el pelo y la miró con lupa.

—¿Qué?

Ella puso una sonrisa inocente.

—¿Cómo iba a saber que tienes el sueño tan ligero?



Cuando llegaron al hospital, Felipe le abrió la puerta a Cristina. La culpa se le metió en las tripas por espiarla. Especialmente cuando no dudó en ayudar a Amparo. Estuvo tentado de escarbar en la computadora de Cristina cuando tuvo la oportunidad, pero no podía ser tan solapado. Se había limitado a hacer preguntas sobre sus asuntos durante el viaje al hospital. Ahora debía mantener a Cristina y Sara separadas para que no se descubriera accidentalmente su plan maestro. Había estado muy cerca en la firma de libros. Por suerte, Sara usaba su apellido de casada para su negocio, no Monserrat, por lo que Cristina no reconocería a Sara como su competidora. Y esperemos que su hermana no haya vuelto aún después de ir a casa a buscar la muñeca favorita de Amparo. Se volvieron hacia los ascensores, pero después de unos pasos Cristina no estaba a su lado como lo había estado un momento antes. Su rostro pálido le hizo correr a su lado y agarrar su brazo. La llevó a un banco de sillas cercano.

—¿Qué pasa?

—Nada—. Bajó la cabeza entre las rodillas.

—Respira hondo, Cristina.

Probablemente no apreciaría que él la consolara. Pero odiaba sentirla tan indefensa.

Tomando el riesgo, pasó lentamente su mano por su espalda, probando las aguas. Ella se puso tensa al principio, pero se relajó un poco mientras él continuaba sus suaves caricias, esperándola. Mientras crecía, había tenido más que suficiente de calmar a las mujeres molestas. De adulto, se había propuesto evitar a toda costa que las mujeres se molestaran. Pero estaba en deuda con Cristina, así que se lo tragó. Cuando sus dedos masajearon suavemente los músculos tensos de su largo y besable cuello, ella suspiró fuertemente. Su respiración se volvió más estable, así que dijo:

—Creo que podemos haber empezado mal, pero....

Cristina resopló mientras su color regresaba un poco.

—¿Eso piensas?

—Mis hermanas me dicen que soy bastante bueno escuchando—.

Ella le envió una mirada ardiente, pero mientras él miraba profundamente sus bonitos ojos verdes, no pudo evitar la sonrisa que reflejaban sus labios. Era hermoso, aunque quería darle una paliza con su bate.

—¡Deja eso!

No soy como las demás mujeres. No puedes encantarme con esa sonrisa tuya de “ya sabes lo que quieres.”

Cristina frunció el ceño y miró hacia otro lado.

Justo cuando pensaba que había terminado de hablarle, ella susurró: —Cuando era niña, perdí a mi familia y luego pasé casi un año entrando y saliendo del hospital. Estar aquí, el olor, a veces evoca todos los malos recuerdos de entonces.

Tomó su mano y la apretó suavemente.

—¿Qué fue lo que paso?

Miró sus dedos entrelazados y sopló un largo aliento de resignación.

—Cuando tenía siete años, me perdí la cena una noche, así que me escabullí a la cocina y me hice un sándwich de queso a la parrilla. Después de comerlo, volví a la cama. Me desperté más tarde en una casa llena de humo. Debo haber olvidado apagar la estufa, aunque juro que recuerdo haber cerrado la perilla. Entonces oí a mi hermana pequeña llorando, así que corrí por el pasillo a su habitación y la saqué de su cuna. Intenté abrir su ventana, pero estaba atascada y no pude levantarla. Finalmente la abrí un poco y sostuve a mi hermana para que pudiera respirar, pero la ventana se estrelló en mi espalda y quedé atrapada. Me desperté más tarde en el hospital y descubrí que mis piernas se habían quemado desde aquí —Cristina señaló un lugar a mitad del muslo —a mis pies—. Tuve más de veinte cirugías para reparar mi piel.

Así que así es como perdió a su familia. Era obvio que ella todavía se culpaba por ello, así como él se culpaba por la destrucción del matrimonio de sus padres. Aunque, en contraste, su dolor no podía igualar el de ella.

—Lo siento, Cristina. Te llevaré a casa.

Sacudió la cabeza y se puso de pie.

—Estoy bien ahora. Vámonos.

—Vale. Pero sólo di una palabra y nos vamos.

Le rodeó el brazo alrededor del hombro y la acercó. Todavía se veía un poco tambaleante.

—Gracias. ¡Pero todavía me debes!

Se río.

—No tenía ninguna duda.

Cuando llegaron a la habitación de Amparo, la madre de Felipe, que estaba sentada junto a la cama de Amparo, les envió una sonrisa forzada. Las cosas no deben haber mejorado mucho desde que se fue. La bandeja del almuerzo de Amparo no había sido tocada y la pequeña línea de preocupación en el medio de su frente era más profunda de lo que él había visto. Tenía un apego increíble a la muñeca que Sara corrió a casa a buscar, así que ¿dónde estaba su hermana?

—Hola, mamá. Esta es Cristina.

Su madre se puso de pie y estrechó la mano de Cristina.

—Encantada de conocerte. Somos todos sus fans. Sara lamentará no haberte visto.

—Gracias, Sra. Monserrat. También es un placer conocerla.

Cristina le sonrió a su madre esa linda sonrisa que sólo había visto cuando ella miraba a los niños. Aparentemente todos menos él obtienen esa sonrisa. Su madre se volvió hacia él. —Sara acaba de salir a buscarnos un almuerzo. Volverá en un rato. Gracias a Dios por eso. Tal vez podrían entrar y salir antes de que Sara regresara.

Cristina se sentó junto a Amparo en su cama.

—¿Cómo estás pequeña?

Amparo le hizo una sonrisa triste que le pinchó el corazón.

—Perdí tu libro.

—No hay problema. Te he traído otro.

Cristina sacó un libro de su enorme bolso.

—Gracias, Candela.

Los ojos de Amparo se iluminaron de alegría.

—De nada.

Cristina tiró su bolso en una silla cercana.

—Pero puedes llamarme Cristina. Candela Kido es un seudónimo. A veces las personas que escriben libros tienen que usar un nombre diferente al suyo porque el suyo no suena tan bien, o alguien ya escribe bajo ese nombre. O, a veces, perteneces a una familia a la que no le gusta que escribas libros para niños, así que tienes que cambiarlo por ellos.

Las cejas de Amparo estaban arrugadas.

—Pero si tienes dos nombres, ¿cómo recuerdas cuando debes ser Candela y cuando debes ser Cristina?

—Esa es la parte difícil.

Cristina extendió la mano y envolvió una de las manos de Amparo en la suya.

—He oído que has estado sintiendo un poco de miedo por estar en el hospital. ¿Cómo es eso?

Felipe se apoyó contra la pared y cruzó los brazos. ¿Por qué no estaría la familia de Cristina orgullosa de lo que hizo? Los libros de ella eran fantásticos. Sus favoritos al leerle a Amparo cada vez que la arropaba.

Amparo echó un vistazo a la madre de Felipe.

—La gente muere en el hospital. No quiero que mi mamá esté sola si muero como mi papá.

Cristina le dio un abrazo rápido a Amparo.

—Ya has hecho la parte difícil. Te han operado y ahora estás bien. La mayoría de las veces, la gente mejora en los hospitales. Me perdí todo un año escolar cuando era un poco mayor que tú porque tuve que someterme a muchas cirugías para mejorar la piel de mis piernas después de un accidente.

—¿Todavía te duele?

Amparo extendió la mano y frotó la pierna de Cristina.

—No.

Cristina cubrió la mano de Amparo con la suya una vez más.

—En realidad, están algo entumecidos. Pero ahora estoy mejor, como tú lo estarás mañana o pasado mañana.

Su madre se inclinó y besó la frente de Amparo.

—¿Ves? ella dice que todo va a estar bien también, y lo estará. Ahora, ¿por qué no intentas almorzar?

Cristina husmeó en la bandeja del almuerzo de Amparo que contenía un sándwich y un poco de puré de manzana.

—Normalmente tienen un escondite secreto de postres para los niños que almuerzan, ya sabes. Las enfermeras no te dicen nada de eso a menos que preguntes.

—¿En serio?

Amparo se animó a hacerlo.

—Sí. Todo lo que tienes que hacer es presionar el botón y ellos vienen. Pero tienes que pedirlo muy bien.

Cristina encontró el interruptor de llamadas y se lo entregó a Amparo.

—A Pelayo le encantaría tener todo el helado y el pudín que pudiera comer, ¿no crees?

Amparo presionó el botón.

—Tal vez deberías escribir un libro de Pelayo sobre estar en el hospital, Cristina.

—Es una gran idea. Tal vez podrías ayudarme. ¿Qué clase de cosas crees que Pelayo haría para meterse en problemas?

Amparo frunció los labios, como si pensara profundamente.

—Probablemente subiría el volumen del televisor, saltaría a la cama y vería qué tipo de cosas podría meter en el inodoro. Y definitivamente sacaría helado y pudín de la nevera.

Cristina se rió.

—Estoy de acuerdo. Puede ser un monito muy travieso.

—Pelayo no quiere ser malo—. La expresión de Amparo se volvió muy seria. —A veces no puede evitarlo. Especialmente cuando está asustado.

—Así es. Entonces, ¿todavía estás asustada? ¿Saltarás en la cama y robarás el pudín?

Amparo rodeó con sus brazos el cuello de Cristina y sonrió.

—No. Voy a mejorar. Como...lo hiciste tu.

—Buen plan.

Cristina devolvió su abrazo.

Felipe cerró los ojos y respiró hondo. Cristina salvó el día. Dijo las cosas correctas y sacó a Amparo de su depresión. Cristina tenía razón, le debía mucho tiempo.

CAPÍTULO CUATRO

“Vestirse elegantemente y usar zapatos rígidos es molesto, especialmente para los monos aburridos...”

Pelayo va a una boda.”

Cristina dibujó el sutil aroma de la sensual colonia de Felipe mientras la llevaba a casa desde el hospital en su igualmente sexy Porsche. Hizo que echara de menos el que solía tener. Su Prius no era tan divertido de conducir. Mirando por la ventana, aún no podía entender por qué había compartido su pasado con él. ¿Fue la forma en que le tomó la mano tan fuerte, la estabilizó, y la forma en que toda su cara se ablandó cuando le sonrió? Ningún hombre la había mirado así antes. Ciertamente nadie como Felipe. Esperemos que vea el mismo brillo en los ojos de Jorge cuando lo vea pronto.

Para asegurarse de que no estaba enviando señales contradictorias a Felipe, porque estaban bastante mezcladas en su propia cabeza, añadió una dosis de sarcasmo a su tono y dijo:

—Te das cuenta de que, si todo el mundo condujera un coche como este, tus hijos no tendrían aire limpio para respirar, Felipe.

—Nunca tendré hijos, así que creo que puedo usar más de lo que me corresponde.

—No te creo. No después de ver cómo eres con Amparo. Ella te adora y viceversa.

Frunció el ceño mientras miraba fijamente el camino que tenía por delante.

—Tengo una política de decir la verdad. Y después de ver a mi padre devastando a mi madre cuando era un niño, juré que nunca me casaría.

—Los juramentos hechos cuando somos niños no cuentan.

—Hablando de niños, ¿por qué una niña de siete años se perdería la cena y tendría que hacer su propio queso a la parrilla?

Se giró y lo miró. Con la preocupación se quedó mirándolo fijamente, de manera tal que logro grabar cada uno de sus rasgos. Igual que en el hospital cuando la llevó a la silla que tanto necesitaba en su momento casi de desmayo. Pero después de conocer a la madre de Felipe, una mujer alta, morena, hermosa y cariñosa, no estaba segura de que Felipe pudiera entenderlo.

—Mi mamá y mi papá amaban a la gente, pero apestaban en ser padres. Esa cosa llamada responsabilidad los eludió.

Respiró hondo y miró hacia adelante. Tal vez sería más fácil de explicar si ella no lo mirara. —Mi madre se quedó embarazada del jardinero a los diecisiete años. Cuando se casó con mi padre de clase baja fue desheredada por su familia. A mis padres les gustaba la fiesta y a menudo se desmayaban antes de que mi hermana y yo nos alimentásemos.

Ella le echó un vistazo otra vez.

—Comimos mucho yogur.

Felipe frunció el ceño mientras cambiaba de marcha.

—Era el trabajo de tus padres mantenerte a salvo. Y fracasaron. Ese incendio no fue tu culpa, fue un accidente.

El, solo se rió amargamente.

—Eso suena bien en teoría. Pero si no hubiera usado la cocina después de que me dijeron específicamente que no lo hiciera porque la perilla era difícil, todavía tendría a mi familia.

Su celular sonó, salvándola del resto de la dolorosa conversación que no quería tener. La pantalla mostró que era su tía.

—Tengo que tomar esto.

Respiró hondo, buscando paciencia.

—Hola, tía Mónica. ¿Cómo estás?

—Tengo un desastre en mis manos. Tienes que ayudarme.

Si su tía tratara de emparejarla con otro de sus pomposos hijos de amigos ricos, se volvería loca. No podía esperar a que Jorge volviera y lo conquistara. Tal vez entonces su tía la dejaría sola.

—¿Qué necesitas?

—Patrocino un evento de caridad de etiqueta en el club el sábado, y la celebridad se echó atrás. Imagina mi sorpresa cuando algunas de las damas que hablaban de reemplazos mencionaron a un autor local prometedor, ¡y fuiste tú! Dijeron que tus libros infantiles se han vuelto muy populares y que les encantaría tenerte.

—Imagina eso.

Cristina no se molestó en disfrazar su sarcasmo.

—Tendrás que estar en el club a las siete. Es formal, así que llevarás un vestido largo y no tendremos que trabajar alrededor de tus piernas. Sé que no debes estar pasándolo muy bien económicamente desde que dejaste el negocio, pero por favor no aparezcas en algo de la temporada pasada. Se reflejaría mal en la familia. Sólo por esta vez, puedes cargar a mi cuenta en cualquiera de mis tiendas habituales. Oh, y si no tienes una cita, yo te lo puedo arreglar....

—¡No! Estoy bien.

La mandíbula de Cristina está apretada.

—Y puedo permitirme un vestido nuevo. No soy una mendiga, sólo porque ya no trabajo para el tío Javier.

Su tía resoplo.

—Por favor, no uses ese tono conmigo, Cristina. Intentaba ser de ayuda. Y no llegues tarde—. Luego le colgó.

Cristina tiró el teléfono en su bolso y cruzó los brazos. Maldición. Ahora iba a tener que gastar dinero en un nuevo vestido que probablemente no volvería a usar, además de buscar un esmoquin para su cita.

Felipe se aclaró la garganta.

—¿Tienes algún problema?

—Tengo que hacer una actuación en el club de mis tíos el sábado por la noche. El presumido Resort Bahía, que es un nombre estúpido porque no hay bahías en Madrid. Debería ser una noche brillante.

—Mi padre también pertenece a ese. Sólo lo mejor para él.

Cristina puso los ojos en blanco.

—Lo mismo con mi tía y mi tío.

¿Pero a quién debería pedirle que la acompañe? Alguien que sorprenda a sus tíos podría ser divertido. Tal vez le preguntaría a su amigo Miguel. Era un artista del tatuaje. Eso volvería loco al tío Javier. Pero el pobre Miguel se aburriría como una ostra. No, a ella le caía demasiado bien para eso. Luego le surgió la idea. Felipe era un tipo astuto que se vestía para impresionar. Y todavía le debía un favor.

—¿Tienes un esmoquin?

La miró con recelo.

—Sí. ¿Por qué?

—Entonces eres mi cita porque me lo debes.

—Creía que no salías con clientes.

—No será una cita real, así que no cuenta.

—No puede ser.

Felipe sacudió la cabeza.

—Odio usar el traje de mono. Sólo pégame con tu bate y quedamos en paz.

—Dijiste que, si iba al hospital, tendría un golpe gratis. Así que tengo el swing y un favor. Pero, si vas conmigo, te prometo que no te golpearé en la cabeza.

—Nombra cualquier otra cosa. Odio el conjunto del club de campo, más el traje. Mi padre podría estar en esa fiesta, y no quiero encontrarme con él.

—Si dices que sí, endulzaré el trato regalándote un muñeco Pelayo de peluche que no saldrá hasta el mes que viene. Amparo será la niña más envidiada de su clase.

Amparo era claramente la debilidad de Felipe. Ella contaba en su mente mientras él contemplaba. Cuatro, tres, dos...

—Oh, está bien—. Frunció el ceño cuando se metió en su cabeza que la cita, ya era un hecho.

—¿Salen las mujeres del útero sabiendo cómo chantajear? Eres peor que mis hermanas.

Sonrió ante su victoria.

—Recógeme a las seis y media y no llegues tarde o te echaré a mi tía encima. Eres justo su tipo.



Sólo para molestar a Cristina por hacerlo usar su esmoquin, Felipe se presentó el sábado por la noche a las seis y diez. Las mujeres odiaban que sus citas llegaran temprano y a paso acelerado. Ni siquiera le importaba que su corbata no se viera bien porque eso la irritaría también. Era linda cuando estaba enojada con él. Mientras tiraba de su cuello demasiado almidonado, se abrió paso por el pasillo del piso de Cristina. Cuando la puerta se abrió, su boca se le secó. Cristina se puso de pie ante él con el vestido rojo más sexy que jamás había visto. Tenía más escote de lo que él se había dado cuenta y curvas abundantes.

—Bien, llegas temprano. Vámonos.

Cristina agarró su bolso y cerró la puerta tras ella. Estuvo tentado de dejar que abriera la puerta de su coche en represalia por hacer que se arriesgara a ver a su padre, pero no pudo hacerlo. El instinto se apoderó de él y le golpeó hasta la empuñadura. Mientras abría la puerta de par en par, Cristina se detuvo y frunció el ceño.

—Realmente apesta atando pajaritas. Aquí, déjame.

Tiró su brillante bolso al coche y luego le arregló la corbata en menos de treinta segundos. — Eso está mejor. Aunque probablemente lo hiciste sólo para molestarme.

Comprobó su increíble trasero mientras ella maniobraba en su coche, el cual era muy bajo. Maldita sea, estaba buena. Pero totalmente fuera de los límites. No era del tipo de sexo sin

ataduras.

Se deslizó detrás del volante y retrocedió. Había conocido a muchas mujeres hermosas, pero ¿qué fue lo que hizo Cristina que lo hiciera querer saber más sobre ella? Realmente ella lo hizo perder el equilibrio.

Pero aun así no estaba contento con el esmoquin.

—Para que quede claro, si no hay barra libre, tú pagas las bebidas esta noche, Cristina.

Ella bajó la visera y abrió el espejo iluminado. Fue una tortura ver cómo se pasaba el brillo en sus labios antes de darles un movimiento con sus labios.

—Un Barbera nunca organiza un evento en el que uno tenga que pagar por el alcohol. Eso sería simplemente, de muy mala clase.

Su imitación de una chica rica le provocó una risa.

Maldición. Honestamente le gustaba. Originalmente, sólo iba a estudiar su configuración, extraer información clave de marketing, clientes y ventas, y luego desaparecer. Pero tal vez ella no tenía que averiguar lo que él estaba haciendo. Especialmente si él le seguía la corriente, así ella pensaría que lo estaba intentando de verdad. Se aseguraría de que ella fuera a sus citas usando su pequeño Bluetooth y fingiría no tener ni idea. No quería hacerle daño, sólo salvar a su obstinada hermana que no le dejaba ayudar a mantener su negocio en números azules.

Preguntó: —Entonces, ¿cuál es el plan para esta noche? ¿Hacer el mínimo y luego salir temprano?

Cristina suspiró.

—Esa es siempre mi esperanza para cada una de las recaudaciones de mi tía. Pero si se hace demasiado tarde, puedes irte. No hay problema, yo puedo llegar a casa en la limusina de mis tíos.

—No voy a abandonarte, Cristina. Eso sería muy mala clase.

Cuando ella se rió, su sonrisa provocó una sonrisa de respuesta por parte de él. Tal vez se lo pasarían bien, aunque su padre podría estar allí.

Mientras conducían en silencio, pilló a Cristina mirándole fijamente.

—¿Qué? ¿Me corté al afeitarme o algo así?

Se pasó una mano por el lado de la cara para comprobarlo.

—No. No puedo entenderte. ¿Por qué un tipo como tú necesitaría mi ayuda? Afrontémoslo: No eres feo, tienes un coche fabuloso, y sé por tu dirección, que vives en una de las subdivisiones más exclusivas de Madrid. A veces eres un poco arrogante, pero a algunas mujeres les gusta eso. Entonces, ¿cuál es la trampa?

¡Mierda! ¿Había adivinado que la estaba espiando? Pero él no era arrogante. Tal vez había llevado su acto de mal cliente demasiado lejos.

Al no encontrar una buena respuesta, se encogió de hombros.

—¿Quizás sólo quiero probar algo nuevo?

Eso fue patético. Necesitaba acelerar el proceso o la abuela lo perseguiría por el resto de su vida. Sus ojos se entrecerraron.

—¿Así que fuiste completamente honesto en tu cuestionario? ¿Esa es realmente la clase de mujer que crees que quieres?

—Sí. Creo que me gustaría pasar tiempo con una mujer así.

Un accidente en la autopista de delante les hizo reducir la marcha. Eso es todo lo que necesitaba. Estar atrapado en el tráfico con Cristina interrogándolo. Cuando se detuvieron, se volvió y la miró.

—¿Por qué está tan mal querer a una mujer como la que describí?

—Nunca he tenido un cliente que diga que no está buscando amor o una relación real antes. Es por eso que la gente usa mi servicio.

Falla ahí. Debería haber mantenido la boca cerrada sobre eso. —Espero que puedas encontrarme a esa mujer para que podamos pasar un buen rato y disfrutar de la compañía del otro hasta que se esfume. No todo el mundo quiere casarse y tener hijos como tú, obviamente.

—Déjame fuera de esto. Te estamos analizando a ti. ¿Tienes amigas mujeres?

—No. Pero ninguno de mis otros amigos tampoco. ¿Y qué?

—Realmente preferirías tener una novia a la que le gusten los deportes antes que una que tenga voz, inteligencia e ingenio?

—La inteligencia y el ingenio serían un buen bono. Odio cuando las mujeres fingen que les gustan los deportes cuando las conozco, y luego se enojan porque paso demasiado tiempo viendo el fútbol con los chicos.

—Entonces, ¿prefieres salir con hombres que estar con una mujer?

—Sí, especialmente durante la temporada de fútbol.

—Te das cuenta de que la mujer que describiste en tu cuestionario es básicamente un chico, pero con partes de chica, ¿verdad?

—¿Qué intentas decir, Cristina?

El tráfico empezó a moverse de nuevo, así que puso el coche en marcha. Ella ignoró su

pregunta.

—Mencionaste que no querías encontrarte con tu padre esta noche, así que parece que también tienes problemas con tu padre.

—¿Problemas con el padre? Creo que es perfectamente normal que no me guste un bastardo traidor.

—¿Quizás has venido a mí porque tienes problemas para enfrentar la verdad?

—¿Sobre qué?

—Piénsalo Felipe. Prefieres salir con chicos, y no puedes comprometerte con mujeres. ¿Quizás prefieras estar con un hombre?

—¿Qué? Cristina, yo no...

Ella se envolvió los brazos alrededor de su cintura y se rió a carcajadas.

—La mirada en tu cara, Felipe...

Tuvo que detenerse y recuperar el aliento, se reía mucho.

—No tiene precio.

—Que lindo. ¿Cómo es que eres la casamentera más importante de la ciudad si te burlas de tus clientes de esa manera?

Se puso seria rápidamente y cruzó los brazos.

—No me burlo de mis otros clientes. Los tipos como tú lo sacan a relucir en mí, supongo.

—“¿Chicos como yo?” ¿Qué significa eso?

Se encogió de hombros y miró por la ventana.

—No importa. La verdad, tal vez tú y yo no deberíamos trabajar juntos.

Había jugado la carta del imbécil demasiado bien cuando se conocieron para probarla. Así que ahora necesitaba mostrarle que no era arrogante y que la respetaba de verdad para que no lo dejara.

—Tal vez te burlas de mí porque realmente te gusto. ¿Alguna vez has considerado eso?

Ahora era su expresión la que le hacía reír.

—No tienes que parecer tan horrorizada, Cristina. Tal vez no soy el tipo que crees que soy. ¿Por qué no hacemos una tregua y terminamos esta noche antes de romper los contratos? ¿Trato hecho?

Levantó el puño para dar un golpe amistoso.

—¿En serio?

Ella frunció el ceño a su puño.

—Vamos a chocar los puños, como los hombres. Tal vez por eso no puedes encontrar a la mujer adecuada.

Ella puso los ojos en blanco, pero golpeo el puño de todos modos.

—Bien. Tu primera tarea es tratar de actuar como un caballero esta noche. Sin eructos, rasguños, ni nada parecido a los de los neandertales. ¿Lo tienes?

—Lo tengo.

El alivio pasó a través de él. Eso ha sido una llamada demasiado cercana. Todavía tenía que averiguar cómo llevaba su negocio y no podía permitirse meter la pata otra vez. Por suerte, su madre no había criado un mono. Después de que su padre se fue, su madre nunca perdió la oportunidad de señalar cómo tratar a una dama. Cristina sacó su teléfono, ignorándolo el resto del camino al club. Claramente a ella no le gustaba lo suficiente como para hacer el esfuerzo de tener una simple charla, aunque él le hacía un favor. Tendría que mostrarle a Cristina Barbera lo equivocada que estaba sobre “tipos como él”.

El accidente en la autopista los retrasó, pero como él había llegado temprano, llegaron a la fiesta sólo unos minutos tarde. Felipe le dio al aparcacoches sus llaves, luego deslizó su mano por la delgada cintura de Cristina y la llevó por los escalones del club de campo más exclusivo de Madrid. Tal vez si las cosas fueran bien, podría incluso ser capaz de conseguir algunos nuevos clientes ricos. Podría ser una noche productiva.

Cuando entraron en el salón de baile, un anciano vestido con un traje negro con el escudo del club de campo en el bolsillo le sonrió a Cristina.

—Buenas noches, Srta. Barbera. Su tía y su tío esperan su llegada al frente del salón de baile. ¿Puedo mostrarle el camino?

Cristina se inclinó de puntillas y besó la mejilla del hombre.

—Me alegro de verte, Arturo. Esta es mi cita, Felipe.

Arturo inclinó la cabeza.

—Un placer, señor.

¿La cita de Cristina? ¿No su acompañante o compañero?

Tal vez ya estaba resultando su estrategia.

Mientras Arturo los guiaba por el opulento salón de baile, caminando alrededor de pequeños grupos de la élite de Madrid, Cristina susurró:

—Mi tío puede ser un poco... intimidante. ¿Y mi tía? Bueno, ya lo verás por ti mismo. No dejes que te afecten.

Le puso el brazo alrededor del hombro.

—No me intimidó fácilmente, Cristina. Relájate.

Cuando se acercaron al estrado en la parte delantera del salón de baile, vio al hombre que había roto el corazón de su madre y se detuvo.

Cristina le echó un vistazo.

—¿Qué?

—Ese de ahí es mi padre, hablando con la tonta que obviamente se ha hecho demasiadas cirugías plásticas. No me sorprende, es su tipo.

Cristina se rió mientras metía su brazo en el suyo y lo arrastraba hacia adelante.

—Bueno, ya que esa tonta es mi tía Mónica, probablemente deberíamos unirnos a ellos.

Genial. Eso no iba a ayudar a deshacerse del impulso de ella de eliminarlo de su lista de clientes.

—Lo siento. Estaba comentando sobre mi padre.

Ignorando su explicación balbuceante ella dijo:

—No, tienes razón. Mi tía se ha sometido a demasiados procedimientos. Pero después de las pocas cosas críticas que has dicho sobre tu padre, tengo curiosidad por conocerlo.

Cristina lo acercó a su padre, un gran abogado de divorcios, destructor de familias. Estas personas eran su tipo de clientes. Por supuesto que no querría perder la oportunidad de hacer nuevos negocios. Podría ser una larga noche. Cuando se les unieron, la tía de Cristina se giró con su cara llena de Botox y les dijo:

—Llegas tarde, querida.

Sólo su tono traicionó su molestia. Su cara estaba tan llena de veneno, que no se movió ni un músculo.

—Accidente en la I-25—, respondió Cristina y luego empujó a Felipe más cerca.

—Y este es el hijo de tu compañero, Felipe Monserrat.

Cuando los ojos de su tía se encendieron con placer, su estómago se hundió.

—Veo que el gusto de Cristina por los hombres finalmente ha mejorado. Te pareces a tu guapo padre, Felipe. Un placer conocerte.

Odiaba que las mujeres que se negaban a aceptar su desvanecedora belleza lo miraran como si fuera el último pastelillo de la caja. Acercándose, extendió su mano para recibir su apretón de manos.

—Encantado de conocerla, Sra. Barbera.

Luego bajó la mano a su lado y saludó a su padre.

—Papá. Esta es Cristina.

Su padre dijo:

—Hola, hijo.

Pero no pudo apartar los ojos de Cristina. La mirada de su padre recorrió de arriba a abajo el largo del vestido ajustado y escotado de Cristina.

—Un placer conocerte, Cristina. ¿Son todas las mujeres de tu familia tan hermosas como tú y tu tía?

Cristina extendió la mano de su padre, y luego pareció que su padre iba a llevarle la mano a la boca para darle un beso.

¡Maldito perverso!

Nunca lo sabría con seguridad porque la mano de Cristina se deslizó rápidamente fuera de su alcance y ella dijo:

—Qué encantador. Encantado de conocerle, Sr. Monserrat.

Había olvidado que Cristina había crecido con gente como su padre. Admiró la forma en que ella educadamente lo rechazó. O, tal vez, su padre le había soltado la mano.

No importaba, su padre era un imbécil de todas formas y necesitaba entender que Cristina estaba fuera de su alcance. Envolvió su mano alrededor de su cintura, acercando a Cristina en un silencioso gesto de retroceso. La tía Mónica dijo:

—Cristina es uno de los muchos artículos que se subastarán esta noche, Gabriel. Paga lo suficiente por el privilegio y podrás acompañarla en una cita.

Felipe y Cristina dijeron;

—¿Qué? — al unísono.

Cristina se golpeó las manos en sus pequeñas caderas curvadas y se enfrentó a su tía.

—¿No dijiste nada sobre subastarme!

—Seguramente mencioné esa parte, Cristina. No debes haber estado escuchando como de costumbre.

La tía Botox volvió su mirada malvada hacia su padre y sonrió. —Si nos disculpan Gabriel, Cristina y yo necesitamos empolvarnos la nariz.

La mano en forma de garra de la tía Mónica rodeó el brazo de Cristina mientras la arrastraba no tan suavemente a su sobrina hacia la salida. —La traeré de vuelta en un santiamén, Felipe.

Se volvió hacia su padre que estaba mirando a las damas cruzar el salón de baile. ¿Su padre estaba admirando el culo de Cristina? Es cierto que era difícil no notar el rasgo bien redondeado de Cristina en ese vestido. ¿O tal vez su padre le echó el ojo a la tía Mónica? Esperaba que su padre no se tirara a mujeres casadas como antes. Pensó que eso se había detenido después de que su padre se divorciara de su madre y luego pasó a una presa mucho más joven. Cuando se acercó para decirle a su padre que se olvidara de pujar por Cristina, alguien le dio una palmada en la espalda.

—Gabriel. Ha pasado mucho tiempo. ¿Cómo estás?

Su padre le dio la mano al hombre.

—Encantado de verte, Javier.

Luego sostuvo una mano en dirección a Felipe.

—Esta es la cita de tu sobrina, mi hijo, Felipe.

Los ojos de Javier se entrecerraron al estrechar la mano de Felipe. Parecía que el tío de Cristina también había estado bajo el cuchillo más de una vez. El cirujano plástico de Barbera tenía que ser un médico rico a estas alturas.

—La cita de Cristina.

—¿Eh? Menos mal que eres el hijo de Gabriel, o tendría que darte el discurso habitual. Pero te advierto que aún no he conocido a un hombre lo suficientemente bueno para mi Cristina.

Felipe no pudo resistirse a defenderse a sí mismo y a Cristina también, para el caso. Su tía y su tío eran insoportables.

—Entonces es una suerte que finalmente nos hayamos conocido.



Cristina terminó su segunda copa de vino con la cena. Debía ser subastada en cualquier momento y necesitaba todo el coraje que pudiera ingerir. Maldita sea su tía por engañarla. ¿Y si

nadie puja por ella? Peor aún, ¿y si no resultara ser más valiosa que ese horrible cuadro que alguien donó? Mortificante. Felipe rellenó su copa de vino vacía.

—Deja de moverte, Cristina. Serás el éxito de la subasta.

—Te encanta cada minuto de esto, ¿verdad?

—Sip.

Se rió antes de susurrarle al oído:

—Me sobornaste para que fuera tu cita sabiendo que sufriría por ello, pero soy yo quien se divierte. Es tan injusto.

Ignorando su comentario sarcástico, ella tomó un trago profundo de su copa de vino. Felipe era ridículamente guapo en su esmoquin, así que no fue una sorpresa que mujeres de todas las edades coquetearan con él (incluyendo desagradables insinuaciones de su tía) pero Felipe nunca mordió el anzuelo. Ella le dio a regañadientes puntos por eso. A pesar de lo guapo que era Felipe, no parecía usarlo a su favor. Excepto cuando ayudó a su tímido cliente, pero eso fue por una buena causa. Toda la noche, ella trató de ignorarlo en su mayor parte, pero él estaba bien versado en cada tema, charlaba educadamente con todos los que ella le presentaba, y sólo se apartaba de su lado para conseguir sus bebidas. La confundió. No era para nada el tipo con el que había estado en el café.

El gran hombro de Felipe golpeó suavemente el suyo.

—Entonces, ¿qué te hizo elegir Candela Kido como tu seudónimo?

Miró a sus compañeros de mesa para asegurarse de que nadie estaba escuchando.

—Nací con ella.

Su ceja derecha se elevó.

—¿Cambiaste tu nombre?

—Mi tía dijo que no me acogería a menos que lo cambiara y me convirtiera en un Barbera. Pensó que Candela Kido sonaba como el nombre de una estrella porno.

Se rió.

—Debe ser muy desagradable que lo uses como seudónimo, ¿no?

—Ese era el plan.

Tomando otro largo trago de su copa de vino, sonrió, deleitándose con su pequeña dosis de venganza.

—Buen movimiento, Cristina.

Felipe se rió mientras se acercaba y estudiaba el programa.

—Aquí dice que quien gane el placer de su compañía puede elegir uno de los tres lugares.

—Déjame ver eso.

Le arrebató el programa de su mano y escaneó la lista de opciones. Uno era un almuerzo en un restaurante de lujo, el otro una cena en un íntimo bed and breakfast, y el tercero era para una fiesta en una suite ejecutiva de lujo para ver al Real Madrid jugar el lunes por la noche. Su tío fue el que donó dinero para el juego. Felipe le quitó el papel.

—La mayoría de las mujeres no considerarían un partido de fútbol como una cita divertida. ¿Por qué ofrecerían eso por ti?

—Mi tío es jugador retirado del Real Madrid. Imagino que fue su manera de animar a los hombres a pujar también.

—Tal vez tengas suerte y uno de esos caballeros ficticios que esperas gane, elija el acogedor bed and breakfast. De esa manera, sólo tendrías que subir las escaleras para recibir un excelente premio.

—Divertido. Pero al igual que tú no tienes relaciones reales, yo no tengo relaciones de una sola noche. Se acabó el vino, podrías traer más, por favor.

—Además, la mayoría de los hombres necesitan un poco de tiempo hasta poder ver mis piernas.

¿Por qué le había dicho eso? Probablemente sea culpa del vino. Será mejor que deje de beber antes de que haga algo realmente estúpido. Pensó, preocupada, en vez de sentir y disfrutar, la gran mano de Felipe dándole una palmadita en la rodilla.

—Estoy seguro de que tus piernas no se ven tan mal como crees, Cristina. Además, tienes muchas más partes del cuerpo interesantes. Ese vestido está haciendo un buen trabajo al exhibirlos esta noche.

Podría haberlo besado por eso. Si hubiera sido cualquier otra persona que no fuera Felipe Monserrat, ella lo habría besado.

—Sí, bueno, no me veo tan bien como tú con ese esmoquin.

—Te estás ablandando, Cristina. Eso sonó peligrosamente cercano a un cumplido.

Antes de que pudiera terminar su combate, su tía le pidió a Cristina que la acompañara al escenario.

—Bueno, esto es todo. Nos vemos en el otro lado.

Le dio una bofetada con su bolso de fiesta en su vientre.

—Protege esto con tu vida.

Cristina se puso de pie y echó los hombros hacia atrás, sonriendo mientras se dirigía al podio. Si se iba a exhibir como un pedazo de carne, sería un filet mignon. Nunca le daría a su tía la satisfacción de verla sudar de nervios. Su tío Javier era un dolor en el trasero con su protección, pero al menos era amable con ella. Su tía Mónica nunca había querido tener hijos y estaba resentida porque su tío insistió en que Cristina viviera con ellos. Con cuidado de levantar su vestido lo menos posible mientras subía las escaleras, para no exponer sus piernas a todo el mundo, se colocó al lado de su tía. Por favor, no dejes que me desmaye. O vomitar todo ese vino que nos bebimos juntos. La tía Mónica se puso una de sus sonrisas falsas para la multitud.

—Como algunos de ustedes saben, se suponía que íbamos a tener al guapo y apuesto Michael Staton con nosotros aquí esta noche. La cita soñada de toda mujer y el mejor amigo de todo hombre. Desafortunadamente para nosotros, está filmando un comercial en el extranjero y no pudo hacerlo en el último minuto.

Cristina cerró los ojos, suprimiendo un gemido. Parecería carne molida después de la brillante presentación de su tía para el hombre que no era.

—Como último recurso, mi sobrina estaba disponible para intervenir, y venir ayudarnos. Cristina escribe libros infantiles como uno de sus muchos pequeños hobbies. Algunos de ustedes la conocerán mejor por su seudónimo, Candela Kido.

¿Muchos pequeños hobbies? Podría asfixiar a su tía.

Cuando Cristina coincidió con la mirada de Felipe, sacudió la cabeza y luego se unió a todos los demás y aplaudió. Esperen.

¿La estaban aplaudiendo?

Los fuertes aplausos, sobre todo de las mujeres del público, hicieron que su tía parpadeara sorprendida.

—Oh, gracias por ser tan comprensivos. Los lugares fueron obviamente elegidos con Michael en mente, pero si ganas, puedes traer hasta dos niños también. Así que, empecemos la subasta. Recuerden, las ganancias beneficiarán a nuestras maravillosas organizaciones benéficas.

Cristina contuvo la respiración cuando la primera oferta salió de la parte de atrás del salón de baile. Entrecerrando los ojos ante las luces brillantes, ella vio a una mujer mayor sosteniendo su paleta de subasta.

—Quinientos dólares.

La mayoría de las voces femeninas gritaban mientras la oferta crecía a mil, luego lentamente se elevó a 3500. Ella le dio una paliza al cuadro de mierda, así que no fue un fracaso total.

—¡Cuatro mil! — La llamada vino del padre de Felipe.

El estómago de Cristina se apretó.

El pánico se apoderó de ella mientras buscaba a Felipe. Su asiento estaba vacío. ¿La abandonó después de todo? Si tuviera que ir a una cita con su padre, definitivamente golpearía a Felipe en la cabeza con su bate. Esperemos que haya ido al baño y vuelva a tiempo para salvarla. Felipe mencionó que a su padre le gustaba salir con mujeres más jóvenes. ¿Tal vez ella era demasiado vieja para él? No, su padre no había hecho ningún movimiento con ella antes. Era un completo caballero. Pero, de cualquier manera, sería demasiado incómodo de entender. Entonces una señora en el frente ofreció cuarenta y un ciento y el ritmo cardíaco de Cristina se redujo un poco. Gracias a Dios. La tía de Cristina gritó:

—A la una, a las dos.

El padre de Felipe interrumpió con;

—¡Cinco mil!

Los aplausos de la multitud mientras Cristina buscaba desesperadamente a Felipe en la parte de atrás de la habitación. Su tía dijo:

—La oferta es de cinco mil. A la una, a las dos... ¡vendido! Felicidades

—Gabriel. Ahora, ¿qué lugar elegirás?

El sudor se deslizó por la columna de Cristina. Por la descripción que Felipe hizo de su padre, temía saber qué elegiría un hombre como él. El bed and breakfast. ¡Caramba!

Felipe finalmente reapareció sosteniendo su teléfono celular. Tenía un bulto sospechoso en su abrigo del traje que tenía que ser su bolso. La confusión le arrugó la frente al hablar con uno de sus compañeros de mesa. Luego se volvió y frunció el ceño a su padre.

El padre de Felipe dijo:

—Tendrás que pedirle a la cita de Cristina, mi hijo Felipe. subaste a Cristina por él. Pensé que disfrutarían de una salida con todos los gastos pagados.

La expresión de Felipe se volvió atronadora antes de que le diera la espalda a su padre y saliera furioso del salón de baile, dejándola de pie en el frente como el último niño en el patio de recreo esperando ser elegido para jugar con el balón. ¿Qué dijo el padre de Felipe para que se enfadara tanto? No tenía ningún sentido.

¿O fue porque no era el tipo habitual de Felipe? Alta, rubia y con la complexión de una Barbie. Humillada por quedarse de pie en el escenario, todos los ojos sobre ella, mientras su supuesta cita la dejaba, su sangre hervía de rabia.

Iba a matar a Felipe Monserrat.

CAPÍTULO CINCO

“Tirar cosas mientras se discute está mal. Pero seguro que hace que un mono loco se sienta mejor.

La gran pelea de Pelayo”.

Felipe vio a Cristina caminando hacia la puerta del club de campo, flanqueada por su tía y su tío. Acelerando el ritmo, deslizó su mano alrededor de su brazo y la detuvo.

—Ahí estás, Cristina. ¿Lista para irte?

Le envió un ceño fruncido, pero antes de que pudiera dárselo, su tía dijo:

—Está lista.

Cuando el tío de Cristina abrió la boca para protestar, Mónica le envió una mirada aguda y luego le agarró el brazo y lo tiró hacia la puerta.

—No queríamos añadir una hora más a nuestro viaje, así que gracias, Felipe. Buenas noches.

Cristina respiró hondo y cruzó los brazos mientras miraba sus espaldas en retirada.

Pensando que era mejor permanecer en silencio, Felipe caminó a su lado mientras bajaban los escalones delanteros. Saludó al encargado y le dio un billete de 20 junto con su ticket de aparcamiento.

—Hazlo rápido.

El chico asintió con la cabeza y se alejó corriendo. Cuando él extendió la mano para consolar a Cristina, ella se alejó. Cuando llegó su Porsche, le abrió la puerta, dio la vuelta al coche y se deslizó al volante. Tomó su pequeño bolso del bolsillo de su abrigo y lo puso en su regazo.

—Entonces, ¿qué es tan importante ahí dentro que tuve que protegerlo con mi vida?

—Lápiz labial.

Y la tarjeta con el número del taxi. Parecía que iba a necesitarlo por un momento allí.

— Respiró hondo y miró fijamente al frente.

—No sólo dijiste que no me dejarías, sino que lo hiciste delante de todos, ¡Felipe!

No tenía intención de abandonarla en el escenario de esa manera. Antes de que pudiera encontrar el lugar adecuado para empezar su disculpa, ella dijo:

—No es de extrañar que tu novia te dejara el mes pasado. Eres malo. ¡Me doy cuenta de que no soy tu tipo de mujer, pero no tenías que hacer parecer que preferías recibir una bala, antes que salir conmigo!

—Quería salir contigo, pero dijiste que no sales con clientes. Y Beatriz no era realmente mi novia. Era una... pareja sexual. No salí con ella, sólo... Ya sabes.

—¿Te has acostado con ella? Bien, Felipe. ¿Por qué habría esperado algo más de ti?

—¿En serio? Tampoco te veo teniendo ninguna cita, señorita “estoy esperando a mi príncipe”.

Su pequeño bolso rebotó en su hombro.

—Jorge no es un cuento de hadas. Estará de vuelta en el país el ¡miércoles!

—¿Quién diablos es Jorge?

Metió su bolso de fiesta en su bolsillo por seguridad y arrancó el coche. Estaban retrasando la cola del aparcacoches, así que puso el coche en marcha y salió hacia la salida.

Cuando ella permaneció en silencio, él debatió dejarla pensar por un tiempo, pero su conciencia le sacó lo mejor de él.

—Mi padre debió pedirle a Amparo, que no tiene edad para ver lo imbécil que es y lo adora, que me llamara. Por eso me fui, para hablar con ella. Pero no había ninguna emergencia, así que volví a entrar. Fue entonces cuando me di cuenta de que mi padre había hecho una oferta por ti.

Cristina encendió la radio a todo volumen y luego giró la barbilla hacia su ventana.

Desafortunadamente para ella, era un público cautivo y escuchaba muy bien. Presionó el botón de silencio.

—No quise abandonarte allí arriba. Tenía miedo de que le diera una paliza a mi padre si no me iba. Lo hizo delante de todos para que pareciera que es el padre del año en vez del culo que realmente es.

Cristina murmuró:

—No podría ser peor que mi tía Mónica.

Felipe se unió al tráfico en dirección sur en la autopista, preparándose para el viaje. ¡Nunca había discutido lo que su padre había hecho con nadie fuera de su familia, pero después de ver cómo la familia de Cristina la trataba, tal vez lo entendería!

—Cuando tenía diez años, estaba jugando al fútbol en la calle en casa de mi amigo cuando vi el coche de mi padre aparcar en la manzana. Cuando el juego terminó, pensé en ver si podía llevarme a casa con él. La versión corta es que lo atrapé con los pantalones por los tobillos haciéndolo con una señora de una casa cercana. Me enteré más tarde de que había visitado a otras

mujeres agradecidas y solitarias después de haber ayudado a desangrar a sus ex maridos, una vez que el los divorciaba legalmente.

—¿Viste algo así cuando tenías diez años?

Cristina deslizó su mano sobre la suya en la consola del auto y le dio un suave apretón. Su muestra de apoyo le animó a continuar.

—Mi padre me gritó y luego me dijo que esperara en el coche. En el camino a casa dijo que sólo lastimaría a mi madre diciéndole lo que había visto. Me pidió que mintiera, y que le dijera que me encontró caminando a casa y me recogió. Juró que no volvería a pasar. Al día siguiente me compró una nueva bicicleta de montaña a la que le había echado el ojo.

Cristina gruñó.

—Vale, tú ganas. Es peor que mi tía.

Asintiendo con la cabeza dijo:

—Así que decidí mantener la boca cerrada, pero cada vez que monté en esa maldita bicicleta me sentí como un canalla. Amo a mi mamá y odié a mi padre por hacerme guardar su secreto. Unas tres semanas más tarde, fui a su estudio a buscar un bolígrafo. Se sentó en su gran silla de cuero de espaldas a la puerta, hablando por teléfono, así que no se dio cuenta de que yo estaba allí. Cuando me di cuenta de que estaba haciendo una cita para conocer a una mujer en un hotel, no aguante y explote. Le grité a todo pulmón. Cuando mi madre vino a ver lo que estaba mal, le conté todo.

Tragándose la bilis que subía por la garganta, dijo:

—Se divorciaron poco después. Ayudé a destruir mi familia.

—¿Y por eso nunca mientes? ¿Por tu padre?

Cristina frunció el ceño.

—No es un mal rasgo, pero tu madre se habría enterado eventualmente, Felipe, incluso si no se lo hubieras dicho. No fue tu culpa, y no era tu problema, tú lo tenías que arreglar. Era entre tu madre y tu padre.

—Si no hubiera dicho nada, no habría habido nada que arreglar.

Sacudió la cabeza al salir de la autopista, lamentando haber tenido que soltarle la mano para cambiar de marcha. —Probablemente sintió que tenía que echarlo después de que yo lo expusiera, para mostrar a mis hermanas que no estaba bien dejar que un hombre las tratara así. Peor aún, si hubiera mantenido la boca cerrada, mi madre estaría mucho mejor financieramente ahora, si solo yo le hubiera dicho a ella solamente, tal vez hubiera tenido tiempo de guardar algo de dinero. Es un abogado de divorcios, por el amor de Dios. Mi mamá sólo recibe las migajas que él le arroja mientras vive en una mansión y pertenece a clubes de lo más exclusivo que puede existir. Eso no lo puedo sacar de mi cabeza.

—El otro día me dijiste que el fuego no fue culpa mía y por mucho que lo creas, creo que no eres responsable de la destrucción de tu familia. Tu padre lo es. Pero eso no cambiará la forma en que te sientes más de lo que cambió cuando me dijiste lo mismo. Los dos seguimos revolcándonos en la culpa y somos demasiado tercos para perdonarnos a nosotros mismos.

—Tal vez. Pero lamento mucho lo de esta noche.

Su celular vibró cuando se acercaron a la casa de Cristina. Sacándolo de su chaqueta, miró la pantalla. Cuando vio que era Beatriz, ignoró el texto y tiró el teléfono en la consola.

Cristina sonrió con efusividad.

—Es tarde. ¿Llamada de botín, tal vez?

—No lo sé.

Tal vez Beatriz había cambiado de opinión sobre su arreglo. Extrañamente, no tenía deseo de estar más con ella. Al entrar en la entrada de Cristina, su teléfono se deslizó de la consola y cayó en el regazo de Cristina. Ella lo recogió.

—Lo siento, pero no pude evitar fijarme en la pantalla. Quienquiera que sea la Abogada Traviesa dice que te apresures en ir a su casa. Ella te quiere. — Cristina arqueó una ceja. — Asumo que esto es de la pareja sexual con la que dices haber roto y que te está esperando en casa —. Entonces, ¿tu verdadero plan era mantener a esa mujer a un lado mientras yo te preparaba citas? Si ese es el caso, entonces necesitamos terminar nuestro contrato.

Ella le devolvió el teléfono.

—Y dices que nunca mientes.

Beatriz eligió un mal momento para textear.

—Beatriz es mi ex socia pero sigue siendo mi vecina. Eso es lo que quería decir con lo de volver rápido a casa. Ha estado tan ocupada con el trabajo que no la he visto desde que rompí conmigo hace un mes, Cristina. Lo juro.

Cristina abrió la puerta y sacó las piernas del coche, dándole la espalda.

—Lo que sea. No creo que sea la adecuada para encontrarte una pareja de todas formas. Revertiré el pago que enviaste. Y ahora tu otra deuda conmigo ha sido pagada, así que ten una buena vida.

—Tenemos un contrato. Preferiría que cumpliera su parte del trato. Y les dije que hicieran que la limusina me recogiera primero. Deberíamos estar aquí sobre las cinco y media para el partido del lunes.

Cristina se congeló en sus esfuerzos por salir del coche y luego se dio la vuelta y se enfrentó a él.

—¿Vamos a ir a la cita?

—¿Tú y yo y sin la abogada traviesa? — Le señaló Felipe.

—¿Y elegiste el juego de fútbol?

—Me encanta el fútbol.

Tiró el bolso hacia ella.

—No olvides tu lápiz labial.

—¿Y si no me gustara el fútbol, idiota arrogante? Tienes mucho que aprender sobre las mujeres.

Ella cerró la puerta de un portazo. Sacó la cabeza por la ventana mientras ella se dirigía a la puerta de su casa.

—Menos mal que te tengo a ti para que me enseñes. Entonces, ¿eso fue un sí al juego? Podríamos hacer que sea una lección si quieres.

Murmuró en voz baja mientras abría la puerta de su casa. Una vez que lo abrió, gritó: —Sólo si traes a Amparo, si se siente bien.

Entonces me aseguraría de que me llevaras a casa.

¡Nunca la abandonaría!

Cuando la puerta de su casa se cerró de golpe, él sonrió. Buena idea. Amparo parecía casi volver a sí misma cuando él la había visto antes. Sería más difícil para Cristina seguir enojada con él cuando había una chica linda como Amparo. Al salir del camino de entrada de Cristina, un pensamiento lo golpeó. Nunca respondió a su pregunta. ¿Quién demonios era Jorge?



Cristina arrojó su bolso en el sofá y luego se inclinó para arrancarse los tacones de sus pies. Tirando sus zapatos en dirección a su dormitorio, levantó la parte delantera de su vestido largo y se dirigió hacia la cocina. Necesitaba helado, si es que quedaba alguno. Nunca había comido tanto helado como desde que conoció a Felipe a principios de semana. Sin duda alguna, él era el hombre más exasperante de la tierra en estos momentos. Abrió de un tirón la puerta del congelador y sonrió. Angie había ido de compras. Dios la bendiga.

—¿Menta con chispas de chocolate o chocolate con almendras? Decisiones y más decisiones.

Agarrando ambas cosas, tomó una cuchara y se dejó caer en el rincón. La combinación de ambos sabores en un solo bocado era extrañamente deliciosa. Angie entró en la cocina, bostezando mientras se pasaba las manos por su pelo despeinado. Encontró una cuchara y luego se

sentó frente a Cristina. Como era su costumbre, Angie sacó su cuchara para comer un poco de helado. Después de que Cristina tocara cucharas con ella, Angie probó un bocado mixto como el de Cristina. Angie hizo un gesto de asco.

—Eso es simplemente asqueroso.

Tembló de asco al acercar el chocolate de almendras a ella.

—Golpeteo de puertas y helado— Debe haber sido una noche muy especial.

Cristina dio un gran mordisco y se acobardó cuando el congelamiento del cerebro la incapacitó por un momento. Cuando sus poderes de expresión regresaron, le contó a Angie sobre su noche. Angie escuchó atentamente mientras el helado en su caja de cartón desaparecía. Cuando Cristina finalmente llegó a la parte del portazo, Angie frunció el ceño.

—Si es tan arrogante, ¿por qué vas al partido con él el lunes?

Cristina suspiró y volvió a poner la tapa en su contenedor antes de que se enfermara por comer tanto helado. —¿Cuándo me he perdido un partido del Real en casa? Además, me habría encontrado con él de todas formas porque el tío Javier donó nuestra suite ejecutiva para la subasta.

—Ah.

Angie asintió mientras su cara se iluminaba con una sonrisa malvada.

—Será divertido ver la mirada en su cara cuando aparezca y te vea vestida con ropas del Real Madrid. La broma va a ser para él.

Cristina se rió.

—Será aún mejor cuando lleguemos a la caja y vea quién más está allí.

—Podría ser un libro de Pelayo en ciernes.

—Nunca se sabe. Siento haberte despertado.

Cristina se puso de pie y guardó el helado.

—Tarde.

Mientras Cristina recogía su vestido y se dirigía a su dormitorio, Angie dijo:

—Entonces, ¿todavía quieres venir a la fiesta de bienvenida de Jorge el miércoles, o estarás ocupada con el Sr. Arrogante?

Cristina se detuvo en seco.

—Por supuesto que quiero ir. Tengo mi traje de “mira, soy realmente una chica”.

Todo elegido. ¿Por qué lo preguntas?

Angie se encogió de hombros antes de poner sus cucharas en el lavavajillas.

—Nunca he visto a un hombre obtener una reacción tan grande de ti. Normalmente, sólo te desharías de un tipo como Felipe.

—Créeme, la última persona con la que querría salir es Felipe. ¡Nunca he conocido a nadie que me saque de quicio como puede hacerlo él!

—Ese es mi punto, exactamente.

Angie apagó la luz.



Felipe se dirigió a casa. Ver el partido el lunes desde una suite ejecutiva con toda la comida y cerveza que quisiera sería increíble. Incluso incluía una limusina para que no tuviera que preocuparse por tomar unas copas y luego conducir. Y podría ver a Cristina de nuevo.

Gracias querido y viejo papá. ¡Bastardo! Mientras Felipe se detenía en su entrada, visiones de un par cervezas frías llenaron su cabeza. Qué noche tan mala. Justo cuando la puerta del garaje se cerró con estruendo detrás de él, el timbre de su casa sonó. Debe ser Beatriz pensó. Abrió la puerta de su casa y encontró a la rubia y hermosa Beatriz de pie delante de él con su pequeña túnica.

—Hola.

Beatriz en su bata transparente no podía sostener compararse a Cristina en su vestido rojo.

—¿Llevas un esmoquin?

Los ojos de Beatriz se abrieron mucho.

—Yum.

Ella cerró la puerta de un solo golpe, presionó su exuberante cuerpo contra el suyo y lo besó. Rápidamente él rompió el beso, dándose cuenta de lo mucho que le gustaría probar los labios carnosos de Cristina. Se agarró a las muñecas de Beatriz para evitar que sus dedos ocupados intentaran desabrocharle la camisa.

—Pensé que íbamos por caminos separados.

Ella sonrió.

—Cometí un error. Te extraño, Felipe.

Las palabras de su hermana sobre que Beatriz se alejara para que la extrañara le golpearon en la cabeza. Mierda. Tomó su mano y la llevó al sofá, dándole un suave empujón. —Cuando estábamos juntos, no pasábamos la noche entera juntos, y no íbamos a cenas o al cine, para no encariñarnos. ¿Verdad?

—Bueno, sí. Pero... ¿no me extrañas para nada, Felipe?

Cuando los ojos de Beatriz se nublaron con lágrimas, su estómago se hundió. Su hermana tenía razón. ¿Y eso significa que también tenía razón en lo otro? ¿La parte de que Beatriz estaba enamorada de él? Se pasó una mano por el pelo, buscando las palabras adecuadas. —Por supuesto que te extraño, Beatriz. Como amiga, absolutamente. Pero te dije desde el principio que no podía darte nada más que amistad.

Beatriz cerró los ojos y sus hombros se desplomaron.

—Sé que, en mi cabeza, pero mi corazón piensa de otra manera. Serías un gran marido y padre, Felipe. Algo me dice que sólo se necesita la mujer adecuada para que lo veas.

Abrió los ojos y miró profundamente a los suyos por un momento antes de sacudir la cabeza.

—Pero no soy esa mujer. ¿No es cierto?

Una puñalada de culpabilidad dirigida directamente a sus entrañas. No lo era y nunca lo sería, pero eso no significaba que él quisiera hacerle daño.

—Son mis problemas, no los tuyos, los que hacen imposible estar juntos a largo plazo, Beatriz. Eres una mujer increíble y mereces más de lo que puedo darte.

Se puso de pie lentamente mientras una sola lágrima corría por su mejilla.

Quería aliviar su dolor, pero sería mejor dejarla ir. Cualquier estímulo que le diera le daría una idea equivocada. Beatriz se limpió la mejilla y sonrió.

—Bueno, entonces parece que es hora de que ambos volvamos a salir y dejemos de tomar el camino fácil.

Le rodeó el cuello con sus brazos y le susurró:

—Pero aún quiero quitarte el esmoquin, Felipe. ¿Qué te parece? ¿Una última vez?

Después de un mes sin sexo, lo desarmaron esas palabras, pero no pudo. No cuando las cosas tenían que terminar. Y no cuando cierta rubia sexy de ojos verdes asesinos se le aparecía en sus pensamientos en los momentos más molestos.

—Sólo haría esto más difícil. Quiero que nos separemos como amigos.

Le tomó la mano y la llevó a la puerta.

Forzó una sonrisa triste.

—Siempre seremos amigos, Felipe. Si cambias de opinión, estoy al final de la calle.

—Ya es muy tarde.

Le dio un suave beso en la mejilla y luego caminó hacia su casa.

Esperó hasta que ella estuviera dentro, y luego cerró la puerta. Algo en sus entrañas le decía que había sido demasiado fácil. Especialmente si la palabra con “A” había estado involucrada.

Beatriz sólo necesitaba encontrar al tipo correcto, y entonces estaría bien. A primera hora de la mañana, suponiendo que Cristina se hubiese calmado lo suficiente para hablar con él, le pediría eso para Beatriz. Y al poner a otro cliente en el camino de Cristina, tal vez ella lo perdonaría por abandonarla en el escenario. Problema resuelto.

CAPÍTULO SEIS

“A Pelayo le gustaba burlarse de las chicas y tirarles del pelo porque le gustaban en secreto. Pero eso puede meter a un mono en un gran problema.

La larga espera de Pelayo”.

Cristina interrumpió el entrenamiento de yoga que estaba viendo en su televisor para contestar el timbre. Probablemente era la madre de Angie la que pasó por aquí de camino a la iglesia para darles un sermón porque ellas se habían rechazado su invitación para ir. Después de limpiarse el sudor de la cara con una toalla, se asomó por la ventana.

No otra vez. Felipe usaba jeans bien ajustados junto con una camisa maravillosa, sus mangas estaban arremangadas dos veces para exponer sus musculosos antebrazos. Era la primera vez que lo veía con ropa informal. Los llevaba tan bien como un traje. Abrió la puerta y sacó la cabeza, dejando escondidas sus piernas vestidas con pantalones cortos. —¿Alguien más en el hospital? ¿O has venido a disculparte por tu terrible comportamiento de anoche?

—Dije que lo sentía.

Le disparó una típica sonrisa de Felipe.

—Y ahora tengo una emergencia de citas.

—¿Qué? ¿Todas las mujeres que has despreciado están conspirando contra ti?

Haciéndole un ceño fruncido con solo una ceja.

—Hablar con los clientes de esa manera no te mantendrá en el negocio por mucho tiempo.

—Dejarme en frente de todos no te mantendrá como mi cliente por mucho tiempo tampoco, amigo. Te llamaré más tarde. Estoy ocupada.

Empezó a cerrar la puerta de madera, pero él abrió la puerta de cristal y metió su gran zapatilla de tenis dentro.

—Habría otro pago completo para ti. Se trata Beatriz.

Eso llamó su atención. Su factura de la Visa estaba vencida. “La ex pareja sexual”— ¿Por qué no está ella aquí en lugar de ti?

—Déjame entrar y te lo diré—. Felipe empujó la puerta.

—¡Alto! No estoy... vestida.

—¿Estás desnuda ahí detrás?

Su sonrisa se volvió malvada. Cristina inclinó su hombro un poco más hacia el lado para demostrarle al pervertido que tenía ropa.

—No, he estado haciendo ejercicio y estoy toda sudada.

—Me gusta una mujer caliente y sudorosa.

Levantó la mano para abrir la puerta.

Presionó su mano contra su pecho duro para detenerlo.

—En serio, Felipe. Espera aquí y me pondré unos pantalones. Entonces puedes contarme todo sobre tu emergencia.

—¿Pantalones?

Los ojos de Felipe se entrecerraron.

—No me importan tus piernas, Cristina, si de eso se trata. Todo lo que me importa es conseguirle a Beatriz un alma gemela. Y tal vez un poco más de tus galletas con chispas de chocolate.

La plaga claramente no se iba a ir, así que lo dejó entrar y luego salió corriendo. No había dado tres pasos antes de que sus largos brazos la detuvieran y la hicieran girar para enfrentarse a él. Él mantuvo sus ojos firmemente en los de ella, sin dejarlos vagar más abajo. Probablemente tenía miedo de lo que vería. O tal vez estaba esperando su permiso antes de mirar. Sus manos se agarraron suavemente a su cintura, anclándola en su lugar. —Terminemos con esta parte para que podamos ir al grano. ¿De acuerdo?

Su corazón palpitaba. ¿Por qué debería importarle lo que Felipe pensaba de sus piernas? La repulsiva vista le serviría para no aparecer sin previo aviso en su casa de nuevo.

—Bien, pero no digas que no te avise... te advierto.

Dio un paso atrás y contuvo la respiración.

Felipe frunció el ceño mientras estudiaba sus piernas. Giró su dedo, indicando que ella debía darse la vuelta.

—¡Oh, por el amor de Dios!

Ella cruzó sus brazos y le dio la espalda para que él pudiera obtener la vista completa en trecientos sesenta grados.

Hizo un ruido de asfixia;

—¡Wow!

Su estómago se hundió mientras se apoyaba la barbilla por encima del hombro.

—¿Qué?

—Tu trasero se ve fantástico en esos pantalones cortos.

A pesar de su disgusto con él, una sonrisa se dibujó en sus labios. Ahogó su sonrisa mientras una cálida ola de alivio fluía a través de ella. Sólo le había mostrado las piernas a un puñado de personas, y después de verlas, nadie había tenido la fortaleza de hacer una broma. ¿Por qué eso la hizo sentir mejor en vez de querer pegarle? Ella lanzó una mano en dirección al sofá.

—Se acabó el espectáculo, voy a coger un par de sudaderas. Siéntate.

Felipe la agarró de la mano y la acercó.

—Así que tienes algunas cicatrices en las piernas, Cristina. No son desagradables, sólo están ahí. Algunos de mis compañeros de escalada que han tenido malas caídas tienen cicatrices de Frankenstein que hacen que la tuya parezca un raspón.

—Pero las mías están por todas partes....

Levantó un dedo para detenerla.

—Lo que más odio es el dolor que debes haber sufrido cuando perdiste a tu familia y luego tuviste que soportar todas esas cirugías sola. Supongo que esas cicatrices son mucho más feas que las de tus piernas.

El aliento se acumuló en sus pulmones. No esperaba que el hombre de las cavernas le hiciera daño. Felipe la había sorprendido una vez más. Necesitaba irse antes de que él viera sus amenazantes lágrimas.

—Gracias. Pero fue hace mucho tiempo. Vuelvo enseguida.

Cerró la puerta de su dormitorio, cerró los ojos y respiró hondo. Felipe tenía razón. La culpa que había sufrido mientras yacía en esas camas de hospital sola, debido a sus acciones descuidadas, había sido casi demasiado para soportar. Esperaba no despertar después de cada una de sus cirugías, y cuando lo hizo, se sintió como un castigo más que se había ganado por su acción. Abrió los ojos y miró al espejo alto que estaba en la esquina. Odiaba ver sus piernas, pero se giró lentamente para ver su trasero. ¿Se veía bien en sus pantalones cortos de entrenamiento? Nunca antes había pensado en su trasero como un atractivo personal. Inclinando la cabeza en consideración, sonrió. Tal vez no fue tan malo después de todo. Y tal vez Felipe tampoco era tan malo. Después de que se vistiera y se recompusiera, Cristina entró en la sala de estar. Felipe realizaba la postura del guerrero frente a su televisor. La última vez que ella lo dejó entrar en su casa él usó su portátil sin su permiso, ¿y ahora él estaba haciendo su programa de ejercicios? El tipo era tan travieso como Pelayo. O tenía un grave caso que tratar.

—¿Qué estás haciendo?

Imitó el movimiento del instructor.

—Yoga, aparentemente. ¿Cómo se considera esto como ejercicio?

—No es tan fácil como parece.

Cristina esperó hasta que Felipe estuviera de parado en un pie, y con el otro apoyado en la parte interna del muslo y los brazos estirados sobre su cabeza, antes de empujarlo.

Aterrizó en un montón de cojines sobre la alfombra.

—¿Ves?

Riendo, se inclinó sobre él para coger el control remoto. Presionó el botón de apagado justo cuando sus manos se deslizaron alrededor de su cintura. La tiró encima de él, luego rodó, sujetándola bajo su gran y duro cuerpo. Señor, todos esos músculos esculpidos pesaban una tonelada. Y sus sexys ojos tenían un anillo azul oscuro que rodeaba la parte clara. ¿Era todo bonito en él? ¿Y perfecto? Era tan molesto.

—Di que lo sientes—, gruñó.

La niña de diez años que había en ella quería decir “Oblígame”, pero no había duda de que podía hacerlo.

—¿Quieres que te mienta?

—No.

Su frente se arrugó.

—Dilo

Justo cuando estaba a punto de tirarle del pelo, esperando sorprenderle lo suficiente para encontrar una escapatoria, Angie se aclaró la garganta.

—¿Necesitas que te rescaten Cristina, o vas a necesitar una habitación?

¿Necesitaba ser rescatada? Fue agradable acurrucarse contra los duros músculos de Felipe.

No. Sólo estaba siendo un matón.

—¿Ayuda, por favor?

Angie resopló.

—Iré a buscar el bate.

—Habría ido por la habitación.

Felipe movió su boca junto a la oreja de ella, su aliento cálido envió olas de calor a sus

regiones inferiores.

—Según tus reglas, ahora que he visto tus piernas podemos dormir juntos. Me gustaría eso.

Su estómago se apretó. Probablemente se vería muy bien desnudo. Pero ella quería a Jorge. Además, Felipe tenía que estar bromeando. Nunca querría tener sexo con ella, especialmente ahora que había visto sus piernas.

—Mentiroso.

De acuerdo con tu encuesta, no soy tu tipo.

—Ese solía ser mi tipo. Hasta que te conocí.

Su corazón se aceleró. Antes de que pudiera tener una buena respuesta, Angie volvió con su arma.

—Estoy contando hasta tres....

Felipe se levantó y extendió su mano hacia Cristina. Lo apartó con una palmada y se puso de pie por su cuenta.

—No voy a caer en esa.

Volviéndose a su compañera de cuarto, que estaba de pie como si estuviera lista para golpear un hit fuera del parque mientras miraba a Felipe, Cristina dijo:

—Gracias, Angie. Te lo agradezco.

Jo tiró el bate en el sofá y luego puso los ojos en blanco. Mientras se dirigía a la cocina dijo:

—Mis padres vienen en un rato así que estoy haciendo burritos para el desayuno.

¿Se va a quedar?

Felipe irradiaba una brillante sonrisa.

—Me encantaría. ¡Gracias!

Angie se rió.

—¿Dónde los encuentras, Cristina?

Cuando Angie se retiró a la cocina, Cristina llevó a Felipe al sofá y le hizo señas para que se sentara. Movié el bate a un lado y respiró hondo para estabilizarse después de la tentadora propuesta de Felipe.

—Ahora, empieza desde el principio. ¿Y por qué es tu trabajo encontrarle a Beatriz un alma gemela, Sr. Arréglalo todo?

Cuando Felipe hizo un gesto de dolor, ella pensó que esto iba a ser bueno. O muy malo.



Felipe se regañó a sí mismo mientras conducía a la casa de su madre. ¿Qué había estado pensando? Le había pedido a Cristina que se acostara con él. Ella que era el matrimonio en persona, con dos hijos, y un tipo de perro si es que alguna vez había visto uno. Además, ella lo odiaría si se enterara de lo que estaba haciendo. Pero después de sentir todas sus curvas debajo de él, no había duda de que la parte de dormir juntos sería increíble, pero después de eso, uno de ellos estaba destinado a matar al otro. Felipe se rió mientras recordaba cómo ella lo había empujado. No podía pesar más de cincuenta y cinco kilos empapada, y aun así le había sacado lo mejor de él. Se pasó una mano por la cara. Eso no debería hacerla aún más sexy para él, debería hacer que él estuviera muy asustado de ella. No me extraña que escribiera sobre un pequeño mono malo, porque ese mono llamado Pelayo debería llamarse Cristina. ¿Pero no le había dicho a Amparo el otro día lo mucho que le gustaba ese mono?

No. Cristina tenía un novio, o un príncipe, o algo así. Y su nombre era Jorge. Gracias a Dios que Cristina no había aceptado acostarse con él. Necesitaba estar seguro de que la oportunidad no se presentara en el futuro. Sobre todo, porque no estaba seguro de poder decir que no si ella lo deseara. No era el padre de familia que vivía en los suburbios. Cuando se detuvo en la casa de su madre, freno abruptamente.

¿Qué hacía su madre arriba en una escalera limpiando las canaletas? Saltó del coche, cerrando la puerta tras él.

—Bájate de ahí ahora mismo. ¡Eres demasiado vieja para estar en una escalera!

—¿Demasiado vieja?

La ceja derecha de su madre apareció.

Antes de que se diera cuenta de su error, un puñado de hojas húmedas y viscosas le cayeron encima.

—Bien, mamá.

Se limpió la suciedad de su frente.

—Es un movimiento del que Amparo estaría orgullosa.

—Tienes razón. Asegúrate de decírselo.

Su madre metió su mano enguantada en la canaleta y así sacó más basura.

El comentario de “vieja” había sido un error, y hay que admitir que su madre era todavía una mujer hermosa, pero tenía cincuenta y siete años.

Respiró largo rato, buscando paciencia.

—Baja y terminaré eso por ti.

Su madre se rió mientras bajaba la escalera.

—Tu puntualidad, como siempre, es impecable.

Eso fue lo último.

— Cuando su pie tocó el suelo, le besó la mejilla.

—Pero soy demasiado vieja para guardar la escalera, así que puedes hacerlo. ¿Tienes hambre?

Dobló la escalera y la levantó sobre su hombro.

—Acabo de desayunar donde Cristina.

—Ah.

Su madre sonrió a sabiendas cuando se quitó los guantes.

Felipe colgó la escalera en el garaje y luego la siguió dentro de la casa.

—¿Qué significa “ah”? ¿Y por qué no contratas a alguien para que haga las canaletas? O llámame y lo haré.

Ocupó su lugar habitual en la vieja mesa de la cocina, la misma de madera robusta que había estado allí toda su vida.

—Oh, lo harás, ¿eh? ¿Quieres decir que me meterías en tu horario de trabajo de veinticuatro horas y siete días a la semana?

Cruzó los brazos y se quedó en silencio, negándose a entrar en esa discusión familiar. Su madre suspiró mientras abría la nevera y sacaba una jarra de té.

—No importa. Soy perfectamente capaz. ¿Quién crees que ha estado haciendo las canaletas por aquí durante los últimos veinte años? Y dije “ah” sobre Cristina porque tu padre llamó esta mañana y me contó lo que pasó anoche. Espero que estuvieras en casa de Cristina esta mañana disculpándote.

Sara entró en la cocina con un vaso vacío en la mano.

—¿Felipe se disculpó por algo? Esto debe ser algo inédito.

Se dejó caer sobre la mesa frente a él. Lo estaban haciendo de nuevo, flanqueando y superándolo en número.

—Parece que lo único que hago últimamente es disculparme con las mujeres. Me estoy haciendo viejo.

—¿“Mujeres”? ¿Como en plural?

Sara sonrió.

—Beatriz te quería de vuelta, ¿no? Y te sentiste muy mal, pero no lo suficiente como para derribar ese gran muro alrededor de tu corazón y darle una oportunidad al amor. Aunque vi algo en la forma en que miraste a Cristina la otra noche en la firma de libros.

Su madre asintió con la cabeza.

—¡Sí!

Yo también lo vi, en el hospital.

Se dirigió a Sara:

—Tal vez Cristina sea la elegida. Amparo ciertamente aprobaría eso.

—¡Alto!

Levantó las manos.

—Siento reventar sus burbujas de amor, señoras, pero Cristina tiene su príncipe y por lo que se ve es algo que va en serio. Ella y yo sólo somos amigos.

Más o menos. Probablemente no lo diría, pero a él le gustaba.

—Bueno, los amigos son un buen lugar para empezar.

Su madre le dio una palmadita en la mejilla.

—Incluso tu padre dijo que hacían una pareja muy linda. Por eso hizo una oferta por tu cita de anoche.

—No, él pujó por Cristina porque es un bastardo controlador.

Su madre se sentó.

—Todos los demás en la familia han perdonado a tu padre menos tú, Felipe. Anoche intentó ser amable. Pensó que Cristina era una mujer encantadora.

No pudo sentarse más tiempo y se mantuvo en pie.

—¿Por qué siempre le das el beneficio de la duda? Sólo lo hizo para parecer el padre perfecto frente a todos esos clientes potenciales.

Sara se rió.

—Al conjunto del club de campo le importa un bledo ser considerados buenos padres. Están más interesados en sellar el próximo trato y en saber quién gana más dinero entre ellos. Ten cuidado Felipe, o te volverás como ellos por la forma en que trabajas día y noche por el todopoderoso euro.

Recordando cómo la tía de Cristina la trató, y la obsesión de su tío de que se casara con el hombre adecuado, pesaba mucho la teoría de Sara. No la parte de que trabaja y gana dinero, pero sí sobre la buena imagen de los padres.

—Sólo porque trabajo duro y me gano bien la vida eso no me convierte en uno de ellos. Nunca seré como papá.

Su madre suspiró.

—No te pareces en nada a tu padre, Felipe. Eres mejor persona de lo que él podría ser. Lo sabe, y está muy orgulloso de ti. ¿Por qué crees que tu padre no se ha vuelto a casar en los últimos veinte años? Se dio cuenta de que no está hecho para ser un buen marido, pero eso no lo hace una mala persona, sólo un pobre cónyuge. Todo lo que quiere ahora es ser parte de la vida de su familia. Incluyendo tu vida.

Felipe sacudió la cabeza.

—Renunció a ese derecho cuando me pidió que te mintiera, mamá. Me tengo que ir. — Paso por la puerta, pero luego recordó por qué estaba allí.

—Sara, ¿crees que Amparo querría ir al partido del Real conmigo y con Cristina mañana por la noche?

Sara sonrió.

—Amparo estará fuera de sí. Creo que puede estar tan enamorada de Cristina como tú.

—Yo no estoy enamorado de Cristina...

Su hermana se rió y se volvió hacia su madre.

—Te lo dije. El hombre es completamente denso cuando se trata de sentimientos. Nunca lo sintió con Beatriz, y ahora ni siquiera puede reconocerlo en sí mismo.

—No juegues tus tontos juegos de casamentera conmigo. Soy inmune. Recogeré a Amparo en la limusina aquí a las cinco.

Dio un portazo detrás de él para cortar cualquier otra discusión ridícula. Era inútil discutir con ellas. Con cualquiera de ellas. Deseaba que su hermana Raquel viviera en la ciudad. Ella se ponía de su lado y ayudaba a igualar los números. Excepto cuando las discusiones eran sobre su padre. Felipe era una isla en esos momentos. Y planeaba seguir siéndolo. Dejaría que el resto de

ellos pretendieran que su padre no era tan malo. Él sabía la verdad. Al abrocharse el cinturón, arrancó su coche y salió de la entrada. Hace una semana su vida estaba ordenada y bajo control. Desde el día en que conoció a Cristina todo había estado fuera de sincronía. Pero, hay que reconocer que había sido un buen cambio. Tal vez había estado trabajando demasiado.

CAPÍTULO SIETE

“A Pelayo le gustaba mucho el fútbol. Y a Margarita también.

El primer amor de Pelayo.”

Felipe no tuvo tiempo de salir de la limusina antes de que Cristina saliera de su casa para ir al partido del lunes por la noche. Se había vestido de pies a cabeza con la ropa del club merengue, con una camiseta de gran tamaño, unos vaqueros muy usados, unos tenis blancos con cordones amarillos y su pelo rubio tenía unas rayas finas de color blanco. Incluso había un logo del Real tatuado en su mejilla. ¿Le había visto la cara cuando le dijo todo eso sobre otras mujeres que fingían que les gustaba el fútbol? ¿Era esta su forma de decir “en tu cara”?

Cristina saludó a Sam, el anciano chofer de su tío, mientras se deslizaba dentro de la limusina y luego le envió a Amparo una de sus lindas sonrisas.

—Hola, Amparo.

—¡Hola, Cristina! — Amparo subió y bajó de su asiento.

—¿Es un tatuaje real en tu cara? ¿Y no es este el coche más grande en el que has estado?

Cristina se rió.

—Esta es la pequeña limusina de mi tío. Deberías ver el otro. Y no, este no es un tatuaje real. Se lava y se borra.

Cristina finalmente le echó un vistazo.

—Hola. ¿Está bien si Amparo tiene uno?

—Seguro—. Mientras Cristina decoraba la cara de Amparo, miró su camiseta de polo del Real, la que usan los entrenadores en las líneas de banda, sintiéndose mal vestido.

Después de que Sam los dejara justo en frente de la entrada del estadio, Cristina abrió el camino, con su perfecto trasero moviéndose de forma tentadora, hacia el palco de honor. La excitación eléctrica de los aficionados se precipitó ante la perspectiva de ver al Real Madrid intentar mantener viva su racha ganadora. ¿Y quién lo sabría? Tal vez empezaría su propia racha ganadora con Cristina, y ella finalmente le perdonaría por abandonarla en la subasta.

Los ojos de Amparo se iluminaron de anhelo al pasar frente a los vendedores de comida. — Mira, tío Felipe, tus favoritos perros calientes, cacahuets y helado. ¡Espera, Donuts! Son mis favoritas.

Cuando buscó su billetera, Cristina dijo:

—No te atrevas, Felipe. Amparo necesita cenar primero, luego Donuts.

Puso una cara por el bien de Amparo.

—Cristina es aburrida, como tu madre. La próxima vez, sólo seremos tú y yo, y comeremos lo que queramos para la cena.

Amparo sacudió la cabeza y metió su mano en la de Cristina.

—No. Cristina también.

Cristina se encontró con su mirada y mostró una sonrisa de satisfacción. ¿Cómo puede estar tan sexy vestida si es como ver a un niño de diez años? No tiene sentido.

—Vamos a ver qué clase de comida aburrida nos espera arriba, Amparo.

Tomó a Amparo en sus brazos.

—Entonces te conseguiremos algo delicioso para el postre. Tal vez si tu tío puede comportarse, le dejaremos comer un poco también.

Seguir el lindo trasero de Cristina por las escaleras hasta el palco de su tío no iba a hacer más fácil su comportamiento. La suite de su tío era enorme. Mientras Felipe mantenía la puerta abierta para ellas, deslizó su mano alrededor del brazo de Cristina para detenerla y susurró, —¿Es ese el alcalde y su esposa los que están allí?

Cristina se relacionaba con un grupo interesante. Ella sonrió.

—Sí. Y junto a la barra hay unos cuantos ex jugadores que puede que reconozcan.

Uno de ellos gritó: —¡Cristina! Eres tú pequeña hermosa. ¡Ven aquí y ponte al día antes de que estos matones se beban toda la cerveza de tu tío!

Cristina se rió al aceptar sus abrazos apretados y luego los presentó a todos. El gran tamaño de los hombres hizo que los ojos de Amparo se abrieran. Felipe les dio la mano, tratando de no parecer un niño pequeño que conoce a Santa por primera vez.

—Encantado de conocerlos.

Y cuando vio la “comida aburrida”, se detuvo en seco.

—Esperaba perritos calientes y hamburguesas. Nada como esto.

Se le hizo la boca agua al ver el filete de res, los pasteles de cangrejo, la pasta y las enormes patatas asadas con todos los ingredientes. Y por supuesto, las papas, perritos calientes y hamburguesas obligatorias. Cristina le dio un plato de porcelana.

—Bienvenido al mundo del tío Javier. Apúrate y carga, el juego comienza en media hora. — Luego atrapó a uno de los camareros que pasaban y le pidió que trajera tres porciones de Donuts de postre.



Cristina le echó un vistazo rápido a Felipe. Su plato estaba vacío. Otra vez. Había vuelto tres veces por más. Parece que se estaba divirtiendo llenando ese perfecto y marcado abdomen de six packs. Ella nunca olvidaría la mirada en su cara cuando la vio subir a la limusina. Fue increíble, pero las miradas sospechosas que le enviaba le decían que aún no creía que fuera una verdadera fan. Como sea. Mejor aún era mantenerlo adivinando. Así era más divertido.

Era casi la hora del pitazo inicial, así que se trasladaron a los asientos delanteros para ver el partido mientras comían el postre. Llamó a su amigo Miguel, el hijo del alcalde, a su cabina. —Mira lo que tengo para ti Miguel. ¡Un tazón lleno de dulces!

Ella le dio su tazón, dejando espacio para unos nachos más tarde.

—Gracias, Cristina. ¡Te quiero!

Miguel tenía síndrome de Down y era el hombre más dulce que había conocido. Se atrincheró cuando volvió a sentarse con sus padres. Después de que el juego comenzó, ella y Felipe quedaron cautivados por el partido, pero Amparo no parecía estar tan interesada. Cristina se inclinó cerca de Amparo y le susurró:

—Miguel se aburre a veces durante el juego, así que siempre trae una bolsa de juguetes—. Estoy segura de que lo compartiría contigo.

Amparo frunció el ceño.

—Pero es un adulto. Probablemente tiene juguetes aburridos.

—Miguel es un adulto especial. Mientras su cuerpo crece, le siguen gustando las mismas cosas que hacen los niños. Es un hombre muy dulce.

Amparo se comió unos cuantos bocados de su golosina mientras lo consideraba.

—¿Algo así como Peter Pan, pero real?

—Más o menos.

Le dio un abrazo a Amparo. Amparo era una niña adorable que hizo que Cristina quisiera una pequeña Amparo propia.

—Deberías ir a jugar con él cuando termines.

Amparo asintió con la cabeza mientras se metía sus dulces en la boca.

—Vamos muevan ese balón.

Felipe se sentó en el borde de su asiento, con una cerveza en la mano, con una sonrisa de una

milla de ancho. Había tenido cuidado de mantener su distancia, no buscando que se repitiera lo que pasó en el piso de su sala de estar. Se centraba en Jorge, que volvería a casa en unos días. Pero la alegría de Felipe era contagiosa.

—¿Pasando un buen rato?

—No. Ha sido casi tan malo como lo de la caridad de la otra noche.

Se inclinó hacia atrás y deslizó un brazo alrededor de su hombro, acercándola. Luego movió su boca a su oído y le susurró:

—Te ves aún más sexy en ese jersey que en el vestido rojo.

Su estómago hizo esa cosa de apretarse de nuevo.

—Personalmente, debí venir con el esmoquin para ti, me sienta mucho mejor.

—Pondrías a cualquier fanático en vergüenza con tu tenida.

Mientras veía el juego, deslizó su muñeca hasta el respaldo del asiento acolchado de Cristina, y sus dedos masajearon suavemente su cuello. Apenas resistió el impulso de ronronear. Mientras el defensa soltaba el balón, la mano de Felipe se calmó. Después de que la jugada terminara, sus dedos se movieron en pequeños círculos de nuevo.

—No puedo creer que conozcas a tantos exjugadores. ¿Y que tu hables por su nombre de pila con el alcalde y su familia? ¿Cómo consigo que me inviten a ver el próximo partido en su casa?

Ella debería alejarse de su toque suave, pero era hipnótico. Se había perdido el simple placer de una caricia suave. Pero probablemente lo hacía para hacerle la pelota y que lo invitaran de nuevo.

—¿He mencionado lo mucho que me gustan los nachos con mi cerveza?

Sonrió mientras le arrancaba el vaso de cerveza vacío de la mano.

—¿Qué tal si empiezo por conseguirte un recambio?

—Buen plan.

Cuando se fue, ella volvió a prestar atención al juego. ¿Qué estaba haciendo? ¿Dejar que la toque así? Ni siquiera le gustaba. Bueno, eso no era del todo cierto, a ella no le disgustaba. A veces la molestaba mucho. La mayoría de las veces. Pero luego hubo esos raros momentos... no. Sólo eran las hormonas. ¿O feromonas? Tendría que buscar eso. Felipe era el hombre más guapo que había conocido y eso le nubló el pensamiento. Debería ir a reunirse con sus amigos y olvidarse de él. Amparo era feliz jugando con Miguel, así que cruzó la suite para hablar con sus gigantes amigos. Eduardo deslizó su gran brazo alrededor de su cintura y la empujó contra su costado.

—Cristina querida. ¿Cuándo te vas a derrumbar y casarte conmigo?

—No puedo tomar en serio a un hombre que pregunta sin un anillo.

Deslizó su brazo alrededor de su cintura y le devolvió el abrazo.

—Además, tengo miedo de tu esposa. Ella es mucho más grande que yo.

Se rió.

—Todo el mundo es mucho más grande que tú. Ooh, ¿viste eso?

Apuntó hacia el campo y se perdieron en el juego. Unos minutos después, Felipe apareció a su lado con una cerveza y un plato de nachos. Se desenvolvió del gran brazo de Eduardo y los aceptó.

—Gracias.

Eduardo levantó su barbilla en dirección a Felipe.

—Hey! Sé bueno hombre, con esta gran chica, te lo advierto o me tendrás a mí y a mis hombres aquí para responder.

El pecho de Felipe se hinchó cuando cruzó los brazos.

—Me parece que eres tú quien debería cuidarse. Acabas de tener tu brazo alrededor de mi cita. ¿Quieres moverte?

Cuando Eduardo entrecerró los ojos, el estómago de Cristina se hundió. ¿Qué diablos estaba haciendo Felipe? El hombre le superaba por lo menos en 20 kilos.

—Eduardo, Felipe sólo estaba....

Entonces la cara de Eduardo se iluminó con una gran sonrisa.

—Bueno, Eso requirió de grandes cojones, ¿no?

Golpeó a Felipe en la espalda tan fuerte que este dio un paso adelante.

—Creo que lo harás bien con nuestra pequeña Cristina. Ven aquí y déjame invitarte una copa o quizás hasta tres.

Felipe le envió una sonrisa petulante mientras desaparecía en la gran nube de testosterona que rodeaba al bar de chicos, sacudió la cabeza y fue a ver a Amparo.

Ella y Miguel estaban trabajando en un impresionante castillo hecho con Legos.

—Hola chicos—. Sacó su plato de nachos, pero a cambio recibió sacudidas silenciosas de cabeza. Evidentemente, construir cosas con Legos era un asunto serio. Nunca había tenido Legos cuando era niña. Era el medio tiempo, así que tal vez lo intentaría. Entre pegajosos y cursis

bocados de nachos, y tragos de cerveza para pasarlos, se puso manos a la obra. Justo cuando estaba poniendo la pieza en la parte superior del castillo, las manos de Felipe se extendieron a través de los hombros de ella y les dio un suave apretón.

—Ese podría ser el intento más patético de una casa que he visto.

—Eso es porque no es una casa. Es un castillo.

Se rió.

—Entonces es aún peor. Es mejor usar el lado bueno de tu cerebro para escribir libros y encontrar almas gemelas.

—No recuerdo haber leído Inspector de Edificios de Lego en tu solicitud, amigo. Y el otro lado de mi cerebro funciona bien.

Ella le quitó las manos de los hombros por si acaso. Y porque a ella le gustaba demasiado sentir esas manos recorrerla.

Felipe gritó:

—¿Amparo y Miguel? Necesitamos una decisión aquí. Cristina es un poco mala en esto, ¿verdad? — Miguel dijo:

—Sí. Pero ella es agradable.

Amparo, arrugó su nariz.

—Hizo lo mejor que pudo, tío Felipe —.

Ouch. Cristina reexaminó su obra maestra con un serio ojo crítico y tuvo que estar de acuerdo. Era una mierda.

Los ojos azules de Felipe brillaban con la victoria, así que ella replicó:

—La regla número tres del manual de citas dice: siempre felicita a tu cita, incluso si ella crea castillos de Lego torcidos. Claramente necesitas hacer tu tarea sobre las citas, Monserrat.

—Mi error.

Felipe sonrió tan dulcemente que hizo que su corazón hiciera un pequeño gif divertido.

Él extendió una mano para ayudarla a levantarse del suelo, así que ella lo dejó.

—Reenvía ese manual a mi correo electrónico y haré lo posible para que te sientas orgullosa. Pero el medio tiempo casi ha terminado. ¿Quieres ir a ver el resto del partido con los chicos?

¿Con los chicos? ¿Se refería a sus chicos?

—¿Vienes a un partido y crees que estás automáticamente en el club? No funciona de esa manera. Todos hemos estado muy unidos durante años. Tienes que ganarte tu membresía.

—Dijeron que cualquier tipo con el que estés tiene que estar bien. Así que, estoy dentro. Eduardo me invitó a volver la semana que viene. Dijo que pondría mi nombre en la puerta. ¿No es genial eso?

Puso los ojos en blanco.

—Independientemente de los neandertales, todos y cada uno de ustedes...

—¿Es neandertales incluso una palabra?

—¿Te atreves a dudar de una escritora? ¿Tal vez te gustaría poner tu dinero donde está tu boca?

—No importa. Pero voy a buscarlo en Google más tarde para ver si estas siendo honesta.

Felipe le envolvió el brazo alrededor de su cintura y la tiró hacia la barra.

—Esta es la mejor cita que he tenido, Cristina.

—Eso no es decir mucho. No tienes citas reales. ¿Recuerdas?

Sus labios se inclinaron de una manera que la hizo sentir un poco mareada.

—Eso va a tener que cambiar ahora.

—Sí, bueno para llegar a este nivel de cita, vas a tener que aprender a pasar del primer encuentro. ¿Estás dispuesto a incluirme en tu ridículo horario de trabajo para que te ayude a lograrlo?

—Absolutamente.

Cristina se acercó, mirándole a los ojos. ¿Era sólo la cerveza la que hablaba?

—Así que en vez de que yo te encuentre otra pareja sexual, ¿realmente le darás a las citas una oportunidad honesta?

Él reflexionó por un momento. Luego asintió con la cabeza.

—¡Si salir con alguien puede ser como hoy, entonces me apunto! Vamos, el juego acaba de empezar.



Felipe se sentó junto a Cristina en la limusina después de que dejaran a Amparo. Su próxima parada sería la casa de ella. Su lindo cabello rubio cayó sobre su hombro mientras enviaba

mensajes de texto por teléfono, arreglando una cita para almorzar con él al día siguiente. Sería difícil superar la noche que acababan de tener. Todavía estaba disfrutando de una feliz cita y de tratar de seguir el ritmo de esos exjugadores que realmente podían competir con los mejores bebedores de cervezas. Pero la mejor parte fue descubrir que Cristina era una verdadera fanática del fútbol. La forma en que se puso en frente de Eduardo y discutió una llamada de atención del árbitro a un jugador en la cancha había sido ¡impresionante! Necesitaba besarla. Si el beso no era bueno, entonces sólo serían amigos. Eso también estaría bien, porque Cristina fue la primera mujer de la que quiso ser amigo. Pero, sobre todo, le gustaba estar con ella. Cuando la limusina se detuvo, Cristina se inclinó por la ventana y tuvo una tranquila conversación con Sam antes de abrir la puerta.

—Felipe. Trae a Beatriz al café sobre las diez y media, ¿vale? Tu cita para almorzar mañana es con una mujer llamada Lisa. Nos reuniremos a las once y media en un restaurante cerca de su oficina. Nos llevaras tu.

—Lo tengo.

Se inclinó hacia adelante y le dijo a Sam que volvería y luego la siguió.

—Espera, Cristina. Se supone que un tipo debe acompañar a su cita a la puerta de su casa—. La alcanzó y le rodeó el brazo con la cintura.

—Y entonces probablemente debería darte un beso de buenas noches. Todavía funciona así, ¿verdad?

Ella frunció el ceño mientras buscaba las llaves en su bolso.

—Vienes de ver un partido de fútbol y el alcohol está a niveles muy altos en tu sangre, Felipe. Con la luz de la mañana, nunca querrías besarme.

—Falso—. Eres la mujer más interesante y sexy que he conocido.

Acerco sus labios contra su mejilla.

—He querido besarte desde la primera vez que nos conocimos.

—Estás borracho, amigo. Está dañada tu memoria.

Cristina sacudió la cabeza y continuó la búsqueda de sus llaves.

—Dame una oportunidad y te lo probaré. La primera vez que nos conocimos, llevabas una blusa suave de color crema que sólo daba una mirada a la mercancía, y pantalones oscuros que hacían que tu trasero se viera fantástico.

Se inclinó más cerca y le mordisqueó la oreja.

—¿De qué tienes miedo, Cristina?

Sabía que era una persona demasiado competitiva para no morder el anzuelo.

—¿“Miedo”? No, estoy esperando...

Cristina detuvo la búsqueda de sus llaves.

—¿Recuerdas lo que llevaba puesto?

Cristina le miró fijamente a los ojos, frunciendo el ceño y, con suerte, considerándolo.

—Oh, está bien Sr. Gafas de Cerveza, ¡dame tu mejor golpe!

Gracias a Dios por su racha competitiva. Eso probablemente la haría divertirse en la cama también. Respiró profundamente, agarró su increíble trasero con ambas manos y la empujó contra él. Luego se inclinó y puso sus labios sobre los de ella, suaves y llenos.

Mejor de lo que había imaginado. Encaja perfectamente. Cuando sus labios se separaron, ella se acercó invitándolo a continuar, él hizo precisamente eso. Su lengua acarició la de ella mientras su mano se deslizaba por su lado y aterrizaba en su suave pecho. Cuando él dio un suave apretón, ella gimió, dejó caer su bolso y le puso las manos alrededor del cuello.

Los dedos de Cristina deslizándose por su cabello enviaron ondas calientes de deseo que corrían por sus venas, calentando su sangre. Su mente flotaba en un lugar donde nunca antes había ido, un lugar cálido y acogedor y fuera de su cuerpo. Pero entonces ella terminó abruptamente el beso y se alejó. Ella respiró profundamente y luego se lamió los labios perfectos, haciendo que él quisiera volver por más. Cuando él empezó a avanzar, ella le puso una mano en el pecho.

—Espera. Detente. — Parpadeó como si estuviera confundida.

—Vale. Eres bastante bueno en eso, pero estoy interesada en Jorge. Un tipo que quiere lo que yo quiero. Una familia y niños. Así que no puedo hacer esto, Felipe.

Hablar de maridos e hijos era como un cubo de agua fría que se estrellaba sobre su cabeza, aplastando sus deseos. Además, era un bastardo mentiroso y no la merecía. Él seguía olvidando esa parte cuando estaba cerca de ella.

—No, tienes razón.

Dio un paso atrás para recuperar la compostura. Ninguna mujer le había hecho sentir así con un simple beso antes. No puede ser bueno. Ella lo tendría envuelto alrededor de su dedo en poco tiempo.

—Me lo he pasado bien esta noche. Gracias.

Se dio la vuelta y empezó a irse, pero no pudo hacerlo. Necesitaba algo más. Dándose la vuelta, la envolvió en sus brazos y la levantó contra su pecho para darle un fuerte abrazo. Luego le dio un suave beso en la frente.

—Me regalaste un muy buen momento. Gracias.

Con una palmada en su fino trasero, la puso en el suelo y le dijo: —Buenas noches, Candela Kido.

CAPÍTULO OCHO

“A veces lo que Pelayo quiere no es siempre es lo mejor para él.

La dura decisión de Pelayo.”

Cristina se colocó las mantas bajo su barbilla y sonrió mientras miraba las finas líneas de sol que se extendían por el techo de su dormitorio. Felipe la había llamado por su nombre real anoche. No debería haberla tocado tan profundamente, pero lo hizo. Porque en su corazón, eso es lo que era. Candela Kido, no Cristina Barbera. Si se esforzaba lo suficiente, aún podía conjurar el sonido de la voz de su madre llamándola dulcemente por su nombre. Y luego, para hacer las cosas aún más confusas, Felipe había recordado lo que ella había usado la primera vez que se conocieron. Nunca había conocido a un tipo que prestara atención de esa manera. Ningún otro hombre la había besado así tampoco. ¡Wow, y que beso le dio Felipe! Sus labios se calentaron al recordarlo. Le hacía preguntarse qué tan bien se lo pasaría con Felipe en la cama y eso no la ayudaba a mantenerse en el camino correcto. Necesitaba olvidarse de Felipe y concentrarse en un objetivo más alcanzable, como Jorge. Él sabía lo de sus piernas, aunque nunca las había visto. Como médico, Jorge estaría acostumbrado a ver cicatrices como las de ella. Las tomaría con calma y de forma natural, como Felipe. Su corazón se calentó al recordar cómo Felipe la había hecho sentir entera de nuevo, en vez de como mercancía dañada, después de haber visto sus feas piernas. Pero Felipe estaba fuera de los límites. Dijo que nunca se casaría y tendría hijos. Necesitaba tomarle la palabra. Ignorar la forma en que el hombre hizo que su cerebro se volviera estúpido cuando la besó. Volvamos a Jorge. Cuando viera a Jorge en su fiesta mañana, lo invitaría al partido de fútbol del domingo. Sería una buena cita. Había estado fuera del país durante dos años, así que probablemente disfrutaría viendo un juego en vivo. Y no parecería que ella le pidiera una cita, sino que lo invitaba a un evento porque tenía asientos extra. Sí. Eso sería perfecto. No quería asustarlo por parecer demasiado insistente. Pero necesitaba presionar más para que él la viera como una mujer, o nunca pasaría de la primera base. ¿Cuánto es demasiado? Cristina se acercó la almohada de repuesto a la cara y gritó en ella. ¿Por qué los hombres, las citas y los besos tienen que ser tan complicados? Aunque eso era probablemente algo bueno porque mantenía su negocio de Cirano en marcha. Pensando en el trabajo, necesitaba levantarse e ir al café. Quería hacer algunas cosas antes de reunirse con Felipe y Beatriz más tarde. ¿Sería incómodo ver a Felipe de nuevo? No. Probablemente ya se había olvidado de su beso. Tirando las sábanas hacia atrás se deslizó de la cama y se dirigió al baño para prepararse. Cuando estuvo lista para salir, tomó una taza de café para llevar y se fue. Cuando Cristina cruzó el umbral del café a las 8:30 a.m., Angie le tiró un delantal almidonado. —Carlos, Susana y Celia llamaron diciendo que estaban enfermos. Tengo ayuda en camino, pero se hará poca. Toma el registro de las ordenes, por favor. — Cristina se ató el delantal alrededor de la cintura y se zambulló en su labor. Debía haber treinta personas en la fila. Con suerte, todos querrán café solo o algo fácil. Hacía mucho tiempo que no dirigía el mostrador. Después de unas horas, la línea estaba bajo control y la forma adecuada de hacer un café con late moca había surgido de las profundidades de su cerebro. Y afortunadamente, dos de los trabajadores de reemplazo habían llegado. Una persona más y ella sería capaz de dejar el mostrador. ¿Cómo lo hacía Angie todos los días? Deslizó un trozo de pelo suelto detrás de su oreja, y luego se giró para ayudar a la siguiente persona en la fila. Cuando levantó la vista, vio a Felipe a unos cuantos metros de distancia, alto, tentador y sabroso. Sus

labios cosquilleaban al recuerdo de su beso. Entonces una delgada y hermosa rubia le susurró algo al oído, enviando una flecha de realidad directamente al corazón de Cristina. Beatriz. Era una maldita diosa. Se debe exigir a la mujer que entregue gafas de sol para proteger los ojos de la víctima desconocida que se topa con la belleza que irradiaba su brillante y perfecta piel. Llevaba una chaqueta de traje azul marino a medida con una falda corta que destacaba sus piernas kilométricas y sin manchas, y una blusa sedosa que no dejaba lugar a dudas de que Dios había sido bueno con ella en el departamento de los senos. ¿Y sus zapatos? Ellos estaban para morir. Altos, fornidos y sexys. Comparado con eso, Cristina probablemente se veía como la última rosquilla de un día que quedó bajo la cúpula de vidrio en un restaurante de aspecto grasoso. Afortunadamente, el reemplazo de Cristina llegó, poniendo fin a su fiesta de lástima, así que con gusto entregó su delantal;

—Gracias, Gina. Que tengas un buen día.

Cuando se inclinó para recuperar su bolso, un par de brazos masculinos la rodearon por detrás, sujetando sus manos a su lado, y luego la levantó de sus pies. Ella gritó;

—¡Hey! — ¿Qué diablos?

Cristina vio a Felipe empujar a Beatriz a un lado antes de que empezara a ir hacia la caja registradora. Cuando el aliento caliente del hombre misterioso calentó su oído, la repulsión subió por su columna vertebral. Luego le besó la mejilla y le susurró:

—Ha pasado demasiado tiempo. ¿Cómo estás, cariño?

Con el sonido de la voz familiar, el corazón palpitante de Cristina se asentó un poco.

¡Era Jorge!

—Hola. Me has asustado.

—Lo siento. No pude resistirme.

Cuando la dejó caer de pie, ella se giró y le dio un fuerte abrazo. Después de unos momentos, se soltó de mala gana y dio un paso atrás, siguiendo con la vista la silueta de él.

Jorge, como Felipe, era alto, pero Jorge era rubio y de ojos azules soñadores. De repente su cerebro se aclaró lo suficiente como para darse cuenta de que la había llamado cariño. Bebe habría sido mejor, pero no era el momento de analizar cada una de sus palabras. Ella lo haría más tarde. Mientras ella tenía una fiesta privada en su cabeza, la mano de Felipe se deslizó alrededor de su cintura, poniéndola contra su costado.

—¿Qué está pasando, Cristina?

Levantó la barbilla y miró fijamente a los ojos estrechos de Felipe. Probablemente lo asustó cuando se sorprendió por un momento. Pero él parecía genuinamente preocupado por ella, y eso era bastante agradable.

—Este es Jorge. Debí haber sabido que era sólo él. Siempre se me acercaba así cuando éramos niños. Pero no pensé que lo vería hasta mañana.

Jorge irradiaba una brillante sonrisa.

—Llegué un día antes y no podía esperar a ver lo que tú y Angie han hecho con el lugar. Es fantástico, Cristina.

Jorge le tendió una mano a Felipe.

—Jorge Mancera.

Felipe quitó lentamente su mano de la cintura de ella y agarró la mano de Jorge.

—Felipe.

Luego se volvió hacia ella.

—Entonces, ¿se ha acabado tu pequeño reencuentro? Tenemos una reunión, ¿verdad?

Ignorando el tono insolente de Felipe, ella respondió.

—Enseguida estoy contigo.

Luego le sonrió a Jorge.

—El café es el bebé de Angie, yo sólo ayudo a veces. Estoy súper orgullosa de ella.

—Yo también—. ¿Dónde está ella?

—Justo por ahí—. Señaló hacia las puertas giratorias.

—Gracias. Me alegro mucho de verte, Cristina.

La saludó y se dirigió a la cocina. Y luego le llegó una idea de golpe. ¡Debía tener un aspecto horrible! Estaba sudorosa, y su pelo probablemente se había vuelto flácido por estar alrededor de todo el vapor. Tal vez podría reparar el daño antes de que él volviera. Agarró su bolso y su portátil de debajo del mostrador, pero antes de que pudiera escabullirse para refrescarse, los largos dedos de Felipe le rodearon la parte superior del brazo y la detuvieron. Golpeando con sus dedos en el mostrador con la otra mano, Felipe dijo:

—Necesitamos dos cafés, negros, y lo que sea que estés tomando, ¡barista! ¿Desde cuándo trabajas aquí?

¿Estaba enfadado con ella?

—Soy dueño de parte de esto, así que cuando la mitad del personal llama para decir que están con la gripe, yo ayudo. Es un bicho particularmente desagradable este año, así que, si no lo has hecho ya, deberías vacunarte contra la gripe. Estoy agradecida de haberlo hecho.

—Nunca me enfermo.

Felipe se acercó y frunció el ceño.

—Así que, ese era Jorge el surfista que parece príncipe, ¿eh? ¿Te asusta a menudo?

¿Qué se había metido en el trasero de Felipe? Tal vez estaba enojado por todo el alcohol que había consumido la noche anterior le había llevado a besar a alguien como ella cuando estaba acostumbrado a la impecable Beatriz.

—Jorge estaba feliz de verme, ¿y qué?

Cristina dejó sus cosas, sirvió las bebidas y las metió en un contenedor de cartón.

Después de deslizar sus veinte en la bandeja, ella lo empujó fuerte hacia su pecho, y gruñó, pero luego le hizo un gesto para que fueran hacia las mesas. Después de darle a su deslustrado caballero de brillante armadura un giro de ojos, se dirigió hacia la zona del comedor.

Beatriz se unió a ellos, deslizando su brazo por el brazo doblado de Felipe, y acercándolo a ella.

—Tengo las once en punto, ¿podríamos avanzar en esto? Es decir, ¿si tu otra reunión sin cita previa ha terminado?

Felipe golpeó la cafetera en la mesa. Luego respiró profundamente y se compuso.

—Cristina Barbera, Beatriz Gunder.

Beatriz asintió con la cabeza y luego deslizó lentamente su largo cuerpo en una silla. Hombre, ese fue un movimiento sexy. Tal vez Cristina tendría que intentarlo alguna vez cuando fuera a cenar con Jorge. Pero probablemente no se vería tan sexy en las diminutas medidas que ella tenía. Felipe se aclaró la garganta. Se paró detrás de ella, sosteniendo su silla y frunciendo el ceño.

¿Desde cuándo Felipe sacaba sillas para que ella se sentara?

—¿Gracias?

Mientras se sentaba, decidió no pensar en cómo su maquillaje probablemente había sudado y su máscara de pestañas se había corrido. Sería inútil.

—Beatriz, gracias por venir hoy. Veo que anoche rellenaste el cuestionario online, así que sólo necesito....

—Sólo encuéntrame a alguien como Felipe, y estaremos bien.

Beatriz puso su mano en el antebrazo de Felipe y lo miró profundamente a los ojos. Cristina no pudo señalar por qué eso la molestaba tanto, pero lo hizo.

—Vale. Pero ¿quieres salir con esta persona o buscas algo como lo que tú y Felipe tuvieron?

Beatriz suspiró.

—Tener citas está bien, pero normalmente sé cuándo un hombre me gusta con solo estar unos momentos con él, así que tener citas para tomar un café o un almuerzo rápido es todo lo que quiero en este momento.

—Miró su celular y luego se paró.

—¿Por qué no me encuentras algunos candidatos? Liberaré mi hora de almuerzo toda la semana que viene. Haz lo mismo con Felipe. Necesita ver lo que hay ahí fuera. A veces la hierba de la casa del vecino parece mucho más verde hasta que tienes que salir con ella.

—Beatriz le mandó a Felipe un tirón de cejas y luego se alejó.

Cristina se rió.

—Alguien no está feliz de renunciar a su pareja sexual. Entonces, ¿dónde deberíamos poner prioridad a sus citas para almorzar la semana que viene? Oh, ya lo sé. Podríamos hacerlas en el parque... en el césped.

—Que gracioso.

Felipe frunció el ceño mientras sacaba el billete de veinte dólares de la caja y lo deslizó por delante de ella.

—Sólo estaba bromeando.

Cuando su mandíbula se apretó y se negó a mirarla a los ojos, el remordimiento se sintió como una bola de plomo en el vientre de ella.

Bueno, claramente él le gustaba. Probablemente incluso se preocupó un poco por él. Pero seguía siendo el hombre más molesto que había conocido. Y el más sexy, pero esa parte la tenía que dejar de lado.

Le pasó los veinte de Felipe al nuevo camarero mientras pasaba, y luego le puso la mano encima de la gran y caliente mano y le dio un apretón.

—¿Qué pasa, Felipe?

Sacudió la cabeza.

—Nada.

Luego levantó la cabeza y la miró fijamente a los ojos como si buscara algo.

Confundida por la emoción de su mirada, ella dijo:

—¿Estás confundido por nuestro beso?

—Siento interrumpir.

Jorge se sentó en una silla vacía frente a ella.

—Pero Angie dijo que no te importaría, Cristina...

Miró a los dedos de Felipe, fuertemente entrelazados alrededor de los suyos. No estaba segura de cómo había sucedido, pero se sentía bien. Tal vez no estaba tan enojado con ella como pensaba. Pero entonces la presencia de Jorge le recordó que debía mantener la vista en la pelota, así que empezó a desenredar sus dedos. Cuando ella trató de apartar su mano, Felipe apretó su agarre. Maldición. No podía apartar su mano sin parecer una idiota, pero ¿qué pensaría Jorge? Haría que Felipe pagara por eso más tarde.

Jorge le lanzó una brillante sonrisa.

—Me tengo que ir. Voy a sorprender a papá en su oficina. Pero quería decirte que algunos de los chicos del barrio van a estar en la fiesta. Esperábamos poder convencerte de que jugaras de volante central. Los cinco fuimos invictos ese verano, ¿recuerdas?

Su estómago se apretó.

—No creo que vaya a estar lista para eso....

—Sólo trae algunas sudaderas para cambiarte. Todos lo estamos deseando. Todos te hemos echado de menos, Cristina.

Jorge se puso de pie y empujó su silla debajo de la mesa.

—Umm. Vale. Hasta mañana.

¿Toda la pandilla la extrañaba, o él la había extrañado?

Jorge levantó una mano en dirección a Felipe.

—Encantado de conocerte.

Luego se volvió hacia ella:

—Adiós, Cristina.

Ella le envió un saludo con su mano libre y luego tomó un sorbo de su taza mientras reflexionaba sobre la situación. Un paso adelante, dos pasos atrás. ¿Debía jugar o no? Ella no quería decepcionarlo.

Después de que Jorge se fue, Felipe deslizó lentamente su mano de la de ella, y luego cruzó los brazos.

—Así que tu príncipe, a quien no has visto en dos años, a quien tu corazón pegajoso anhela, ¿sólo quiere jugar al fútbol contigo?

—¡No! Es sólo que... eso no es asunto tuyo.

Se acercaba demasiado a la verdad, y eso de sujetar su mano no había sido divertido. empaquetó su portátil y se levantó para irse.

—¿Leíste lo que te envié sobre las primeras citas anoche?

—Sí.

Su sonrisa se desvaneció rápidamente cuando se puso de pie y salió a su lado. Camino hasta la salida y abrió de un tirón la puerta de cristal.

—Estoy estacionada justo ahí.

Estaba estacionada justo en frente y no quería hablar con él en ese momento, así que presionó la alarma del auto y abrió la puerta.

—Me reuniré contigo en el restaurant donde se fijó su cita.

—No puedo creer que conduzcas un Prius.

Inclinó su cabeza mientras daba vueltas en su coche.

—Abre el capó, es que, quiero ver cuántos ratones hay ahí abajo.

—¿Sabes qué, Felipe? ¡Va a ser difícil encontrarte una mujer tan graciosa como tú!

Se deslizó detrás del volante y dio un portazo. Ya estaba harta de sus comentarios inteligentes. Su nudillo golpeó su ventana.

Ella lo bajó.

—¿Qué? — Inclinándose hacia adentro, le disparó una gran sonrisa.

—¿Mi cita para almorzar es morena? Dijiste que eran mejores, y más ardientes.

—Sí. Ahora vete.

Le pasó los dedos por la cara, le sacó la cabeza y luego subió la ventana. La próxima vez también sería un moreno, de acuerdo. Y ella tenía sólo uno en mente. Se llamaba Jordan. Un buen amigo con un malvado sentido del humor que era casi tan bonito como Felipe. Lástima para todas las mujeres del mundo, Jordan prefería a los hombres. Enseñaría a Felipe a no sabotear su sueño de amor con Jorge sosteniendo su mano así. El la volvió a llamar y ella bajó su ventana un poco y levantó una ceja.

—Deberíamos pensar ecológicamente y cabalgar juntos un caballo. Pero no me voy a meter en ese Prius. Yo conduciré.

Abrió la puerta, metió la mano y la rodeó con su gran mano. Ella agarró sus cosas justo cuando su cuerpo alzó el vuelo.

Su firme agarre la impulsó a través del pavimento áspero, tirando de ella hacia su sexy coche.

—Tal vez no quiero estar atrapada en un coche con un hombre odioso como tú.

Ella levantó su llave a distancia sobre su hombro, haciendo sonar la alarma de su coche dejándolo cerrado.

—Me encanta cuando eres luchadora y estás enfadada. Apuesto a que también te divertirías bajo las sábanas de esa manera.

—Mis sábanas están reservadas para Jorge. ¡Y tenemos que discutir tu mala actitud hacia él! ¿Qué crees que Jorge pensó cuando me agarraste la mano así?

La mandíbula de Felipe se apretó cuando abrió la puerta.

—No te merece, Cristina.

—Y tú, ¿cómo puedes saberlo?

Después de que él se sentara a su lado y se uniera a ella, ella se abrochó el cinturón de seguridad y le miró fijamente.

Se quedó sin aliento antes de meterse en el tráfico.

—Necesitas un tipo que quiera hacerte el amor, no jugar al fútbol contigo. ¿Qué tiene él que yo no tenga?

Ella resopló.

—El deseo de una esposa e hijos, para empezar.

Cambió de marcha y lo hizo pasar por una luz amarilla.

—¿Por qué no puedes acostarte con un chico y divertirte? Sin ataduras.

También se había preguntado eso sobre sí misma. A menudo.

—¿Supongo que porque entonces no sería yo?

Abrió la boca para responder, y luego la cerró.

—Buen punto. ¿Pero entonces el tipo que eliges es demasiado ciego para ver la hermosa

mujer que eres?

Se giró y la miró brevemente a los ojos.

—Te mereces algo mejor, Cristina.

Empezó a defender a Jorge, pero Felipe levantó una mano para cortar la conversación.

—Es como yo lo veo. ¡Y ya he terminado de pelear por Jorgito!

Ella le dio un empujón en el brazo.

—Hasta que admitas que tener mi mano como rehén frente a Jorge demuestra lo idiota que eres, ¡no estamos ni siquiera cerca de terminar!

—Bien, soy un idiota. Pero al menos sabría qué hacer con la mujer más sexy que se haya cruzado en mi camino.

La lujuria en su mirada amenazó con hacer que sus partes de chica traviesa se quemaran.

Cruzó los brazos y cerró los ojos, bloqueando sus seductores ojos azules de bebé.

—Eres imposible.

Cuando él se rió, ella hizo una mueca de hastío.

Buen regreso, Cristina. Eso sería un tres a cero en un partido.

Su ira se disipó lentamente mientras se inclinaba hacia atrás y disfrutaba del rápido paseo. Ella realmente extrañaba su Porsche.

El comentario de Felipe acerca de por qué no podía tener una aventura rebotó en su cerebro. ¿Quién era él para hablarle así? Se volvió hacia él y le preguntó:

—¿Alguna vez has estado enamorado, Felipe?

Sacudió la cabeza. —No.

—Si nunca has estado enamorado, no puedes saber lo que te pierdes. Las citas serán buenas para ti. Trabajas demasiado. Necesitas encontrar a alguien con quien puedas divertirte y que te muestre lo buena que puede ser una verdadera relación.

—Me divertí contigo anoche. Deja al príncipe y te mostraré lo que es tener un gran sexo con un hombre de verdad.

—No, gracias, Sr. Shallow.

Ella resopló un poco.

¿Lo consideraría si pensara que Felipe la tomaría en serio? Pero no lo haría. Se acostaría con ella unas cuantas veces y luego se iría cuando se aburriera. Pero el sexo probablemente sería increíble. Cuando llegaron a su restaurante italiano favorito, Felipe le abrió la puerta. No podía discutir con los modales de Felipe. Era lo único por lo que no podía discutir con él.

Las mesitas cubiertas con manteles a cuadros rojos y blancos tenían botellas de vino con cera de colores que goteaban por los lados en el centro. El aroma del ajo y el pan caliente recién hecho hicieron que el estómago de Cristina suplicara por una gran rebanada de lasaña. El dueño, Michael, saludó desde la cocina.

—Te tenemos todo preparado como la última vez, Cristina. ¿Quieres lo de siempre?

—¡Sí, por favor!

Le encantaba apoyar a pequeños restaurantes familiares como el suyo y el de Angie. Aunque, Angie tenía planes más grandes para su cafetería algún día. Ella envolvió su mano alrededor del gran brazo de Felipe y lo arrastró hacia atrás, atravesando las mesas llenas de comensales. — Bien, entonces te sentarás aquí de espaldas a la pared y esperarás a Lisa. Dijo que llevaba una camisa de seda azul y pantalones negros. Estaré allí donde ella no pueda verme, pero tú podrás hacerlo. Intenta no hacer contacto visual conmigo cuando te hable al oído. Es un error que los novatos suelen cometer.

—Lo tengo.

Felipe aceptó el auricular y se lo colocó.

—Entonces, ¿qué hace Lisa para ganarse la vida?

—Es una excelente pregunta que deberías hacerle a ella, no a mí. Siéntate y yo iré a mi mesa y haremos una rápida prueba de sonido.

Felipe asintió y sacó su silla. Cristina tomó su lugar, tomó un menú para poder esconder su cara cuando Lisa pasara, y luego dijo en voz baja.

—¿Puedes oírme, Felipe?

—Fuerte y claro.

—Bien—. Oye, guarda tu teléfono.

Frunció el ceño a la pantalla.

—¿Por qué? Ella no está aquí todavía.

—No me hagas ir allí. ¡Guárdalo, ahora!

—Sólo quiero responder a esto.

—Felipe déjalo. No querrás perderte ese momento mágico. En la que ella te busca, tú la

buscas a ella, y cuando tus ojos finalmente se encuentran, ambos se dan cuenta al mismo tiempo de que han encontrado lo que buscan.

Se rió mientras escondía su teléfono.

—Deberías escribir películas para chicas en lugar de libros para niños, Cristina. Eso es lo más ridículo.

Levantó la vista.

—Acaba de entrar. Y aun así, no hay ni un gramo de esa basura mágica de ojos que acabas de describir. Me siento totalmente estafado aquí....

—Shhhh! Va a pensar que te hablas a ti mismo como un loco.

Cuando Lisa llegó a su mesa, Felipe se puso de pie y extendió su mano.

—Hola. Soy Felipe. ¿Eres Lisa?

—Sí, encantado de conocerte, Felipe. Cristina te describió bien. Supe que eras tú al instante —. Felipe estrechó la mano de la belleza alta, delgada y de pelo oscuro y luego sacó su silla para que ella se sentara. Hasta ahora, todo bien. Lisa era una nueva cliente, así que sería bueno ver cómo operaba también. Cuando un gran plato de lasaña apareció ante Cristina, ella sonrió y agradeció a su camarero. Mientras escuchaba, Lisa hablaba y Felipe le daba respuestas cortas de una o dos palabras. No había prestado ninguna atención a sus deberes. Estaba rompiendo todas las reglas de la conversación. Se metió en su comida, con la esperanza de que Felipe consiguiera una pista y le preguntara algo a Lisa. Cuando parecía más interesado en el menú que en su cita, Cristina dijo:

—Agradécele que se reúna contigo en su hora de almuerzo, y luego pregúntale a qué se dedica.

Había elegido a Lisa porque era abogada, como Beatriz, esperando que fuera más fácil para Felipe encontrar un terreno común. Felipe sonrió y le hizo la pregunta a Lisa. Mientras ella preparaba su menú.

—Bueno, recientemente he hecho un gran cambio de vida. Dejé mi trabajo porque me sentía sofocada e incapaz de abrazar mis creencias al máximo. Así que compré una pequeña tienda cerca. Vendemos cristales y artículos difíciles de conseguir para aquellos que desean hacer hechizos y practicar el vudú.

Felipe parpadeó.

—¿“Hechizos”? ¿Y el vudú?

Cristina dejó de comer y se esforzó por escuchar lo que Lisa decía:

—Sí. Omití esa parte en mi perfil porque mucha gente es cerrada de mente sobre mi estilo de

vida. A veces también puedo hablar con los muertos.

—Los muertos también, ¿eh?

La ceja de Felipe se arrugaba cada vez más.

—Y hechizos. Vaya. Eso es interesante.

Lisa asintió con la cabeza mientras repasaba el menú de nuevo.

—Sí, soy bastante buena en ellos, en realidad. Pareces un poco tenso. Si quieres, puedo hacerte un buen hechizo de limpieza.

Cristina se rió tanto que casi escupió su lasaña.

Felipe dijo:

—No. Estoy bien. Pero gracias. Entonces, ¿qué vamos a pedir?

Levantó su menú delante de su cara y mirando hacia Cristina parecía decir:

—Sácame de esto ¡Ahora, Cristina!

Este fue el castigo perfecto por lo que le hizo delante de Jorge. De ninguna manera esto estaba planeado. Era demasiado divertido verlo sufrir.

—Es una buena práctica. Pregúntale si conoce algún hechizo de amor.

Gruñó, —¡Diablos, no!

Antes de bajar su menú y romper otra regla al mirar directamente hacia ella. Ella le respondió con una sonrisa engreída mientras comía su impresionante lasaña. Tendría que acordarse de actualizar el perfil de Lisa cuando volviera a casa. Felipe se tiró del cuello todo el tiempo que el camarero les tomó el pedido. Cuando él la miró de nuevo, ella casi sintió lástima por él. Pero sería interesante ver lo que haría en este tipo de situación, así que ella ignoró sus ojos suplicantes y untó con mantequilla un poco más de pan caliente.

—Mira, Lisa.

Felipe le pasó una mano por la cara.

—Pareces una gran persona y todo eso, pero tengo que ser honesto aquí. Soy una de esas personas de mente cerrada que mencionaste. No quiero ser poco sincero y fingir que creo que seríamos un buen partido. Así que tal vez...

Lisa levantó una mano y lo cortó

—Sí, lo sé. Te leí tan pronto como toqué tu mano. También vi que estás enamorado de otra mujer. Deberías ponerte en contacto y aceptar esos sentimientos porque ella te haría feliz.

Lisa llamó al camarero y canceló su pedido.

Luego le dijo a Felipe: —Pero tienes que averiguar cómo perdonarte a ti mismo antes de ser verdaderamente feliz. Fue un placer conocerte. Que estés bien, Felipe.

Como Cristina aún estaba procesando las palabras de Lisa, olvidó esconderse detrás de su menú. Lisa le guiñó un ojo al pasar.

Cristina tomó su plato y se sentó en la silla vacía de Lisa mientras el camarero colocaba un plato de lasaña delante de Felipe.

—Vale, lo último que dijo me está asustando. ¿Cómo podría saberlo? Sobre lo de perdonarte a ti mismo. ¿Quizás es legítima?

Felipe se ríe.

—Cristina, piénsalo. La mayoría de la gente carga con la culpa de algo, fue sólo una suposición afortunada.

Dio un gran mordisco a la lasaña.

—¡Esto esta increíble!

—Lo sé, ¿verdad? Es mi favorita.

Tomó otro bocado de su propio plato y reflexionó sobre el resto de lo que dijo Lisa. — ¿Podría la otra mujer de la que pensaba que estabas enamorado ser Beatriz? Estuviste con ella durante unos años.

El tenedor de Felipe se detuvo a mitad de la mordida. La miró fijamente a los ojos por un momento antes de sacudir lentamente la cabeza.

—No. No es Beatriz.

—Oh, está bien.

Una extraña sensación de alivio la llenó cuando terminó de comer.

Cuando terminó, empujó su plato vacío hacia adelante y vio a Felipe comer. La alegre lujuria por su rica y cursi lasaña iluminó su hermoso rostro. Probablemente tenía esa misma expresión cuando hacía el amor con una mujer. Después de recoger lo que quedaba de la salsa roja con su pan de ajo, levantó la vista y la pilló mirando.

—¿Qué?

—Nada.

Se recompuso y extendió su mano.

—Necesito que me devuelvas mi Bluetooth.

Se lo entregó.

—Esto no me sirvió de nada, pero tú parecías disfrutarlo. La próxima vez, ¿puedes apretar el botón de silencio cuando te estés riendo a carcajadas? Es una distracción.

—Vale. Pero cuando llegó a la parte de que necesitabas una limpieza.

Cristina empezó a reírse de nuevo.

—Sí, eso fue muy gracioso.

El sarcasmo se mezcló con su tono, pero Felipe sonrió mientras firmaba con su nombre en la factura.

—Vámonos.

Ella saludó al dueño al salir. Cuando llegaron al coche de Felipe, ella sacó la mano y movió los dedos.

—Llaves, por favor. Quiero conducir de vuelta.

—Nunca dejo que nadie más conduzca mi coche.

La sonrisa de Felipe se hizo más fuerte cuando sacó las llaves de su bolsillo.

—Pero tal vez estaría dispuesto a hacer una excepción.

Se inclinó más cerca y susurró:

—Si me besas de nuevo.

El calor que ardía en sus ojos envió un rayo de deseo directo a su vientre.

Ella quería hacerlo. Pero ella sincera y realmente no debería.

—Trato hecho.

Las cejas de Felipe se juntaron cuando dejó caer las llaves en su mano. Ella se puso en puntillas y le besó la mejilla.

—Eso no es lo suficientemente bueno.

—Qué pena. La próxima vez tendrás que ser más específico.

Riendo, Cristina se fue al lado del conductor antes de que Felipe cambiara de opinión. Ella era una buena conductora y no podía esperar a asustarlo de camino a casa.

CAPÍTULO NUEVE

“Pelayo amaba sus zapatillas de color rojo brillante. Esperemos que todas las chicas también lo hagan.”

Pelayo va a su primera fiesta de cumpleaños”

—Espejito, espejito en la pared, ¿será este el traje más sexy de todos?

Cristina cantaba en su espejo de cuerpo entero mientras colocaba un pendiente en su lugar. Llevaba un top rosa de cuello redondo con un sujetador que funcionaba bien para las chicas, unos jeans muy ajustados, botas de tacón alto y una chaqueta de cuero ajustada para rematar. Su pelo se veía más hermoso que de costumbre y se había puesto unos anteojos oscuros y ahumados.

—¿O parezco una prostituta? —

Angie se rió.

—¡Estás ardiente!

Si Jorge no se fija en ti con eso, entonces es ciego o le gustan los hombres ahora.

Le tiró el bolso a Cristina.

—Vamos, llegamos tarde. Podemos ir en tu auto que casi me he quedado sin gasolina.

Cristina cogió su bolso y luego sacó las llaves.

—Ves, esa es la belleza de un Prius. Rara vez me quedo sin gasolina.

Angie esperó junto al coche a que Cristina abriera las cerraduras antes de meter su largo cuerpo dentro.

—Sólo sigues intentando convencerte de que no echas de menos el Porsche.

—Cierto. ¡Conduje el coche de Felipe ayer y fue fantástico!

Probablemente es mejor no compartir la parte de que Felipe no la dejaría salir del auto hasta que le diera el beso apropiado. Aunque, no había nada apropiado en ello, estaba muy caliente. Y era la última vez que ella le dejaría besarla, sin importar lo increíble que fuera. Cristina puso una mano sobre su estómago nervioso y se centró en la misión en cuestión. Jorge.

—Gracias a Dios por esta lluvia. No hay fútbol para mí esta noche.

—Sí. Eso fue un golpe de suerte. ¿Habrías jugado si no hubiera llovido?

Cristina se había hecho la misma pregunta. Fue la voz arrogante de Felipe en su cabeza la que

la convenció de que no habría jugado. Sólo para probar que Felipe estaba equivocado sobre Jorge. Probablemente.

—No.

Cuando llegaron a la casa de los padres de Angie, los coches se alineaban en la acera por dos bloques sólidos. Todos en Madrid deben estar en la fiesta. Jorge siempre había sido un tipo popular. Cristina no tenía intención de arruinarse el pelo caminando con el viento y la lluvia durante medio kilómetro, así que se detuvo en la casa de sus tíos al lado y aparcó bajo su gran pórtico.

—Hagamos una carrera hasta allá.

Cristina se unió a Angie, se agachó bajo su paraguas y corrió hacia la puerta del muro que separaba sus propiedades. Como lo habían hecho miles de veces en su prisa por contarse las últimas noticias, o por chismorrear sobre los chicos cuando eran niñas. Afortunadamente, una vez que cruzaron el patio lateral, la puerta de la cocina estaba abierta y entraron. Después de saludar a la madre de Angie, que organizaba los servidores en la cocina, Angie se fue a hablar con una de sus amigas mientras Cristina se fue a la caza de Jorge. Normalmente era fácil de detectar porque era muy alto, pero Cristina, al ser particularmente baja y estar entre una gran multitud de gente, no podía encontrarlo. Necesitaba moverse a un terreno más alto. Subió las escaleras de la pasarela que daba al gran salón cavernoso por un lado y al comedor que podía acoger a veinte personas por el otro. Desde arriba, finalmente vio la parte superior de la cabeza de Jorge inclinada hacia una mujer cuyos gigantescos pechos amenazaban con salirse de su endeble top. Ella reconocería esas bazucas en cualquier lugar, como lo haría la mitad de los chicos de su clase de secundaria. La mayoría los había manejado en su día. Pertenecían a la némesis de la escuela secundaria de Cristina, Eva Ledesma. La valentía de Cristina se fue de paseo. Se sentía como una niña de catorce años otra vez. ¿Cómo podría competir con Eva, una chica que tiene a cualquier tipo que se le antoje? Al cruzar la pasarela hacia el viejo dormitorio de Angie, Cristina se deslizó dentro y cerró la puerta tras ella. Encendió la luz, se dirigió al baño de Angie y miró su reflejo en el espejo. Necesitaba tomar valor. Su plan iba a funcionar, tenía que resultar. Jorge era diferente a la mayoría de los chicos. Tenía un lado serio y profundo que lo obligaba a ofrecer su tiempo y talento a los demás. Nunca se dejaría influenciar por un gran conjunto de senos. Ella esperaba que así fuera. Después de ponerse más brillo de labios, echó los hombros hacia atrás y salió de la vieja habitación de Angie. Había esperado dos años para este momento y no se echaría para atrás. Además, tal vez había pasado tiempo suficiente para que Eva pasara a su próxima víctima y ni siquiera se acordara de ella. Desde su posición en lo alto, Cristina encontró a Jorge de nuevo. Afortunadamente, estaba hablando con los chicos del vecindario, así que era hora de que ella hiciera su aparición. Se dirigió a las escaleras, y justo cuando su pie tocó el último peldaño, su tía le dijo:

—Ahí estás. Te he buscado por todas partes.

Sabía que sus tíos estarían en la fiesta, pero esperaba saludarlos y evitarlos el resto de la noche.

—Hola, ¿cómo estás?

Miró más allá del hombro de su tía para encontrar a Jorge, pero él se había ido otra vez, maldita sea. Era un maldito blanco móvil.

—Exhausta después de la subasta, pero recuperada ahora...

Tomó el brazo de Cristina y la llevó en dirección al comedor.

—Hay alguien aquí que debes conocer. Su madre juega al tenis conmigo en el club, y él es un banquero de inversión. Su nombre es Jaime Woodocks.

Cristina se atrincheró en sus talones, deteniendo su progreso hacia adelante.

—No esta noche. Se supone que debo encontrarme con alguien más aquí.

La mirada de su tía dejó un rastro caliente de desaprobación desde la cabeza de Cristina hasta sus zapatos como si de un rayo láser se tratara.

—¿Vestida como... esto?

Estás enviando un mensaje equivocado con ese traje, Cristina. Ya tienes la edad para empezar a preocuparte por sentar cabeza. Y ambas sabemos que tu grupo de hombres para elegir es limitado por el tema de tus piernas. Los hombres no se toman en serio a chicas vestidas como tú, sólo quieren acostarse con ellas.

—¡Increíble, porque ese es justamente el plan! Necesito un trago, disculpa.

La boca de su tía se abrió cuando Cristina se hizo a un lado y pasó junto a ella de camino al bar. Probablemente pagaría por ese comentario más tarde, pero valió la pena ver la cara de su tía. Cristina ordenó dos cervezas y mientras esperaba, volvió a revisar la multitud en busca de Jorge. Ella lo escuchaba, pero no podía verlo, así que aceptó sus cervezas y se dirigió hacia donde creía que venía la voz. Ignorando la voz en su cabeza que se reía de ella, como también trataba de ignorar la impresión que Felipe tenía sobre Jorge, que creía que sólo quería jugar al fútbol con ella, ella se decidió a mover sus pies hacia adelante. De repente la multitud se separó y allí estaba él. Sonriendo y riendo con Eva. ¿Otra vez? La mujer era una sanguijuela. Antes de que pudiera decidir qué hacer, alguien le gritó: —Hola, Cristina, te ves bien.

Benjamín, uno de los chicos del vecindario con el que había crecido y el mejor amigo de Jorge, le tendió la mano.

—Estaré encantado de quitarte esa cerveza extra de las manos. Parece un poco pesada—. Le lanzó una sonrisa traviesa, como siempre lo hacía. Un chico malo hasta los huesos. Había tomado prestadas muchas de las payasadas de Ben de niño para Pelayo.

Ella le tiró la cerveza. Jorge tenía una completa en la mano de todos modos.

—¿Demasiado perezoso para conseguir la tuya?

No ha cambiado mucho

—¿Verdad, Senador Gascón?

Se rió.

—Por eso me postulé para el Senado. Así sólo tendría que trabajar una vez cada seis años, en el momento de la reelección. Entonces, ¿qué hay de nuevo contigo, Cristina? ¿Encontraste al hombre de tus sueños o sigues suspirando por Jorge?

Cristina le agarró del brazo y lo apartó.

—Si no quieres que tu esposa sepa que la engañaste en la universidad, yo no hablaría tanto.

Ben había estado espiándola a ella y a Angie durante una de sus muchas fiestas de pijamas en la casa de Angie cuando estaban en el instituto. Escuchó una conversación sobre el amor de Cristina por Jorge y convirtió su vida en un infierno durante meses. Se había propuesto encontrarle su punto débil y aun así no estaba por encima de usarlo a su favor. Ben frunció el ceño.

—No estábamos casados todavía.

Cristina tomó un trago profundo, complacida de haberlo puesto nervioso.

—No, pero estabas comprometido. Y me imagino que aún le molestaría saber que fue con su mejor amiga.

—Bien, tregua. Caray, Cristina, promete que nunca te presentarás contra mí por mi puesto. No tendría ninguna oportunidad.

Luego le sonrió de nuevo con su sonrisa malvada pero encantadora antes de golpear su botella contra la de ella.

—Nunca se lo dije, ya sabes.

—No le creo, Sr. Humo y Espejos.

Se tomó un largo trago de su cerveza.

—Jorge siempre ganaba en todo cuando éramos niños. Odiaba que me ganara a ti también, así que nunca se lo dije, Candela Kido.

La miró un momento antes de agregar:

—A mi hijo le encantan tus libros, por cierto.

Un escalofrío subió por su columna vertebral por la forma en que dijo su seudónimo. Ella nunca supo que le gustaba cuando eran jóvenes, y se sentía un poco espeluznante. —Estaría encantada de firmarle un libro. Pero, ahora tengo que ir a buscar a Angie. Nos vemos.

—Oh, no, no lo hagas.

Su mano se deslizó alrededor de la parte superior de su brazo mientras susurraba:

—Ese traje caliente me dice que eres una mujer con una misión esta noche, así que vamos. Quiero ver cómo se le cae la lengua a Jorge.

Antes de que pudiera protestar, Ben la arrastró hacia Jorge. Eva los vio y su ceño fruncido se profundizó con cada uno de los pasos que avanzaban. Ben la empujó hacia adelante.

—Mira a quién encontré, Jorge.

Jorge sonrió cálidamente, y luego se inclinó para dar un suave beso en la mejilla de Cristina.
—Hola, Cristina.

Le rogó que sus preciosos ojos azules miraran a todos los lugares que ella esperaba, pero se quedaron fijos en su cara.

—Lástima lo de la lluvia, ¿eh? Esperaba restablecer el récord de nuestro vecindario.

Luego se volvió hacia Ben:

—¿Verdad, amigo?

Los labios de Ben se inclinaron en una de sus sonrisas viscosas.

—Tendremos que hacerlo muy pronto. Pero probablemente aburriríamos a Eva hasta la muerte si empezamos a hablar de fútbol.

Eva mostró una sonrisa falsa y le lanzó los ojos a Jorge,

—Para nada. Yo adoro el fútbol. Especialmente nuestro Real Madrid.

Eva era una de esas mujeres de las que Felipe habló de camino al club de campo. Fingía que le gustaba el fútbol.

—Entonces, ¿quién es tu jugador favorito del equipo?

¡Ja! Toma eso, Grandes Pechos. Si los ojos de Eva hubiesen sido de rayos láser, Cristina se habría desintegrado.

—El delantero, por supuesto.

Ben se rió.

—El mío también. Pero tu vaso está vacío.

Deslizó su brazo alrededor de la cintura de Eva.

—Déjame traerte un trago, cariño. Me encantaría escuchar tu opinión sobre los trajes de las

animadoras. Creo que están un poco ajustados.

Él le envió un guiño a Cristina antes de dejarla a solas con Jorge. La boca de Cristina se secó y su mente quedó en blanco. Ella, de todas las personas, que había memorizado todos los iniciadores de conversación conocidos por el hombre, no tenía nada. Por suerte, Jorge la salvó.

—He oído que la escritura va muy bien y Angie dice que tu negocio de casamenteros está creciendo. Pero, ¿extrañas trabajar para tu tío?

—No. Soy considerablemente más pobre en este momento, pero me encanta lo que hago. ¿Y qué hay de ti? ¿Qué planes tienes ahora que estás en casa?

Bueno, eso fue una tontería. Necesitaba coquetear con él, no hacer las mismas preguntas que sus padres probablemente le hicieron.

—Acabo de aceptar un trabajo y empiezo mañana. Soy el nuevo, así que haré los turnos de mierda en Urgencias, pero será un verdadero cambio trabajar en un hospital moderno y bien equipado en vez de en la selva.

—Me lo imagino. Pero apuesto a que las chicas nativas estaban tristes al ver que te ibas. Ninguna de ellas capturó tu corazón, ¿eh?

Eso estuvo mejor. Se rió.

—Unas cuantas lo intentaron, pero las superé...

Hizo una pausa y sacó un buen trago de su botella de cerveza.

—Pensé que podrías tener algo con ese tipo Felipe, pero Angie me dice que no estás de novia en este momento.

—¿Felipe? No, sólo somos amigos.

Aunque un amigo nunca la había besado como lo hizo Felipe en su Porsche.

—Bien—. Me recordó a tu último novio, ¿cómo se llamaba?

—¿Ronald?

—Sí. Nunca me gustó ese tipo. Eres especial Cristina, y deberías esperar por el correcto. Te mereces tener junto a ti, un buen hombre.

Siempre lo hizo, y lo miraba directamente a él.

—Esa es mi intención.

Ella sonrió y le miró fijamente a los ojos esperando que captara la indirecta. Pero parecía ajeno a sus encantos, como de costumbre. Entonces, era hora del plan B.

—Oye, me preguntaba si te gustaría ver el partido del domingo en el palco de mi tío, Tenemos mucho espacio.

Su cara se iluminó.

—Eso sería genial. ¿A qué hora debo encontrarte allí?

Necesitaba su bate para poder hacerle entrar en razón. ¿Qué tan denso puede ser Jorge? — Podríamos llegar juntos si quieres. ¿Ahorrar en el estacionamiento?

—Gran idea. Pero aún no tengo un coche, tendré que pedir prestado uno. No puedo decidirme entre un híbrido, o ir en uno todo eléctrico. Se trata del medio ambiente, ¿verdad?

Cristina sonrió, pensando en cómo Felipe diría que todo es cuestión de velocidad.

—Sí. Entonces, ¿por qué no te recojo? Entonces puedes llevar mi nuevo Prius al juego y ver qué piensas de él. ¿Doce y media en el trabajo?

Alguien dijo el nombre de Jorge, así que levantó un dedo para indicar que estaría allí.

—Eso sería genial. Lamento interrumpir esto. Nos pondremos al día en el juego. Como en los viejos tiempos, ¿verdad?

Le besó la mejilla otra vez.

—Adiós.

—Adiós. Nos vemos el domingo.

El corazón de Cristina se hundió. Sus viejos tiempos eran tiempos de “sólo amigos”. ¿Iba a tener que desnudarse y hacer un baile en la barra para que él se fijara en ella? No, eso sería una tontería. Podría estar corriendo en la dirección contraria hacia la meta que quería alcanzar.

Era temprano todavía, pero tal vez debería dejarlo por hoy. Todo el mundo quería la atención de Jorge y sus diez minutos se habían acabado. Cristina encontró a Angie, que no estaba lista para irse y dijo que alguien le daría un aventón, así que Cristina comenzó a irse a casa.

¿Tal vez su traje no era tan asesino como ella pensaba? ¿O tal vez Jorge era del tipo que buscaba una chica más conservadora? Necesitaba un consejo. De un tipo. Ella sabía a quién llamar. Eso es lo que Felipe consiguió por ser su “amigo”.



Felipe se frotó la frente mientras hacía crujir los números borrosos en su portátil. Le dolían el cuello y la espalda y le había molestado mucho la garganta durante todo el día. Y se estaba congelando a pesar de que llevaba calcetines gruesos y sweater. Tal vez debería subir y buscar una manta para mantenerse caliente mientras terminaba su informe. Había recopilado todo lo que había aprendido del modelo de negocios de Cristina, pero no se lo había dado a su hermana

todavía, diciéndose a sí mismo que podría aprender más en su próxima cita. Pero la verdad era que lo había estado posponiendo porque se sentía como una mierda por espiar a Cristina. Lo estaba matando y se hacía cada vez peor. Tal vez podría encontrar una manera de hacer que Cristina y Sara combinen sus listas de clientes sin revelar su espionaje. Los datos mostraron claramente que ambas se beneficiarían de eso. ¿Pero cómo? Cuando sonó el teléfono, hizo una mueca. El tono agudo desencadenó un golpeteo aún más intenso en su cabeza cuando miró la pantalla.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño. ¿Qué pasa?

¿Cómo diablos pudo su madre saber, que se sentía como basura por el solo hecho de escuchar dos palabras?

—Dolor de cabeza. ¿Qué pasa?

—Tu voz suena áspera. Espero que no te estés enfermado de gripe. Escucho tu voz muy dura, ¿estas con una fiebre muy alta?

Felipe puso el dorso de su mano en su frente. ¿Cómo podía sentir tanto calor cuando estaba congelado? Pero nunca le había dado la gripe.

—Estaré bien por la mañana. ¿Qué está pasando?

—Quería pedirte un favor. Pero si no te sientes bien...

—Mamá. ¡Para! ¿De qué se trata?

Ella suspiró.

—Siempre se te quiebra la voz así cuando estás enfermo. Hablaremos de ello más tarde. Estaré cerca de tu casa mañana por la mañana para mi clase de yoga, así que pasaré a ver cómo estás. Si no estás ahí, entonces asumiré que estás mejor, y luego tomaré medidas para las nuevas cortinas que estoy haciendo para ti.

—No necesito cortinas nuevas.

Esas malditas cortinas de diseño que colgaban actualmente en su sala de estar le habían costado una fortuna.

—Dime cuál es el favor.

—Esas cortinas son horribles, Felipe. Te lo he estado diciendo desde que construiste esa monstruosidad. No entiendo por qué lo decoraste profesionalmente cuando podría haberte ayudado gratis. Así que usaré mi llave y te veré por la mañana o no lo haré. Que te sientas mejor. Te quiero, adiós.

—Te quiero también.

Felipe tiró su teléfono a un lado. Tal vez ella tenía razón. Sus cortinas eran una especie de extrañas telas, muy feas, realmente horrorosas.

Subió las escaleras y encontró una manta y luego agarró una almohada de su cama. Después de tirar todo en el sofá, apagó su portátil. Le dolía demasiado la cabeza para ser productivo de todas formas. Tal vez vería algo de televisión. Pero primero debería comer algo. No había tomado nada desde el almuerzo. Miró a la cocina y suspiró. La sopa de fideos de pollo era la única cosa que sonaba bien, pero no tenía ninguna. Podría llamar a su madre. Le traería sopa, pero luego querría quedarse y hacerle un escándalo por como tenía su casa.

Decidió que se saltaría la cena. Encendió el televisor y pasó por los canales. Después de instalarse a ver lo que sea que estuvieran mostrando en ESPN, se levantó y puso más leños en el fuego. Sus dientes castañeteaban, tenía tanto frío. Cuando su teléfono sonó de nuevo, esperaba que fuera su madre, para poder pedirle que le trajera un poco de sopa después de todo. Probablemente tenía gripe. La pantalla mostró el nombre de Cristina, así que pinchó el pequeño botón verde y dijo:

—Es temprano. Pensé que se suponía que cortejarías al Sr. Maravilloso esta noche en su gran fiesta de bienvenida. ¿Fue un fracaso?

—No, tenemos una cita el domingo. Vamos a ir al partido. ¿Pero por qué tu voz suena tan graciosa? ¿Has estado gritando a los peones en el trabajo?

—Creo que tengo la gripe.

—¿O, tal vez Lisa te hizo un hechizo vudú?

Se rió.

—No, y me lo debes porque probablemente me contagié el virus en tu restaurante ayer. Aceptaré el pago en sopa de pollo o tendré que demandar. Tu elección.

—Pensé que nunca te habías enfermado, tipo duro.

—El reloj está corriendo. ¿Qué va a ser? ¿La sopa o mi abogado?

—Como fui lo suficientemente lista para vacunarme contra la gripe, mi sistema inmunológico es impermeable a tus desagradables gérmenes, así que estás de suerte. Pasaré por el café. ¿Tienes un termómetro?

—No. Pero no necesito eso, sólo sopa. Y tal vez un pastelillo.

—Tengo que pasar por la farmacia de todos modos, así que te conseguiré algunos suministros. Tengo tu dirección que me enviaste junto a tu solicitud, así que ¿cuál es el código secreto de este mes para abrir la puerta y entrar en tu exclusivo y presumido enclave?

—Tu familia desarrolló esta subdivisión, Cristina.

—No mi familia, yo. Era mi proyecto. ¿Y cuál es tu punto?

Casi había olvidado que Cristina tenía un máster en negocios y que solía trabajar para su tío. De alguna manera no podía imaginarla feliz haciendo otra cosa que no fuera lo que hacía ahora. Debe haber necesitado mucho valor para irse y perseguir sus sueños.

—Probablemente deberías agradecerme por toda esa comisión que debes haber hecho cuando escribí ese gran cheque para el lote. El código es libra cuatro-dos-tres.

—Angie te lo agradecerá. Es lo que solía invertir en su café. Te veo en un rato.

—Te espero—. Cerró sus ojos secos y ardientes, puso su adolorida cabeza en la parte de atrás del sofá y sonrió. Cristina no dudó ni un momento en venir a rescatarlo. Y si ella quería quedarse y preocuparse por él por un tiempo, él estaría feliz de que lo hiciera.

CAPÍTULO DIEZ

“Pelayo pensó que tomarse un día libre en la escuela por estar enfermo sería divertido. Pero era asqueroso y aburrido.

El día en que Pelayo enfermo.”

Cristina pateó la puerta de Felipe con su pie mientras hacía malabares con las bolsas de suministros de la farmacia en sus brazos. Cuando la enorme puerta de madera se abrió, Felipe se puso delante de ella con su sudadera gris, calcetines gruesos, su pelo en punta, y todavía se veía lindo. Era totalmente ridículo.

Sus cejas se habían levantado.

—Maldición, Cristina. Apuesto a que Jorge no tuvo ninguna oportunidad una vez que te vio en eso.

Vale, eso ha respondido a la pregunta. Pero ahora estaba aún más confundida y necesitaba su ayuda.

—Todo es parte del plan.

Pasó junto a él y luego inclinó la cabeza con asombro. Ella nunca adivinaría que su mobiliario sería tan elegante. Debe haber contratado a un decorador de interiores.

—Bonito. Pero odio las cortinas.

—He estado escuchando eso mucho últimamente.

Felipe se arrastró hasta unas sillas en la encimera de granito de la cocina y frunció el ceño mientras ella descargaba sus bolsas.

—¿Qué es toda esta mierda?

—Tengo medicinas para la noche, jarabe para mañana, helados e ibuprofeno.

Se metió en la siguiente bolsa.

—Bebidas deportivas para mantenerte hidratado, y lo que todos los hombres enfermos necesitan, libros de deportes, la edición de trajes de baño.

Felipe gruñó y puso su frente sobre sus brazos cruzados.

—¡Sólo sopa, Cristina!

—Eso también, Sr. Gruñón. La hice por ti.

Después de poner la sopa en el microondas de acero inoxidable, abrió el nuevo termómetro digital. Tirándole un puñado de su grueso cabello, ella le levantó la cabeza. Cuando abrió la boca para protestar, ella se lo metió.

—Caray, la enfermera Ratched. Tranquilízate, ¿quieres? — murmuró alrededor del termómetro.

Cristina se rió mientras sacaba los pastelitos y las galletas que había tirado en el último minuto. Cuando abrió su refrigerador para guardar las copas, jadeó.

—¿En serio, Felipe? Es como una nevera de un dormitorio universitario. ¿Cuántos tipos diferentes de contenedores de comida rápida podemos meter en una nevera de gran tamaño?

Abrió una caja y se atragantó con las cosas verdes de adentro.

Recogió cajas en sus brazos para tirarlas cuando él exclamaba:

—Déjalo. Lo haré más tarde.

—Bien.

Ella los arrojó todos de nuevo. Cuando el termómetro sonó, ella lo agarró antes que él. — Mierda, Felipe. ¡Es un treinta y nueve punto cuatro! Realmente estás enfermo.

Pobrecito. Lamentó haber sido tan brusca con él antes.

—¿Has tomado algo?

Tembló cuando volvió a bajar la cabeza.

—No.

—Tenemos que bajar esa fiebre.

Puso el tazón de sopa delante de él y desenvolvió los rollos de masa madre que había traído. Luego midió la medicina y le sirvió un vaso de agua.

—Toma estos primero por favor.

Obedeció sin quejarse para variar y luego comenzó lentamente a tomar su sopa. Después de unos pocos mordiscos, dejó su cuchara.

—Hace demasiado calor. ¿Quizás quiero algo frío?

—Eso es lo que me imaginaba.

Agarró una de las paletas de fresa que había traído.

—Prueba esto.

Cuando se lo puso en la boca, suspiró.

—Esto es bueno.

Mientras él comía, ella se puso a su lado en el bar.

—En mi experiencia, hay dos tipos de hombres enfermos.

A) Los que te dicen que te vayas porque odian ser mimados, y,

B) Los que te dicen que te vayas porque odian ser mimados, pero no lo dicen en serio. ¿Cuál eres tú?

Felipe terminó su paleta y frunció el ceño.

—Estoy en algún lugar entre A y B.

—Bien.

—No hay una simple A o B para ti.

Ella saltó y guardó la sopa sobrante, y luego limpió los mostradores.

—¿Quieres que me quede a ver una película contigo?

—Supongo. Pero nada de películas de chicas.

—Creo que el Canal del Romance está corriendo un maratón esta noche.

En realidad, no, pero era una oportunidad demasiado perfecta para dejarla pasar.

—¡Maldita sea, Cristina!

Se movió a la sala de estar y se cayó en el enorme sofá de cuero.

—No puedo soportar ver una de esas esta noche.

Maldita sea, Cristina parecía ser su apodo favorito para ella. Extrañamente, estaba empezando a generarle sentimientos que no sabía que podía tener hacia un chico.

—Como si pudieras soportar una de esas películas cualquier noche... No tienes ni un hueso romántico en tu cuerpo.

—Y estoy orgulloso de ello.

Sacudiendo la cabeza, agarró el control remoto, se quitó las botas y se instaló en el sillón de dos cuerpos. Era un sofá de gran tamaño. Del tamaño de un hombre. Tan grande y profundo que los pies de Cristina no tocaron el suelo cuando se sentó, así que los metió debajo de ella y se

acomodó en los cojines de felpa. Mientras se movía por los canales, Felipe se envolvió en su manta, pero no pareció tener ningún efecto en su temblor.

Ella buscó algo que les gustara a ambos porque sentía lástima por él. Tenía que sentirse miserable con esa fiebre tan alta. Cuando sus temblores se volvieron más violentos, dijo: — ¡Necesito tu calor corporal!

Su dedo se congeló sobre el control remoto.

—¿Y cómo podría proporcionar ese servicio en particular, su alteza?

—Ven aquí y acuéstate a mi lado.

Cuando ella vaciló mientras intentaba decidir si era un movimiento típico de galán para ponerle las manos encima, él dijo:

—Tengo una fiebre muy muy fuerte. ¡No es que vaya a molestarte!

Tenía razón. Pero no tenía que gritar por ello.

Se movió a su sofá y se deslizó bajo la manta. Con la espalda contra el pecho trató de mantener una distancia respetuosa, pero él le puso la mano sobre el estómago y la tiró contra su gran cuerpo. No fue una opción difícil con Felipe, él estaba preparado. Pero ella sabía que no era Jorge, así que probablemente debería intentar no disfrutarlo tanto.

Para distraerse, se puso a pasar los canales mientras el pobre Felipe temblaba violentamente detrás de ella. Después de unos minutos, sus escalofríos se calmaron y suspiró. Su cabeza estaba metida debajo de la suya en una almohada que contenía su delicioso aroma, y ella estaba toda caliente y acogedora, así que cuando apareció en la guía una buena película preguntó:

—¿Qué tal si...?

—Sip.

Arrojando el control remoto sobre su mesa de café, se acomodó, sonriendo con anticipación. Era una de sus películas favoritas. Mientras que los créditos del principio rodaban, ella recordó por qué lo había llamado en primer lugar. Incluso podría hacerle más fácil el preguntarle ahora porque estaba demasiado enfermo para burlarse de ella.

—Felipe, mi ropa de esta noche grita “por favor, duerme conmigo”, ¿no?

Gruñó.

—¿Jorge todavía quiere jugar al fútbol contigo?

—Más o menos.

¿Qué crees que debería hacer para dejar claro que quiero más?

—Retrocede. ¿De qué hablaron en la fiesta? ¿Preguntó si estás viendo a alguien?

Ella rebobinó su conversación en su mente.

—Mencionó que sabía que me debía ir muy bien con los hombres. Y que al principio pensó que tú y yo estábamos juntos. Se alegró de que no lo hiciéramos porque no le gustabas porque le recordabas a mi último novio.

El cuerpo de Felipe se puso rígido detrás de ella.

—Es un imbécil, Cristina. Encuentra a alguien más. Podrías tener a cualquier tipo que quisieras.

—Pero creo que quiero este—, susurró.

Respiró hondo.

—Bésalo. Eres muy buena en eso.

Ella giró la cabeza para ver su cara. Tenía que estar bromeando, ¿verdad?

—No te burles de Felipe, hablo en serio.

—No estoy bromeando. Tú en verdad eres muy buena.

La agarró con fuerza mientras temblaba de nuevo.

—¿Ahora podemos por favor sólo ver la película? Toda esta charla me hace desear haberte dicho que era un paciente del tipo A para poder tener algo de paz y tranquilidad.

—Bien.

Cristina se acurrucó un poco más cerca y sonrió. ¿Un tipo como Felipe pensó que era buena besando? Vaya.

Después de unos minutos de revivir su último beso en su Porsche, ella le susurró:

—Tú también eres un buen besador, Felipe.

Su mano encontró una de las suyas, y luego tejió sus dedos con los de él.

—Si no sintiera que me acaba de atropellar un camión de basura, te mostraría en qué más soy bueno. ¿Quieres que lo dejemos para otro día?

—Incluso cuando están enfermos, los hombres son como animales. Cállate y mira la película.

Cuando su risa baja reverberó en su espalda, ella sonrió y metió sus manos entrelazadas bajo su barbilla. ¿Por qué fue tan agradable tomar la mano de Felipe? Nunca antes había sentido esa reconfortante conexión con nadie. Entonces, ¿quería que lo dejáramos para otro día?

La forma en que la besaba, y con ese cuerpo humeante y caliente, ella sólo podía imaginar lo bueno que sería en la cama. Pero el sexo era todo lo que quería, así que no valía la pena pensar en ello. Pero fue difícil no hacerlo. Mientras veía la película familiar, sus párpados se volvieron pesados, así que cerró los ojos. Después de lo que pareció una corta siesta de diez minutos, Cristina despertó rápidamente, en un abrir y cerrar de ojos.

Habían visto juntos, una película diferente, en la pantalla grande. Al despertar, lo primero que hizo, fue estirar sus manos por encima de su cabeza y sintió la frente de Felipe, todavía estaba ardiendo. Su teléfono mostró que había pasado suficiente tiempo como para que pudiera tomar más medicina. Ella lo había medicado con una pastilla para la noche, la cual lograba noquearlo y así, ella luego se iría, pero cuando ella trató de salir de su abrazo, los brazos de Felipe la sujetaron fuertemente. Y le dijo; —¡Quédate!

—No soy un perro al que puedas dar órdenes, Felipe.

—Me siento como una mierda. Por favor....

Ella conocía la sensación. Cuando se enfermó después de mudarse con sus tíos, el único que la cuidó fue el cocinero. Se había acostado en la cama sintiéndose miserable.

—Vale. Pero necesito que me prestes una camiseta y un pantalón. No voy a dormir con mis jeans—. Verdaderamente su sostén con push up la estaba matando, haciendo su trabajo demasiado bien, la asfixiaba.

—En mi cómoda de la habitación, cajón inferior derecho.

—Bien, pero que sepas que tengo tendencia a intrusar lo ajeno.

Cristina fue a la cocina a buscar la medicina de Felipe junto con una bebida deportiva. Le envió un mensaje a Angie y le dijo que no estaría en casa, y después de acosar a Felipe hasta que se bebiera toda la bebida isotónica, subió las escaleras.

Arriba giró a la derecha y abrió una puerta. No era el dormitorio principal, sino uno de aquellos que fácilmente podrías llamar una habitación de princesa, era bellissimo. Tenía una cama con un cubrecama rosa y estantes llenos de libros y maravillosos juguetes.

Debe ser la habitación de Amparo cuando pasaba la noche en su casa, era demasiado lindo. Apagó la luz, cerró la puerta y luego caminó en dirección opuesta por un largo pasillo. Cuando abrió la puerta al final y cruzó el umbral, sonrió. Hablando de cosas bonitas. El dormitorio principal tenía paredes verdes, hermosos muebles de madera de cerezo, una enorme cama, por supuesto, y una alfombra de color salvia. Y como tenía que orinar, revisó el baño. Era igualmente grande, con una bañera de chorro profundo y una ducha con capacidad para diez personas.

El armario era algo que cualquier mujer envidiaría y era espacioso y organizado. Todos sus zapatos estaban en línea recta en los estantes, y sus corbatas cuidadosamente dobladas estaban agrupadas por color. Su ropa formal y sus trajes estaban en una pared y su ropa informal en la otra. Cielos, nunca había sabido que un hombre pudiera ser tan ordenado. Pero no cuando se

trataba de su nevera, evidentemente. Encontró unos pantalones de pijamas y una camiseta de dormir y luego se cambió sus jeans por esos pantalones. Incluso después de tirar de los cordones de los pantalones de pijama tan fuerte como pudo, todavía tenía que sostenerlos en la cintura mientras fisgoneaba en los cajones de su cama. ¿Era Felipe el tipo de chico travieso con herramientas y aparatos? No, nada inusual, sólo unos cuantos libros de misterio populares, la mayoría sin leer si los marcadores eran de alguna indicación, bálsamo para labios, una mini linterna, un bolígrafo y algo de papel. Excavando más profundamente, muy al fondo, encontró dos condones. Aburrido. Pero es bueno saber que no era un fenómeno o algo así, ya que ella estaba a punto de acostarse con él, más o menos. La voz de Felipe subió las escaleras,

—¡Deja lo que estés haciendo y vuelve aquí abajo!

Se ríe y corrió al otro lado para ver si Beatriz había dejado algo más excitante. Cuando abrió el cajón estaba vacío. Dijo que ella nunca pasó la noche. Había estado diciendo la verdad sobre Beatriz después de todo. Cristina bajó las escaleras y fue directo a la cocina.

—Estás soltero otra vez Felipe, así que dos condones, que probablemente sean viejos, no son una buena señal para tus citas. Los pondré en tu lista de la compra.

—¿Revisaste mi mesita de noche? ¿Y si hubiera tenido látigos y esposas ahí?

—Habría sido mucho menos aburrido, eso es seguro. — Escribió “condones” en letra extra grande en la parte superior de la lista de la tienda de comestibles vacía unida por un imán a la nevera. Esperemos que cuando se sienta mejor recupere su sentido del humor y le haga sonreír. Felipe tenía una gran sonrisa. Cristina apagó las luces y se aseguró de que la pantalla alrededor del fuego aun ardiendo fuera extra segura. Luego se deslizó bajo la manta, se acurrucó contra todos sus gloriosos músculos y le dio un suave beso en su frente caliente.

—Compórtate.

—¿Ahora quién es la aburrida?

Felipe la acercó y se estremeció.

—Buenas noches, Cristina.

—Buenas noches, Gruñón.

Cerró los ojos y se volvió a dormir.



En algún momento de la noche, la pesadilla de Cristina despertó a Felipe. El fuego se había encendido, así que la sala de estar era antinaturalmente brillante. Cristina murmuró acerca de correr para escapar. ¿Debería despertarla? Luego se sentó derecha.

—¡Fuego! ¡Tenemos que salir!

Ella le tiró del brazo.

—Tenemos que irnos, Felipe. ¡Ahora!

—Es sólo la chimenea. Estabas soñando. Mira.

Se giró con los ojos abiertos y miró fijamente la chimenea por un momento antes de cerrarlos bien contra las lágrimas que se filtraban por los bordes. Su lucha contra las lágrimas lo mató. Tirando de ella contra su pecho, metió su cabeza bajo su barbilla.

—Estás a salvo, Cristina.

Lo rodeó con sus brazos y se agarró fuerte mientras todo su cuerpo temblaba.

—Lo siento. Todavía tengo sueños sobre el fuego a veces. Soy tan patética, que ni siquiera he usado mi chimenea y no permito velas en la casa.

—No, eso tiene todo el sentido del mundo.

Puso un beso en la parte superior de su cabeza mientras una sacudida de dolor apuñalaba su corazón al pensar en Cristina, atrapada en una casa en llamas, tratando de salvar a su hermana.

—¿Quieres beber agua o algo así?

Sacudió la cabeza.

—Estoy bien. Siento haberte despertado.

—Está bien.

Le dio otro beso suave en la frente.

—Dulces sueños.

Después de un tiempo su respiración finalmente se estabilizó y se volvió a dormir. Sólo entonces se permitiría hacer lo mismo. Mientras pensaba en su historia, algo aún le molestaba del incendio. ¿Y qué si hubiera dejado el quemador de la cocina encendido? Eso por si solo no necesariamente iniciaría un incendio, a menos que dejara una toalla cerca o algo así. ¿Y si hubiera habido un cableado defectuoso o algo totalmente ajeno a la situación? ¿Pensarían en decirle a Cristina, que era una niña enferma en el hospital, y que acababa de perder a su familia? Debe haber un informe de la policía o de los bomberos en algún lugar para confirmar lo que había pasado. Pero no querría molestarla sacando todo a relucir, especialmente si su teoría era cierta. Así que tal vez encontraría una manera de investigar eso sin que ella lo supiera. Le debía eso al menos por haberla engañado.



La luz del sol que fluía a través de las ventanas de 3 metros de altura de Felipe asaltó los párpados de Cristina. Parpadeó los ojos y se encontró todavía cubierta por Felipe, su pecho era una fina almohada. No se había movido desde que la envolvió con fuerza y la abrazó después del sueño. La única diferencia era que su mano se había deslizado bajo su pantalón y se había ahuecado alrededor de su trasero. Como ella llevaba una tanga, era piel desnuda la que él sostenía.

—¿Felipe?

Ella levantó su mano para sentir su frente. Todavía estaba caliente. Él gimió, pero no se despertó, así que ella le hizo cosquillas en las costillas.

—¡Felipe!

Sus ojos se abrieron de golpe.

—¿Qué?

—Mueve tu mano.

Le dio un suave apretón a su trasero.

—Me encanta.

Antes de que ella pudiera dispararle, su mano se deslizó bajo la camiseta que ella estaba usando y sus uñas rastrillaron suavemente en largos y lentos movimientos arriba y abajo de su espalda, se arqueó como un gato. Su pecho retumbó bajo el de ella.

—A Cristina le gusta que le rasquen la espalda.

—¿No le gusta a todo el mundo?

Cerró los ojos y luchó contra el suspiro que quería dejar escapar.

—Siento lo de la pesadilla de anoche.

Qué vergüenza que la haya visto así. Probablemente no era normal que siguiera siendo una fenómeno del fuego. Pero él había sido tan paciente y dulce, abrazándola fuertemente toda la noche, haciéndola sentir segura. Ahí estaba otra vez, ese lado dulce que escondía tan bien.

Felipe murmuró;

—Gracias por quedarte.

Sus largos dedos, que aún se deslizaban suavemente por su espalda, acababan de encontrar el lado de su pecho desnudo cuando el sonido de las ollas y sartenes que sonaban en la cocina detuvo su movimiento.

—¿Alguien está en tu cocina? ¿Tiene Beatriz una llave?

Que incómodo sería, especialmente porque Beatriz era su cliente ahora. Los dedos de Felipe comenzaron su patrón contra su piel sensible de nuevo y eso envió un escalofrío por su columna vertebral.

—Sólo mi madre tiene una llave.

—¿Tu mamá? ¿Crees que nos ha visto?

Tiró la manta, saltó lejos de Felipe y se movió al sofá.

—Estoy seguro de que lo hizo. Sería difícil no vernos desde la puerta principal. ¿A quién le importa?

—Apuesto a que ella tampoco podría perder de vista tu lista de la compra.

La cabeza de él se giró por completo hacia ella.

—Pensé que estabas bromeando sobre eso. ¡Maldita sea, Cristina!

Antes de que pudiera escapar, su madre entró en la sala de estar.

—Buenos días a los dos.

Ella le dio un beso en la frente a Felipe e hizo una mueca de dolor.

—Tienes algo de fiebre, cariño. — Felipe gruñó.

—Buenos días, Sra. Monserrat. Esto se ve mal, pero no es lo que piensas.

Antes de que su madre pudiera responder, Felipe dijo:

—Cristina es como Apolo—.

—Bueno, eso tiene sentido.

No para Cristina.

—¿Quién es Apolo?

La madre de Felipe sonrió dulcemente.

—Felipe tenía un Golden retriever llamado Apolo cuando era un niño. Apolo siempre parecía saber cuándo alguien de la familia estaba triste o no se sentía bien, y se acercaba a uno de nosotros y nos abrazaba hasta que nos sentíamos mejor.

Miró fijamente a los ojos de Felipe por un momento antes de que se girara y mirara fijamente a los de Cristina.

—Felipe realmente amaba a ese perro, Cristina.

El estómago de Cristina se hundió por la implicación en la voz de su madre.

—Ah... está bien. Bueno, debería irme.

Se puso de pie y se subió los pantalones.

—Así que, es hora de su medicina de nuevo, y no confíes en nada de su nevera excepto la sopa y los éclairs. Deje algunas galletas para él en el mostrador.

Se agarró los pantalones con ambas manos y se dirigió a las escaleras.

—Oh, y no intentes limpiar su nevera, aunque sea un riesgo biológico, porque quiere hacerlo él mismo. Nunca se le ocurriría pedirle a su madre que lo hiciera.

—¡Estoy sentado aquí mismo, Cristina! — Felipe gruñó.

Ella le sonrió antes de subir por las escaleras.



Felipe le echó un vistazo a su madre.

—¿Viste su auto en el frente y aun así usaste tu llave en vez de tocar el timbre?

Su madre se ríe.

—No sabía que el coche era de Cristina. Y está aparcado en la calle, no en tu entrada. Pero nunca en mi vida pensé que los encontraría a ti y a Cristina acurrucados en el sofá.

—Sólo somos amigos—.

Se pasó una mano por la cara, buscando paciencia.

—Probablemente por eso necesitas tanto los condones de tu lista de la compra.

Su madre se sentó a su lado.

—Está escrito en negrita y con mayúsculas.

Mataría a Cristina por hacerle discutir sobre condones con su madre.

—Cristina hizo eso para molestarme. En caso de que no lo hayas notado, es su misión en la vida.

—Mmmm.

Ella asintió lentamente.

—Sí, siempre es mejor acurrucarse con los que más nos molestan. Pero fue muy amable de su parte quedarse y ayudarte. ¿Tienes hambre?

Ignoró su sarcasmo.

—Un poco. Cristina trajo paletas. Tal vez me tome una de esas.

—¿Te trajo paletas?

Los ojos de su madre brillaban con deleite. No era una buena señal. Antes de que su madre pudiera continuar su tormento, Cristina se unió a ellos de nuevo.

—Bien, es todo suyo, Sra. Monserrat. Le deseo suerte. Es el enfermo más malhumorado que he conocido. Pero estoy segura de que ya lo sabías, conociéndolo toda su vida y todo eso.

Su madre se rió y le dijo; así es el, —Probablemente se estaba comportando mejor contigo de lo que realmente lo hace conmigo, Cristina.

—Espero por tu bien que eso no sea cierto.

Cristina se movió delante de él y puso sus manos frías a los lados de su cara, levantándola. Luego sus labios se inclinaron en una de esas lindas sonrisas que él había visto que ella les dirigía a los niños.

—Pero en su estado debilitado, unos momentos de dulzura lograron escapar. Que te mejores, Gruñón.

Le plantó un ruidoso beso en la frente que él deseaba que fuera en su boca, y luego se volvió hacia su madre.

—Adiós, Sra. Monserrat.

—Adiós, cariño.

Después de que Cristina se fue, se volvió hacia la cara sonriente de su madre.

—Detente—. Sólo somos amigos.

—Uh, huh. Y yo soy el Conejo de Pascua.

¿Desde cuándo su madre se había convertido en una sabelotodo?

CAPÍTULO ONCE

“Pelayo no quiso aceptar una disculpa del chico que le robó el balón, pero el profesor les hizo estrechar la mano de todos modos.

Pelayo intenta perdonar.”

Cristina admiró la hermosa orquídea en el centro de la mesa de la cocina de la casa de la madre de Felipe. Amparo había enviado un mensaje de texto o alguien lo había hecho por ella antes de la escuela preguntando si iban a seguir escribiendo un libro juntas sobre el hospital. No había forma de que pudiera decir que no a eso.

—Esto es tan bonito.

Pero he oído que es difícil mantenerlas vivas.

La Sra. Monserrat, que había insistido en que Cristina la llamara Linda, sonrió.

—Disfruto del desafío, pero no he tenido una en años. El padre de Felipe las envió. Ha estado actuando de forma extraña últimamente.

Linda se sentó frente a Cristina y le pasó un plato de galletas aún calientes del horno.

—Ahora que lo pienso, ha sido desde que empecé a salir con un hombre más joven.

Linda dio un mordisco a una galleta, y luego sus ojos se abrieron mucho.

—Felipe no sabe que salgo con alguien, así que te agradecería que no dijeras nada al respecto, Cristina.

—No, por supuesto que no.

¿Felipe no sabía que su madre salía con alguien? Algo estaba pasando. Tendría que explorar eso más tarde.

La puerta principal se abrió y una voz profunda gritó: —¿Hay alguien en casa? — Linda frunció el ceño.

—Estamos en la cocina, Gabriel.

El padre de Felipe entró y puso sus manos sobre los hombros de Linda.

—Recibiste la orquídea. Hola, Cristina.

—Hola, Sr. Monserrat. Es bueno verte de nuevo.

Las cejas de Linda estaban arrugadas.

—Gracias por la orquídea, pero todavía no puedo entender por qué la enviaste. Tal vez deberías hacerte un examen físico. Es como si hubieras tenido un derrame cerebral y te hubieras olvidado de actuar como el culo como lo has durante los últimos veinte años.

Cristina reprimió una risa.

Dijo:

—Siempre teníamos una en la casa, así que quise comprarte otra nuevamente.

—Eso lo confirma. Has tenido un derrame cerebral, Gabriel.

Linda saltó y sacó galletas del horno.

—¿No recuerdas por qué siempre tenía una orquídea en la casa? Me recordó a nuestra boda hawaiana, y lo enamorados que estábamos en ese entonces. Cuando te fuiste, tiré la que tenía, como hiciste conmigo y los niños, y juré no tener otra.

Parpadeando sus lágrimas, Linda le dio la espalda y pretendió limpiar sus ya immaculados mostradores de la cocina.

Las cosas se estaban volviendo demasiado personales para el gusto de Cristina.

El papá de Felipe dijo:

—Tal vez quería ver si podíamos hacer crecer una orquídea de nuevo, Linda.

Decidiendo que lo mejor era dejarlos solos en un momento tan crucial, Cristina se puso de pie y se dirigió a la puerta, sólo para encontrarse con un pecho duro y familiar. El gran y duro pecho de Felipe.

Sus manos se deslizaron hasta su cintura para estabilizarla.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Y dónde está Sara?

—No tengo ni idea de dónde está tu hermana—. ¿Por qué Felipe le preguntaría eso?

Miró alrededor de la cocina y cuando vio a su padre, un ceño fruncido oscureció su cara.

La discusión de sus padres se detuvo abruptamente. Todos se miraron fijamente mientras la tensión flotaba en el aire. Sintió que alguien debía decir algo, así que miró a Felipe.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿No deberías estar en casa en la cama? ¿No estás todavía enfermo?

—Me quedé en casa, no asistí al trabajo, pero estoy aburrido hasta la médula. Mamá mencionó que estaba haciendo galletas hoy y me hizo un lote. Pensé en ahorrarle el viaje—. La acercó más.

—Entonces, ¿por qué estás aquí Cristina?

Antes de que pudiera responder, una niña de seis años excitada salió corriendo por la puerta. Amparo mandó su mochila volando a una silla antes de lanzarse a la parte posterior de las piernas de Cristina, envolviéndolas fuertemente.

—Hola, Cristina. ¡Estoy lista para escribir!

Se escabulló del abrazo de Felipe y luego levantó a Amparo a la altura de los ojos.

—Yo también. ¿Quieres comer algo antes de que empecemos? Tu abuela hizo unas deliciosas galletas.

Miró a Felipe por encima de la cabeza de Amparo. Cuando le envió a Amparo una linda sonrisa de tío orgulloso le encendió su corazón.

Pero entonces Felipe vio la orquídea y su cara se convirtió en piedra. Al recogerla, le preguntó a su madre:

—¿De dónde ha salido esto? No he visto una de estas en la casa desde que era un niño.

La madre de Felipe echó un vistazo a Gabriel, quien a su vez miró a Cristina. Cielos, ¿qué le pasaba a esta gente? Ni siquiera era parte de la familia. ¿Por qué la miraban? Pero entonces un pensamiento la golpeó. Pasando a Amparo a la Sra. Monserrat, se volvió hacia Felipe y sonrió.

—Llegó para tu madre hoy. De un admirador secreto.

Felipe frunció el ceño mientras buscaba una tarjeta en la planta.

—Mi mamá odia las orquídeas.

Empezó a ir hacia la basura con ella, pero Linda le puso la mano en el brazo y lo detuvo.

—Pero esta es bastante bonita, Felipe.

Movió a Amparo de su cadera antes de quitarle la planta. Luego miró a Gabriel.

—Me doy cuenta de que mis gustos están cambiando a medida que envejezco. ¿Qué hay de ti, Gabriel?

Gabriel sonrió.

—Absolutamente.

Felipe frunció el ceño y miró a su madre como si hubiera perdido la cabeza.

—Como sea. Adiós, mamá.

Se dirigió hacia la puerta, e ignorando la presencia de su padre, dijo:

—Te veré más tarde pequeña niña.

—Adiós, tío Felipe —, Amparo murmuró alrededor de un bocado de su galleta.

La madre de Felipe gritó:

—¿No quieres tus galletas?

Ignorando a su madre, Felipe deslizó su mano alrededor del brazo de Cristina. Haciéndose pasar por un cavernícola otra vez, la arrastró a través del lodo y luego afuera con él. Antes de que ella pudiera preguntar qué estaba haciendo, la apoyó contra el garaje. Deslizándolo sus grandes manos lentamente a lo largo de sus mejillas y luego en su pelo, inclinó su cara y puso sus suaves y cálidos labios sobre la de ella.

No fue un beso suave, sino uno lleno de calor y frustración. Y tanto deseo que temía que sus células cerebrales nunca fueran a ser las mismas. Cuando su muslo se deslizó entre sus piernas y presionó su pecho contra el de ella, tuvo miedo de que se quemara espontáneamente. El hombre apretó un interruptor que ella no sabía que estaba ahí.

Ella levantó sus manos en su grueso pelo, tirando de él aún más cerca, y un profundo gemido retumbó de su pecho. Debería poner fin al beso, pero su capacidad de razonar aparentemente había reservado un crucero a la Antártida. La chica mala que siempre se escondía tan profundamente dentro de ella esperaba que sus células cerebrales congeladas se quedaran dónde estaban por un tiempo más. Las cálidas manos de Felipe se tomaron su tiempo para explorar su cuerpo antes de dirigirse a su espalda y finalmente llegar a su destino: su trasero. Les dio un suave apretón a sus nalgas. Luego movió lentamente sus labios hacia la piel sensible frente a su oreja. Dándole suaves besos, enviando a su mente pensamientos de lujuria... una llama de deseo recorrió su cuerpo. Ahora sus células cerebrales no estaban cerca de la Antártida, sino que estaban ardiendo de la manera más fogosa que se podía haber imaginado. Felipe casi la llevó al límite mientras le daba besos calientes en la mandíbula y luego se paseaba por la comisura de su boca. Ella quería que sus labios volvieran a los suyos, pronto. Al oír su frustrado gemido, él abruptamente apartó la boca, parpadeando como si de repente recordara que estaban fuera de la casa de su madre en vez de en un dormitorio donde podían terminar lo que él había empezado. Menos mal que las células de su cerebro parecían seguir funcionando, porque las de ella habían cometido un suicidio hace mucho tiempo. Con las manos aún enterradas en su suave pelo, ella miró a sus ojos azules ardientes, esperando una explicación. Cuando no vino ninguna, y él parecía perfectamente contento de mirarla fijamente con una pequeña sonrisa sexy en sus labios, ella susurró:

—¿Para qué fue eso?

—Me apetecía.

Se encogió de hombros.

—Es bueno que vayas a escribir el libro con Amparo. Adiós.

La besó de nuevo tan suavemente que su corazón se derritió, luego se dio la vuelta y se fue. Cerró los ojos y dejó caer su cabeza contra el revestimiento duro. Deseaba a Felipe, eso era obvio para todas las partes de su cuerpo que la hacían una mujer, pero peor aún, había aprendido a valorarlo y mucho. Entonces, ¿qué tenía de malo ignorar sus hormonas furiosas y ser sólo su amiga? Si dejara que su cuerpo traidor se saliera con la suya, serían amantes y probablemente tendrían unas semanas estupendas, pero entonces él seguiría adelante.

Su corazón ya cicatrizado, que nunca había sido el mismo después de la pérdida de su familia, no podía soportar más laceraciones. Pero cada vez que besaba a Felipe lo quería más, ¡maldita sea! Se volvió para volver a entrar y empezar su nuevo libro de Pelayo con Amparo. Era mejor olvidar los besos calientes de Felipe y tomar el camino seguro con Jorge. Tal vez ella tendría suerte y Jorge haría que se le friera el cerebro cuando finalmente la besara también. O al menos chisporrotear un poco. Ella podría vivir con eso.

Cuando entró en la cocina, Amparo tenía migas en la barbilla, chocolate en sus dedos gordos y una gran sonrisa en su cara de querubín. No me extraña que Felipe estuviera tan enamorado de su sobrina. Era una niña adorable. Y una razón más para perseguir a Jorge. Quería hijos y Felipe no. Mientras Amparo terminaba su merienda, Cristina se volvió para ver a los padres de Felipe. Se pusieron de pie uno al lado del otro, apoyándose en el mostrador de la cocina con la misma sonrisa de satisfacción en sus labios.

Confundida por su aspecto autosatisfecho, Cristina preguntó:

—¿Habéis resuelto todo?

La Sra. Monserrat se rió.

—No, nuestra situación no se resuelve tan fácilmente. Pero gracias por distraer a Felipe, Cristina. Realmente lo hiciste increíble al llevarte a Felipe fuera, y bueno, ¡Fue genial tu jugada!

Ella giró la cabeza. La ventana frente al lavaplatos proporcionaba una vista clara de donde acababa de estar con Felipe. ¡Mierda, mierda, mierda! Deben haberlo visto todo.

Acorralada, Cristina se encogió de hombros e hizo lo posible por evitar el rubor que temía que se le subiera al cuello.

—Felipe todavía no se siente bien. Sólo quería mantener la paz.

Recogiendo a Amparo, Cristina salió corriendo.

—Vamos a escribir un libro, Cerebro de mono.



Felipe estaba a punto de hacer algo que pensaba que nunca haría. Pedirle un favor a su padre. Había estado pensando en Cristina y el fuego desde que ella pasó la noche con él hace unos días. Eso, y decidió borrar los datos que había reunido de Cristina y tratar de ayudar a su hermana de

otra manera. Se lo debía a Cristina, lo supiera o no. Si eso significaba involucrar a su padre, entonces se lo tragaba y lo hacía. Entró en la opulenta suite de oficinas de su padre situada en la parte más de moda de la ciudad, y la recepcionista le dijo que entrara directamente. Sólo el costo de los muebles y las pinturas de las paredes del vestíbulo le compraría a su madre un auto nuevo. Cuando abrió la puerta de la oficina de su padre, este se puso de pie inmediatamente y le dijo:

—Hola, Felipe. Esta es una agradable sorpresa.

Felipe cerró la puerta tras él y obligó a sus pies a avanzar. Su padre le ofreció la mano, así que el la estrechó de mala gana. Después de todo, él era el que venía a pedir un favor.

¿Era la fiebre persistente, o hacía demasiado calor en la oficina de su padre?

Felipe se aflojó un poco la corbata. Era difícil respirar. Después de sentarse, su padre lo sorprendió rodeando su escritorio y sentándose en la silla a su lado.

—Me alegro de que te hayas pasado por aquí. Ayer quise hablar contigo en casa de tu madre, pero te fuiste demasiado rápido.

Debí haber dejado claras mis intenciones la otra noche en la subasta en lugar de tomarte por sorpresa. Pero tu mamá dijo que se divertieron en el juego.

Su padre había llamado tres veces, pero no se había molestado en devolverlas. Sara hizo un buen punto acerca de cómo el conjunto del club de campo no se preocupaba por ser buenos padres. Tal vez había llegado a una conclusión equivocada. Una pizca de culpa se le metió en las tripas.

—Sí, resultó ser una noche divertida. Amparo también lo disfrutó, así que... gracias.

Su padre sonrió.

—Bien. Es agradable ver a Amparo sonriendo de nuevo desde que su padre murió. Tu mamá dice que realmente has intervenido y ayudado, así que gracias por eso.

—No es un problema. Amparo es una gran chica.

—Sí, lo es realmente. Tu mamá y yo nos preocupamos por Sara, y desearíamos que intentara salir más. Se está tomando muy en serio la muerte de Joel. No puedo culparla por ello, pero todo lo que hace es trabajar y cuidar de Amparo. Y no aceptará ni un centavo de nosotros. Tu madre incluso se ofreció a comprarle una casa y le dijo que podía vivir allí por el alquiler que pudiera pagar hasta que se recuperara. Pero Sara no lo quiso.

Felipe parpadeó confundido.

—Yo también le ofrecí, pero ¿cómo podría mamá permitirse comprarle una casa a Sara?

Su padre frunció el ceño.

—Tu madre recibe exactamente lo que yo hago en un año, Felipe. La mitad de mis ganancias

son para ella. Siempre lo han hecho y siempre lo harán. Sólo porque la haya fastidiado no me hace menos responsable de mi familia.

¿La mitad? Ningún respetable abogado de divorcios se dejaría joder así. No tenía sentido. La facturación de su padre tenía que ser de un millón al año o más.

—Mamá vive en la misma casa de siempre, conduce un Camry de diez años, limpia su propio techo, ¿y me dices que gana seis cifras al año?

—Sí. Tu madre no elige gastar su dinero como yo. Deberías ver su portafolio. Te haría ver como es en verdad esto Felipe. Y sé que lo has hecho muy bien por ti mismo.

¿Así que su padre no había dejado a su madre para que se seicara como siempre había supuesto? ¿Su madre sólo estaba siendo frugal? Lo que sea. Aun así, no lo excusaba de su infidelidad y de pedirle a su hijo que mintiera por él.

—Me alegro de saber que mamá está asegurada. Una preocupación menos para mí.

—Ella no es tu responsabilidad Felipe, es mía. Y espero que dejes que tu madre y yo nos preocupemos por Sara y Amparo. ¿Tu mamá me dice que ya tienes suficiente con las mujeres de tu vida?

—Mamá y Sara son una molestia a veces, especialmente cuando se trata de meterse en mis asuntos personales.

—Me temo que eso, tampoco es algo que puedas cambiar. Es mejor sonreír y aguantar. Ahora, ¿qué puedo hacer por ti? ¿Mencionaste que necesitabas ayuda con algo?

Felipe odiaba pedirle algo a su padre, pero era la forma más rápida de resolver el misterio de Cristina.

—Cuando Cristina era niña, la casa de su familia se incendió. Sé que tienes investigadores privados y amigos en la comisaría. ¿Crees que podrías encontrar un informe que indique el origen del fuego?

—Eso no debería ser muy difícil.

Su padre se puso de pie y luego se sentó detrás de su escritorio. Sacando una libreta legal amarilla, dijo:

—Dame los detalles; Nombre de la familia, fechas, todo lo que sabes, y pondré a mi investigador en ello.

—Lo quiero lo antes posible y pagaré lo que sea....

Su padre levantó una mano.

—No. Estoy feliz de ayudar. No me lo pedirías si no fuera importante.

¿Así de simple? ¿Su padre ni siquiera le preguntó por qué? ¿Podría ser tan simple o tendría que pagar de alguna otra manera más tarde? No, tendría que pagar. Su padre era un bastardo despiadado. Debería irse. No quería estar en deuda con el hombre. Pero se lo debía a Cristina. Y su padre no dudó en ayudar.

—Gracias. De verdad te lo agradezco.

Le dio a su padre los detalles y salió de allí tan rápido como pudo. Le dolían los hombros y el cuello lo sentía anudado. Estaba empapado de sudor por el estrés, así que antes de subirse a su coche, se quitó el traje y la corbata, tirándolos al asiento del pasajero. Tal vez su padre había cambiado. Quizá era hora de dejarlo ir, de perdonar a su padre y a sí mismo como Cristina necesitaba perdonarse a sí misma. Y seguir adelante. Se deslizó detrás del volante, puso su coche en marcha y sonrió. Incluso Lisa, la loca abogada convertida en bruja de su cita a ciegas, había dicho que no podía ser feliz albergando toda esa culpa. También mencionó que estaba enamorado de una mujer y que debería perseguirla porque ella lo haría feliz. Tal vez era hora de dejarlo ir y ser feliz de nuevo. ¿Era Cristina la mujer espeluznante de la que Lisa había estado hablando? Se metió en el tráfico y se dirigió hacia el café. Se estaba muriendo de hambre después de vivir dos días con paletas y galletas de chocolate. Pero, sobre todo, quería ver a Cristina.

Ella lo hace sentir como nadie más. Y lo besó como nunca nadie más lo había besado. Tal vez podría discutir una repetición de eso también. Sacó su teléfono y marcó su número.

Ella tomo la llamada después de dos ring.

—Hola, Felipe. ¿Te sientes mejor o es otro intento de chantaje para obtener sopa?

—Todo recuperado. ¿Dónde estás?

—¿Por qué?

—He tenido una pésima mañana, por favor no te metas conmigo. ¿Has almorzado?

—Recuperado, y sin embargo, todavía gruñón. Tengo algunas perspectivas de citas para ti, así que necesito hablar contigo de todos modos. Estoy en el café.

—Estaré allí en cinco minutos.

Colgó y tiró su teléfono en el asiento de al lado.



Cristina suspiró y volvió a poner su teléfono en el bolso. ¿Por qué siempre hacía eso? Cuelga cuando termina de hablar. Necesitaba aprender algunos modales telefónicos. Buscó en los archivos de consejos para citas en su portátil y encontró un artículo sobre etiqueta telefónica. Ella lo había reenviado al correo electrónico de Felipe cuando él se dejó caer en una silla frente a ella. Obviamente estaba molesto por algo, así que ella dejó pasar lo del teléfono.

—Hola. ¿Qué quieres comer para el almuerzo? Iré a buscarlo por detrás y entonces podrás

decirme qué está pasando.

—Carne—. ¡Me muero de hambre!

Se rió.

—Por supuesto. Vuelvo enseguida.

Mientras comían, Felipe le habló de que había ido a visitar a su padre, pero ella no podía imaginarse qué sería tan urgente para que le pidiera algo a su padre. Felipe dijo que era un favor para un amigo. Esperaba que ese amigo entendiera el gran sacrificio que acababa de hacer por él.

—Vale, ahora estás desequilibrado porque no puedes enfadarte con tu padre por una de las cosas que más te cabrearon. El dejar a tu madre como una pobre, ¿verdad?

Felipe le dio un gran mordisco a su bocadillo de albóndigas y se encogió de hombros.

—Así que vamos a desglosar esto. Sigues enfadado con tu padre por dejar a tu madre, hacerla infeliz y luego arruinar a tu familia. ¿Y porque te pidió que le mintieras a tu madre?

Asintió con la cabeza y dio otro gran mordisco.

—Mira, la cosa es Felipe, tu madre me parece una persona muy feliz. Y tienes una familia tan agradable que me derrite el corazón, así que no estoy segura de que pueda estar de tu lado en esos dos puntos.

Tomó un bocado de su ensalada.

—Pero tu padre fue un verdadero imbécil al pedirte que mintieras. Te daré esa. Y sé que siempre te sentirás mal por mentirle a tu mamá, pero obviamente no te lo reprochare. Así que si todo lo que queda es tu padre siendo un idiota en el momento en que probablemente se dio cuenta de que estaba atrapado, quizás tengas que encontrar una manera de darte cuenta de que sólo es una persona con defectos. Si tu madre fuera alcohólica, odiarías que bebiera, pero nunca la odiarías. No podrías.

Deseaba poder decirle a Felipe lo mucho que su padre parecía haber cambiado. Y cómo la esperanza había llenado los ojos de su madre por un breve momento cuando Gabriel había sugerido que repararan su relación. Felipe frunció el ceño mientras tomaba su té helado.

—Lo que más me molesta, Cristina, es que lo que dijiste tiene mucho sentido. Y creo que estoy listo para seguir adelante. Así que, ¿por qué no puedo dejarlo pasar?

—No lo sé. Tal vez sientes que si lo dejas pasar y dejas de odiar a tu padre, entonces lo que hizo estaría bien? ¿Y entonces no serías mejor que tu padre? Pero desde donde estoy sentada, eres diez veces más hombre que tu padre. No mientes, ni usas tu buena apariencia para salir adelante... trabajas duro por lo que quieres. No coqueteas o usas mujeres, en realidad las respetas. Eso es algo que nunca hubiera adivinado la primera vez que te conocí. Pero, lástima para ti, porque las acciones hablan más fuerte que las palabras.

La ceja derecha de Felipe se levantó y sonrió.

—Gracias. Pero te equivocas. Coqueteo, pero sólo contigo. Parece que no funciona.

—Funciona. Un poco.

Sonrió mientras sorbía su té helado.

—Pero soy una mujer sensata y estoy atenta a la meta. Serías un error. Probablemente uno muy divertido, pero aun así un error.

—Supongo que tendré que mejorar mi juego.

Se puso de pie y deslizó su silla bajo la mesa.

—Gracias por el almuerzo. Ahora quiero el postre.

Felipe se inclinó, levantó su barbilla, y luego le dio un gran beso en los labios. El calor atravesó su cuerpo tan rápido que la dejó mareada. ¿Por qué tenía que ser tan bueno en eso? Cuando se alejó lentamente, dijo.

—Delicioso. Nos vemos el domingo.

—¿Domingo?

—Sí, Eduardo me invitó al juego, ¿recuerdas? Adiós.

Se había olvidado de eso. ¿Cómo iba a hacer movimientos con Jorge con Felipe allí distrayendo todas sus hormonas?

¡Maldita sea, Felipe!



Después de comerse el cuarto trozo de pizza, Felipe se inclinó lejos de la mesa de la cocina de su madre y se dio una palmadita en el estómago.

—Ahora que las mujeres debaten de que es de lo que se trata la rebanada perfecta de pizza. Me atrevo a decir, que, me encanta la noche de pizza de los viernes.

Sara, su madre y Amparo arrugaron la nariz.

—Me gusta más la corteza fina, tío Felipe.

—No, no debería gustarte. Mejor es una masa más gruesa.

Le dio un empujón a Amparo en el costado.

—Sólo te pones del lado de las chicas para poder pasar más noches así, como las que siempre tenemos.

Amparo se rió.

—Mamá dice que las damas pueden cambiar de opinión.

—Pero no lo hace menos molesto cuando lo haces.

Sara limpió sus anteojos.

—Mamá, ¿sabías que Felipe va a ir al partido de fútbol otra vez el domingo? En la suite de Cristina.

—¿En serio?

Su madre le limpió la boca y las manos a Amparo.

—Bueno, salúdala de mi parte.

Felipe gruñó.

—Cristina va a estar allí con su cita. Su maravilloso príncipe Azul.

—¿Cristina conoce al Príncipe Azul?

Los ojos de Amparo se abrieron mucho.

—No. Sólo cree que lo conoce.

Felipe recogió la caja de la pizza y la tiró a la basura.

—No es su tipo. Es como un hippie, surfista, correcto, aburrido. Si hay algo que Cristina no es, es aburrida.

Sara asintió lentamente.

—Entonces, ¿qué vas a hacer al respecto? ¿Sólo esperarás y dejarás que este aburrido hombre se la lleve?

Felipe se sentó en la mesa otra vez.

—Cristina quiere todo el pack; Marido y tres pequeñas Amparos.

Felipe tiró suavemente de uno de los rizos de Amparo.

—Una pequeña Amparo es todo lo que puedo manejar.

Pero él amaba a Amparo. Haría cualquier cosa por ella. ¿Tal vez tener sus propias Amparos

no sería tan malo? ¿Podría hacer que funcionara una verdadera relación con Cristina?

La sonrisa de Sara se volvió malvada.

—Amparo puede ser mucho para que cualquiera lo maneje. ¿Quizás debería ir contigo al partido? Le mostraría a Cristina lo difícil que es ser romántico mientras sostiene a un niño de dedos pegajosos en su regazo. Definitivamente deberías conseguir algodón de azúcar.

La cabeza de Amparo se había levantado.

—¿“Algodón de azúcar”? ¿Por favor, tío Felipe? ¿Puedo ir?

Felipe reconoció la mirada de casamentera traviesa de su hermana.

—¿Quieres decir que debería salir con los chicos y Amparo debería salir con Cristina? ¿Dedos pegajosos y todo eso?

—No dije eso. Lo hiciste tu. ¿A qué hora vas a recoger a Amparo? No, aún mejor. Los llevaré yo. Entonces cuando ya sea hora de volver te llamaré y te diré qué no puedo recogerte, luego tendrás que ir a casa con Cristina y el príncipe.

—Eso no sería agradable. Ustedes dos unidas es terrible.

Su madre se rió.

Felipe recogió a Amparo y la sostuvo sobre su cabeza

—Okay pequeña compinche. Haz tu trabajo pasando el rato con Cristina y puede que haya un viaje a la juguetería en tu futuro. Las veo el domingo al mediodía.

Sí. Ese plan podría funcionar.

CAPÍTULO DOCE

“Cuando los monos cometen un crimen, tienen que cumplir la condena.

El gran plan de Pelayo.”

Cristina entró en la suite de su tío en el estadio de fútbol con Jorge, con el estómago apretado por los nervios. El viaje en coche había sido un poco incómodo y tranquilo a veces. Pero tal vez se distrajo con la revisión de su auto antes de comprar el suyo propio. Con suerte, se relajaría después de una cerveza. ¿A quién estaba engañando? Ella era la que necesitaba esa cerveza. Las citas apestan. Había considerado vestirse con algo un poco más lindo como una persona normal, pero Felipe le había dicho que se veía sexy en su camiseta, así que se fue con ella. Ignoró el calor que se acumulaba en sus entrañas al recordar la forma en que los ojos de Felipe se habían oscurecido por el deseo antes de que él se lo dijera. Ella y Jorge no habían entrado en el palco de su tío antes de que un torbellino de cabeza oscura corriera hacia ella con los brazos abiertos.

—¡Hola, Cristina!

Le arrancó los brazos a Amparo de alrededor de sus piernas y la levantó.

—Hola, Amparo. No sabía que ibas a estar aquí hoy.

Se volvió hacia Jorge.

—Esta es una de mis mayores fans, y mi nueva compañera de escritura, Amparo Cerebro de Mono.

—Ese es un gran nombre. Hola, soy Jorge.

Le lanzó una gran sonrisa a Amparo.

Al igual que un pequeño chimpancé, Amparo envolvió sus brazos alrededor del cuello de Cristina, sus piernas alrededor de su cintura y se acomodó antes de decirle a Jorge:

—El tío Felipe te llama Príncipe Azul—. ¿Eres el novio de Cristina?

Felipe era hombre muerto.

Jorge escupió, —Bueno, um...

Cristina saltó antes de que se volviera más rojo.

—Entonces, ¿dónde está tu tío Felipe, cariño?

Amparo lanzó su mano hacia la barra.

—Con esos tipos grandes. Son bastante aterradores.

—Pero son las personas más agradables. Vamos a buscar a tu tío.

—¿Puedo sentarme contigo, Cristina?

Los labios de Amparo se inclinaron en una dulce sonrisa. Miró a Jorge, cuyo color se había desvanecido a casi normal otra vez.

—¿Te importa?

Jorge sacudió la cabeza.

—No, está bien. ¿Quieres una cerveza?

¡Dios, sí!

—Claro. Gracias.

Llevó a Amparo al frente, esperando que Miguel estuviera allí. Tal vez había traído sus Legos. Esto podría ser un desastre en el estadio. Y desafortunadamente, Miguel y sus padres no estaban allí. Después de que se instaló con Amparo en su regazo, un par de grandes manos se deslizaron sobre sus hombros y dieron un suave apretón. Ciertamente no eran las manos de Jorge. Pero de alguna manera a su corazón no pareció importarle cuando se puso en marcha con la suave caricia de Felipe. Su aliento cálido le hacía cosquillas en el oído mientras susurraba:

—Hola, Cristina. Con un aspecto atractivo, como siempre. Amparo necesita un poco de algodón de azúcar. Ya vuelvo, ¿vale?

—¡No!

Se volvió para discutir la sabiduría de ese trato en particular, pero Felipe ya se dirigía a la puerta. Respiró hondo y cerró los ojos. Podría ser una tarde muy larga. Unos momentos después Jorge se deslizó a su lado y le dio una cerveza.

—Te gustaba la cerveza rubia, si recuerdo bien....

—Sí—. Gracias.

Mientras tomaba un largo trago, Amparo le dio una palmadita en el hombro.

—Yo también tengo sed, Cristina.

—¿Qué puedo hacer por ti?

Jorge dejó caer su cerveza en el portavasos y volvió a ponerse de pie.

Fue muy amable de su parte. O tal vez sólo estaba feliz de estar lejos de Amparo y la posibilidad de que otra pregunta embarazosa saliera de su boca. Amparo se secó la frente. —¿Un refresco de naranja grande?

—Ya lo tienes.

Probablemente debería haberle sugerido que lo hiciera pequeño, pero se había ido demasiado rápido. Unos minutos después Felipe volvió y se sentó a su lado con un enorme cono de algodón de azúcar. Su estómago se unió al resto de su cuerpo amotinado, apretándose al verlo. Había comprado un nuevo Jersey del equipo, como se veía en la etiqueta que se asomaba por debajo del cuello, y llevaba unos jeans viejos y descosidos que se ajustaban bien a sus partes buenas. Incluso había añadido pintura para la cara.

—Veo que has mejorado tu ropa de fanático.

Felipe asintió y le dio el regalo a Amparo.

—Aquí tienes pequeña, tómalo.

Luego se inclinó más cerca y susurró:

—Te dije que estaba mejorando mi juego. ¿Impresionada?

Cristina puso los ojos en blanco cuando alargó la mano y arrancó la etiqueta, comprobando el precio.

—Podría estarlo, pero luego fuiste y pagaste demasiado por esto. Te enviaré el enlace de donde consigo todas mis cosas en línea, mucho más barato.

Felipe entrecerró los ojos.

—Sabelotodo.

Riéndose, le puso un dedo en sus cálidos labios para advertirle a Felipe sobre su lenguaje delante de su sobrina. Cristina miró a Amparo, cuyos ojos se habían puesto vidriosos cuando inhaló su golosina. Afortunadamente, Amparo estaba demasiado interesada en su grandioso dulce como para darse cuenta. Cuando la mayor parte se fue, ella levantó la vista. —¿Quieres un poco de esto Cristina?

—No gracias, cariño.

Cristina se dirigió a su sexy compañero de asiento que se perdió en el juego. Ella le dio un empujón en el brazo para llamar su atención

—¿Por qué no llevas a Amparo contigo al bar para que puedas compartir el resto de este rato juntos?

Felipe lentamente desvió su atención del campo.

—Prefiero sentarme aquí y compartir. Eres mucho más guapa que esos tipos.

Sí, bueno, era mucho más guapa que cualquier otro tipo que hubiera conocido, y si no tenía

cuidado, sus hormonas iban a arruinar sus posibilidades con Jorge. El tipo que ella quería desde siempre. El tipo correcto. No Felipe, el Sr. Ámalas y Déjalas. Cristina se puso de pie mirando detrás de ella para asegurarse de que Jorge no estaba de vuelta. Luego agarró la parte delantera de la camiseta de Felipe y lo acercó. Amparo estaba justo ahí, así que le susurró al oído:

—Jorge volverá en cualquier momento y no quiero que estés aquí causando problemas—. ¿Lo entiendes?

—¿Problemas? ¿Yo? — Sonrió.

—No te preocupes, el príncipe está en el pasillo al teléfono. Sonaba como algo médico e importante. Probablemente tardará un poco.

Levantó la mano y sacó un fajo de algodón de azúcar rosa de su pelo.

—Hombre, esto es un desastre. Amparo, ten cuidado, ¿vale? Cristina está intentando estar guapa para su cita.

Cristina quería dejar a Amparo en su regazo y dejar que él se ocupara del desastre, pero no podía herir los sentimientos de Amparo. En cambio, se inclinó tan cerca de Felipe que olió el jabón con aroma a pino en su piel desde su ducha. Fue extrañamente erótico.

—Ándate. ¡Ahora!

—Bien. Puedo captar una indirecta.

Se paró y se topó con Jorge, derramando el refresco de naranja por su camiseta.

—Lo siento, Jorgin. No te vi allí. Déjame ir a buscar unas servilletas.

—Es Jorge. No te molestes.

Su mandíbula se apretó.

—Vuelvo enseguida, Cristina.

Qué maldito desastre.

Cristina se puso de pie y presionó a Amparo, con sus manos pegajosas llenas de algodón de azúcar, en los brazos de Felipe para ir tras Jorge.

—Tengo que ir al baño.

Amparo dijo: —Yo también. Y el tío Felipe no puede llevarme.

Ella quería gritar. Respirando hondo y calmado, le empujó el cono de cartón vacío a Felipe, y luego le extendió la mano a Amparo.

—Vámonos.

Se encontraron con Jorge en el pasillo fuera de los baños. Su camiseta estaba húmeda y más naranja que de costumbre. Al menos se mezcló con los otros colores de su ropa.

Puso una mano sobre su pecho para medir la humedad de su camisa.

—Qué desastre. Lo siento.

Puso su mano sobre la de ella y le dio un suave apretón.

—Una cosa no ha cambiado desde que me fui. Nunca es un día aburrido cuando lo pasas con Cristina. Iré a buscar otra bebida para Amparo y las veré allá atrás.

—Gracias.

Sonrió mientras se dirigían al baño. El apretón de manos fue un buen toque. ¿Pero él pensó que ella era de alto cuidado o algo así? Eso sería malo.

Miró a Amparo cuyos pequeños ojos azules, como los de Felipe, le brillaban con una inocente adoración.

—¿Qué crees que quiso decir con eso de Cerebro de Mono? Nunca un día aburrido conmigo. ¿Es eso bueno o ...malo?

—Probablemente bueno—. Amparo sonrió.

—Eres divertida, Cristina.

La tomó en sus brazos y le dio un beso en la frente.

—Tú también eres divertida. Incluso cuando eres un desastre pegajoso. Vamos a limpiarte y luego veremos si puedes seguir así por un tiempo, ¿eh?

—Bien.

Amparo puso sus sucias manos a ambos lados de la cara de Cristina y le dio un gran beso en los labios.

—Te quiero, Cristina.

Sus ojos ardían con lágrimas. Nadie, excepto Angie, le había dicho eso desde que sus padres murieron.

—Yo también te quiero, Amparo.



Felipe sonrió mientras veía el partido. Era el segundo tiempo, El Real estaba adelante por 2

tantos y Amparo seguía junto a Cristina, parlotando. Las cosas iban de acuerdo al plan. Sacó su celular y llamó a su hermana. Cuando ella respondió, él dijo:

—Lláname en cinco minutos.

Sara resopló.

—Hola a ti también. ¿Está funcionando el plan?

—Sip.

—Bien.

Cuando llegues a casa, quiero todos los detalles.

—Ya los tienes.

Felipe metió su teléfono en el bolsillo trasero de sus jeans, se dirigió a Cristina y se dejó caer a su lado.

—Oye. ¿Me la devuelves o estás planeando un secuestro?

La mirada que le envió cuando entregó a Amparo debería haber cuajado su sangre. En lugar de eso, lo hizo aún más atractivo para ella. Fingió ser inocente.

—¿Qué?

Antes de que pudieran entrar, su teléfono sonó. El momento de su hermana fue perfecto. Lo sacó de su bolsillo y reprimió su sonrisa.

—Hola, Sara.

Fingiéndolo escuchar, miró a Cristina. Estaba enfurecida. E ignorando a Jorge que se sentó en su otro lado.

—Espera. ¿Qué quieres decir con que no puedes recogernos? ¿Cómo vamos a llegar a casa?

La cabeza de Cristina se inclinó hacia la suya y ella entrecerró los ojos. Frunció el ceño y se mordió el interior de la mejilla para contener su sonrisa.

—Pero sabes que después del partido podríamos llegar a esperar hasta una hora para coger un taxi. Eso sería mucha espera para Amparo.

Cristina lo miró con desprecio ahora. El vapor iba a empezar a salir de su cabeza en cualquier momento. Tuvo que darse la vuelta y luchar con la sonrisa que amenazaba con romper su tapadera. Le dijo a Sara:

—Déjame preguntarle si le importaría.

No fue fácil, pero se recompuso y forzó una cara seria.

—Se suponía que Sara iba a recogernos, pero dice que su auto no arranca y mi mamá no está en casa. ¿Les importaría llevarnos a casa?

No había mentido. Era lo que su hermana le acababa de decir. Cristina apretó los dientes. — Tienes mucha suerte de que Amparo esté aquí.

—Gracias por el paseo.

Cristina estaba tan enojada como nunca la había visto. Sería mejor que tuviera cuidado.

Después del juego se arrastraron con la multitud hasta el estacionamiento. Mientras se acercaban al Prius de Cristina, la logística de meterlos a todos en ese coche de payasos pasó por su mente.

—Cristina, tú y Amparo deberían sentarse atrás, y yo tomaré el asiento de copiloto.

Se volvió hacia Jorge.

—¿A menos que dejes que Cristina conduzca?

Antes de que Jorge pudiera responder, Cristina sacudió la cabeza.

—No, vas a tener que meter ese gran cuerpo tuyo en el asiento trasero. Será divertido de ver.

—Cristina, por favor. Sé razonable. Necesitas sentarte atrás.

Lo agarró por el brazo y lo arrastró lejos de los oídos de los demás.

—Sé que no mientes, así que tu respuesta determinará tu destino. ¿Trajiste o no trajiste a Amparo hoy para fastidiar mi cita con Jorge?

—¿Estás diciendo que no disfrutaste de la compañía de Amparo?

—No ocupes técnicas de evasión, responde a la pregunta.

Retrocedió firmemente en una esquina, y respiró hondo.

—Sí.

Ella asintió con la cabeza.

—Cambio de planes. Llevaremos a Amparo a la casa de tu madre y podrás pensar en todas las formas de decir que lo sientes mientras esperas un taxi.

Ella se alejó, se metió en el coche y se fueron.

Supongo que había encontrado el límite de Cristina. Un buen dato para tener en cuenta en el

futuro.

Sacó su teléfono y pidió un taxi, y luego marcó el móvil de Sara para advertirle de la tormenta que se aproximaba llamada Cristina. Cuando Sara respondió, dijo:

—No puedo explicarlo ahora, pero cuando Cristina deje a Amparo, no dejes que sepa lo que haces para ganarte la vida. Y necesito saber cuántas formas hay de disculparse con una mujer.



Después de dejar a Amparo, Cristina y Jorge se dirigieron a su casa. No estaba segura de si Jorge seguía enfadado con ella o no, así que dijo:

—Siento mucho todo eso. Qué desastre.

Se encogió de hombros.

—Después de que mi camisa se secó las cosas mejoraron.

Se rió, pero cuando se volvió para mirarlo, vio que no debía ser gracioso. Eso había sucedido unas cuantas veces durante el juego. Parecía diferente y mucho más serio de lo que solía ser. Jorge definitivamente no tenía el ingenio de Felipe. Y había estado un poco callado toda la tarde. ¿Tal vez todavía estaba enojado por su camisa?

—No creo que Felipe lo haya hecho a propósito. Acababa de decirle que se perdiera justo antes de eso, así que en realidad estaba siguiendo órdenes.

Mirando el camino que se avecina, Jorge dijo en voz baja:

—Te quiere a ti, Cristina. ¿Lo quieres?

¿En su cama? Sí. Pero eso sería todo lo que conseguiría, así que no.

—No quiere las mismas cosas que yo, así que es un punto discutible en lo que a mí respecta.

Jorge se volvió hacia ella y sonrió.

—¿Qué cosas quieres?

¿Le asustaría si ella dijera la verdad? Probablemente sería mejor que pusiera sus cartas sobre la mesa.

—Eventualmente, me gustaría casarme y tener hijos. Un perro también estaría bien, pero es opcional.

Se rió entre dientes cuando se detuvo frente a la casa de sus padres.

—Serás una gran madre si la forma en que manejaste a Amparo hoy es un indicio. Y una muy

disciplinada por la forma en que manejaste a Felipe.

Se rió.

—Se lo merecía.

Y él estaba consiguiendo esa falsa cita con su amigo gay como recompensa por su mal comportamiento. Felipe sabía lo mucho que esperaba tener esta cita con Jorge, así que no sentiría ni un poco de remordimiento.

—No hay discusión al respecto.

Jorge apagó el coche y se enfrentó a ella.

—Todo este asunto de no tener un coche o mi propia casa se siente como en el instituto. —Aclarando su garganta, respiró profundamente como si estuviera trabajando en algo grande. ¿Un beso tal vez? Jorge sonrió mientras se acercaba y la abrazaba antes de poner sus labios sobre los de ella. ¡Ya era hora! Una boca suave, ni muy seca ni muy húmeda. Buen comienzo. Cristina separó sus labios, ofreciendo más, y el tipo no era ningún tonto. Él continuo. Su lengua bailó suavemente con la de ella, sus labios ejerciendo la presión adecuada. Era un buen besador. Qué alivio. ¿Pero por qué no estaba ese interruptor que Felipe siempre accionaba dentro de ella haciendo lo suyo? Ella debería estar temblando de deseo, deseando que sus manos explorasen su cuerpo necesitado como su lengua lo hacía dentro de su boca. ¿Tal vez porque había esperado tanto tiempo para esto, que estaba siendo demasiado analítica? Necesitaba apagar su cerebro y seguirle la corriente.

Cristina se concentró en la forma en que su suave lengua se enredó con la de ella, y luego deslizó una mano detrás de su cuello. Pero antes de que ella pudiera acercarlo, Jorge se alejó, terminando su beso.

—Me tienen trabajando en el cementerio, así que mi próxima noche libre no es hasta el jueves. ¿Quieres cenar? Puedes elegir el lugar.

Está bien. El beso fue demasiado corto en su estimación, pero finalmente la había invitado a salir. Progreso al fin.

—Me encantaría. ¿Algo casual?

Sonrió y le dio otro rápido beso en los labios.

—Casual es bueno. Te llamaré más tarde para arreglar los detalles. Gracias por el juego, fue divertido.

—Siempre que quieras.

Después de que Jorge saliera, Cristina se deslizó hacia el lado del conductor y luego comenzó a conducir camino a su casa.

Ahora que estaba más compuesta empezó a procesar lo que había ocurrido. Las cosas estaban empezando a mejorar. Y finalmente la había besado. Y el beso había estado bastante bien. Chisporroteó un poco. Tal vez una vez que se relajara y dejara de analizar tanto los detalles, sería tan caliente como cualquiera de los besos que Felipe le había dado. Y Jorge finalmente la había invitado a salir. Después de dos largos años. Qué bien. Entonces, ¿por qué no le apetecía cantar a todo pulmón, o al menos llamar a Angie para compartir sus buenas noticias? Es lo que ella quería desde hace mucho tiempo. Podría ser el comienzo para lograr todo lo que ella esperaba. El primer paso hacia la casa, un marido guapo, dos hijos de cinco años y el perro que siempre había esperado tener.

Mientras esperaba que el semáforo cambiara, su rápida mirada en el espejo retrovisor captó la visión de algo rosado cerca de su oreja. Algunos de los algodones de azúcar de Amparo.

Ella arrancó el pedazo de pelusa que era muy grande. Mirando su reflejo de nuevo, pensó que vería su sonrisa victoriosa, no la pequeña línea del ceño que divide la mitad de su frente. Algo estaba mal y no podía ponerle una etiqueta. O tal vez podría... Felipe. ¿Su enojo con Felipe arruinó el humor de Jorge? No, no era eso. Ella quería a Felipe. Fue como cuando un niño pequeño experimenta los dulces por primera vez. Después de saborear algo tan dulce, nada más podría saber tan bien. Pero Felipe era como una trufa de chocolate. Sería fantástico al principio, pero al final se derretiría, dejando nada más que un buen recuerdo y unos cuantos kilos más de arrepentimiento para llevar. No. No voy a ir allí. Cuando Cristina entró en su cocina, Angie se sentó en la mesa comiendo un gran tazón de pasta. Cristina no había tenido la oportunidad de hablar con Angie fuera del café en días. Se abrazó con su mejor amiga.

—Hay extraña. ¿Cómo estás?

—Bien—. ¿Cómo fue la cita?

—Un desastre, pero eso es culpa de Felipe.

Cristina cogió un bowl, lo llenó de la olla en la cocina y se unió a Angie. Luego le contó toda la estúpida historia.

—¿Realmente hiciste que Felipe llamara un taxi?

Cristina se metió en la boca fideos más cremosos y con ajo y se quejó con placer.

—¡Maldita sea! Eso fue simplemente grosero. El hombre me vuelve loca. Es la versión humana de Pelayo.

—Sí, pero no podrías escribir Pelayo tan bien como lo haces si no fueras un poco así también. ¿Me prometerás algo?

Cristina dejó su tenedor. El tono serio de Angie la asustó.

—¿Estás preocupada por ti y por mí si salir con Jorge no funciona?

Angie se puso de pie y lavó su tazón. Cuando terminó, se dio la vuelta y cruzó los brazos.

—No, no es eso. Tú y yo siempre seremos buenas amigas, pase lo que pase. Pero te gustan las analogías, así que te voy a dar una. Jorge es como tu Prius. Es un vehículo fiable, estable y económico, pero le falta fuerza y velocidad. Ahora Felipe, es como tu viejo Porsche. Ese coche era un coche rápido, sexy y potente que no tenía sentido económico, pero era muy divertido de conducir. Has hecho grandes cambios en tu vida recientemente y admítelo Cristina, todavía te hace falta tu viejo Porsche.

—Bien, entiendo tu punto. Pero, ¿qué quieres que te prometa?

—Quiero que prometas que te tomarás tu tiempo con Jorge. Dile que sólo quieres que sean amigos hasta que vuelvan a conocerse. No te acuestes con él hasta que estés segura de que es el mismo tipo que has construido para que esté en tu mente todos estos años. Tienes una amistad honesta con él que no querrías arruinar. Y no quiero ver a mi hermano herido. ¿Pero Felipe? Sería una tortura preguntarse siempre qué podría haber sido. Creo que deberías saltar sobre sus huesos lo antes posible para que sepas exactamente dónde estás con él. Lleva a Felipe a hacer una prueba de manejo.

Una extraña sensación de alivio la recorrió. Como si Angie estuviera diciendo en voz alta esos mismos pensamientos que Cristina no quería enfrentar, de repente los acomodara y se los dijo. Si Amparo no hubiera estado allí, ¿Ella y Jorge habrían tenido suficiente de lo que hablar toda la tarde? Eran personas diferentes ahora a que cuando eran niños. Tal vez ella había construido a Jorge en su mente para ser más de lo que él podría ser.

—Trato hecho.

Lamaré a Jorge esta noche y le diré que por ahora es estrictamente platónico. Incluso le diré por qué. Probablemente cancele nuestra cita para cenar, pero tienes razón, Angie. Necesito ser justa con tu hermano.

—Gracias.

Los labios de Angie se inclinaron en una de sus sonrisas características.

—¿Y Felipe? — Ella suspiró.

—Estoy tan enfadada con él ahora mismo. Tendremos que ver.

CAPÍTULO TRECE

“¡Las travesuras puede traer como consecuencia un gran castigo!

Pelayo está en problemas otra vez.”

A finales de la semana siguiente, Cristina llevo su computador al café, y comenzó a trabajar, de repente algo como una gran sombra sobre ella se le acerco de repente. Era Felipe, su deliciosa colonia lo delató. O tal vez fueron esas deliciosas feromonas suyas.

—¿Estás listo para cumplir con tu cita para almorzar?

—Supongo. ¿Todavía estás enfadada conmigo?

Se sentó frente a ella con aspecto de arrepentido, pero no se libraría tan fácilmente.

—Sip.

Saco la grabadora bluetooth, que dejaba siempre todo registrado, pero esta vez no estaba cargada, la puso sobre la mesa.

—Encontré algo interesante que me gustaría mostrarte más tarde si estás libre.

—¿Qué es?

Felipe se acercó y sonrió.

—Tendrás que esperar y ver, porque creo que acabo de enganchar un trabajo enorme. Tengo que volver a mi oficina tan pronto como esta reunión termine. Si no estuvieras ya enfadada conmigo, lo habría cancelado.

—Te alegrarás de no haber cancelado. Realmente creo que esta podría ser la indicada para ti, Felipe. Y ya sabes lo que dicen de las morenas. Ahora ve a esa mesa lejana y hagamos una prueba de sonido.

—Bien.

Cristina se mordió el labio para contener su sonrisa mientras Felipe se abrió paso por las mesas llenas de comensales. Cuando se sentó y le sonrió, ella luchó por una mirada severa. Hora de la venganza. Fingió hablar para que Felipe viera que su boca se movía. Se golpeó el auricular. Frunciendo el ceño, lo sacó y lo examinó. Finalmente lo levantó y dijo: —No funciona.

Se puso de pie y cruzó a su mesa. Fingió que trataba de probarla y verificar que todo estuviese en orden, y luego dijo:

—Diablos. Tu cita llegará en cualquier momento. Supongo que esta vez estarás por tu cuenta. Lo siento.

Felipe sacudió la cabeza.

—¿Sabes qué? Tal vez sería mejor cancelarlo ya que no tengo tiempo para esto de todos modos.

—¿Tienes miedo de hacerlo solo?

—No, por supuesto que no.

Respiró hondo y miró su pesado reloj de oro.

—Pero si llega tarde, no la esperaré más de diez minutos.

Le dio una palmadita en el hombro.

—Bien. Necesito hablar con Angie sobre algo. Recuerda tus modales y toma buenas decisiones.

Felipe le frunció el ceño.

—¿Tomar buenas decisiones? ¿De qué estás hablando?

—Ya lo verás. Adiós.

Cristina desapareció rápidamente en la cocina. En la pared del fondo, dos grandes pantallas planas mostraban todos los ángulos de sus cámaras de seguridad, tanto dentro como fuera de la cafetería. Cristina agarró una silla y esperó a que empezara el espectáculo.

Angie, limpiándose las manos con una toalla, se paró cerca.

—Lástima que no tengamos sonido. Eso habría hecho esto mucho mejor.

El amigo de Cristina apareció, girando la cabeza en busca de Felipe. Le dio una descripción a Jordan de Felipe, así que no pasó mucho tiempo antes de que el muy guapo Jordan se dirigiera a Felipe y se presentara. Jordan podía modelar para cualquier marca prestigiosa y tenía el mejor sentido del humor de todas sus amigas.

La mirada en la cara de Felipe cuando se dio cuenta de que Jordan era su cita, no tenía precio.

—¿Ves la forma en que su mandíbula está ligeramente apretada, Angie? Está enfadado.

La risa de Angie era totalmente malvada.

—Una vena en su frente está estallando. Definitivamente va a matarte. O tener un derrame cerebral.

—Bueno, espera. Se pone mejor.

— Cristina volvió a prestar atención a la pantalla. Cuando Jordan extendió la mano y la puso en el brazo de Felipe, los ojos de Felipe se movieron, como si buscara la ruta de escape más rápida. Felipe, claramente incómodo, se levantó para irse. Jordan se rió, levantó una mano para detenerlo, y debió confesar que era una broma, justo cuando el segundo acto entró caminando. Una alta y hermosa clienta rubia, que también era una actriz que Cristina había reclutado para jugar un papel en su plan de venganza. Lanzando un codazo a las costillas de Jordan en un gesto de “piérdete”, la rubia sonrió dulcemente a Felipe.

El alivio cruzó la cara de Felipe mientras le daba la mano y sacaba una silla para ella.

Angie dijo:

—Es preciosa, Cristina. ¿No tienes miedo de que vaya a por ella en vez de a por ti?

—No. Es perfecta por fuera, como Felipe ordenó originalmente.

Los labios de Cristina se inclinaron en anticipación.

—Pero no siempre se puede juzgar un libro por su portada. Si ella no le hace estallar una junta, nada lo hará.

—Eres una mujer valiente.

Angie le dio una palmadita en el hombro.

—Pero puede que tengas que esconderte durante unos días.

Mientras Felipe y la actriz hablaban, Cristina revisaba los e-mails en su teléfono. Después de responder algunas, ella miró hacia arriba otra vez. La mesa de Felipe estaba vacía.

Eso fue rápido. Las dos puertas dobles de la cocina se abrieron de golpe.

—¡Maldita sea, Cristina! ¿Dónde estás? — Ups.

La furia en la voz de Felipe la hizo huir. Si pudiera llegar a la oficina de Angie antes que él, tal vez podría cerrar la puerta hasta que se calmara. Bajó a toda velocidad por el corto pasillo lleno de provisiones para hornear a ambos lados, sus fuertes pasos le advirtieron que estaba cerca. Cuando llegó a la oficina, cerró la puerta de un solo tirón, pero un fuerte golpe, seguido de la maldición de Felipe, le dijo que se la había llegado en la cara.

¡Entonces no era bueno!

Cristina rodeó el escritorio y se paró detrás de él, agradecida por el sólido mueble que la separaría del loco. Felipe abrió la puerta y entró con una gran marca roja en la frente y un intento de asesinato en los ojos.

—No quise golpearte con la puerta, Felipe. Lo siento.

—Fuiste inteligente al correr.

Empezó a ir hacia ella, pero ella se resbaló por el lado. Hizo un movimiento a la izquierda y luego a la derecha, pero Cristina era una jugadora de baloncesto decente y no cayó en la trampa.

—Ríndete Cristina, no puedes escapar.

—Ya lo veremos.

Ella hizo un gran movimiento que lo dejó a él en la parte trasera del escritorio y a ella en el frente, más cerca de la puerta.

—¡Adiós!

Corrió de lleno al pasillo, sonriendo ante la perspectiva de escapar por las puertas giratorias. Su progreso se detuvo abruptamente cuando Felipe le envolvió el tronco con un brazo alrededor de la cintura. Entonces sus pies dejaron el suelo, y él la lanzó sobre su hombro, sacando el aire de sus pulmones completamente, abatiéndola.

—El día que un pequeño enano como tú me supere es el día en que estaré acabado.

Cristina colgó boca abajo, luchando por el aire, mirando el fino trasero de Felipe.

—Mis tacones me retrasaron, pero admítelo. Te he superado, amigo.

—Juegas sucio. ¿Primero un chico, luego ella? Se rió como un burro rebuznando. Nunca he oído nada tan desagradable.

—Algunos podrían decir que su risa es un rasgo único.

—O, algunos podrían llamarlo venganza por diez.

Sip. Le había pedido a la actriz que fuera demasiado odiosa y aparentemente había funcionado. Pero como no estaba en condiciones de regodearse en ese momento, mantuvo la boca cerrada y admiró su trasero. La llevó de vuelta a la oficina y pateó la puerta cerrada detrás de ellos. Su gran mano golpeó ligeramente su trasero antes de enderezarla, y luego la dejó caer de pie. El poco aliento que le quedaba se le escapó de los pulmones cuando Felipe usó todo su cuerpo para presionar su espalda contra la pared. Era muy sexy cuando se enojaba.

Felipe atrapó sus manos sobre su cabeza con una de las suyas, y presionó su cuerpo aún más cerca. Probablemente debería intentar empezar a respirar de nuevo.

—¿Ahora quién ha sido superada, Cristina? Di que lo sientes, y en serio, y puede que te deje ir con un simple beso.

La cruda lujuria de su mirada humedeció su ropa interior. Se olvidó de sus pulmones gritones.

—No. ¿Qué más tienes?

No pudo evitarlo, sus labios se inclinaron en una sonrisa que seguramente lo enojaría aún más. No había nadie más divertido con quien pelear que Felipe. Se inclinó y susurró: —Puede que tenga que besarte hasta que te rindas.

Su corazón saltó.

—Soy bastante terca.

—Lo sé—. Toda su ira pareció disminuir cuando su boca formó una sonrisa lenta y sexy antes de comenzar su asalto a lo largo del hueco en la base de su cuello.

Ella inclinó su barbilla y gimió mientras sus labios viajaban lentamente hasta el lóbulo de su oreja y le dio un suave mordisco y susurró: —¿Ya te has rendido?

Sacudió la cabeza.

—Ni siquiera cerca. ¿Quizás ayudaría si me sueltas las manos?

Ella quería tocarlo tanto que le dolía.

—No. Probablemente me golpees en la cabeza con algo.

Con su mano libre, desabrochó los dos botones superiores de su blusa, y su boca se aventuró hacia sus pechos. Se estremeció de alegría.

—¿Lo sientes ahora?

Preguntó con su cara enterrada en su pecho.

—Ni un poco.

Ella le dio un suave beso en la marca de su frente.

—Tal vez deberías besarme como lo hiciste el otro día. Eso fue bastante molesto.

Se rió.

—Te quiero, Cristina.

Su corazón palpitaba, enviando aún más calor abajo.

—Angie cree que siempre me preguntaré si resultaría algo más si no me acuesto contigo.

Su cabeza se levantó y luego le pellizcó el labio inferior.

—Me gusta Angie. Creo que tiene razón.

Cristina le chupó todo el labio inferior de su boca y lo pellizcó.

—Yo también. Pero sigo enfadada contigo. No te lo mereces.

En lugar de discutir, la besó como ella le pidió. Lento, dulce y profundo. La lujuria bailó invadiendo fuertemente dentro de su vientre otra vez.

La voz de Angie interrumpió su diversión.

—Buen trabajo, Felipe. Apuesto a que Cristina ha aprendido la lección bien y correctamente ahora. Pero, ¿les importa? Tengo trabajo que hacer.

Sus labios se curvaron contra los de Cristina mientras soltaba sus manos, abotonaba rápidamente su blusa, y tomaba un paso atrás.

—Tengo que volver al trabajo. ¿Puedo ir a cenar esta noche y mostrarte lo que encontré? Y entonces tal vez podríamos discutir la teoría de Angie un poco más.

—Claro. ¿Pero qué teoría? ¿El de que las morenas son mejores en la cama? ¿Decidiste acostarte con Jordan después de todo?

Sus ojos se entrecerraron.

—Estaré allí a las siete, sabelotodo.

Le dio una palmadita en el trasero.

—Llevare una pizza.

Sonrió mientras se quedaba esperando en la puerta. Cristina le dijo, cuando ya se iba, apreciando su gran espalda:

—Tienes que quitarte esa mirada segura de si mismo de tu cara, amigo. Todavía tenemos muchos términos que discutir. No es un hecho que vaya a dormir contigo.

Angie puso los ojos en blanco y se deslizó detrás de su escritorio.

—¿En serio, Cristina?

De acuerdo, era un hecho. Cristina se dirigió a su coche y sonrió durante todo el camino a casa. Después de su largo baño de burbujas, se puso su sujetador negro push up y también, se puso la nueva blusa sexy de corte bajo que acababa de comprar. Por una vez en su vida, quería ser la chica mala en vez de la buena. Tal vez se había castigado lo suficiente por sus actos de niña. Fueron las luchas de Felipe con sus propios problemas lo que le hizo ver su propio comportamiento más claramente. La culpa controlaba su vida como si dejara que el error de su infancia controlara la suya. Felipe fue el único que abrió la puerta del dormitorio de la chica mala y la dejó salir a jugar. Podría ser esa mujer que sólo quería un gran sexo, nada más. O al menos lo iba a intentar. Cuando llamó a Jorge después de su charla con Angie para explicarle que quería mantener las cosas platónicas entre ellos, él dijo que estaba totalmente de acuerdo. Necesitaba ver lo que había entre ella y Felipe. Jorge no quería estar con una mujer que se preguntara qué se

había perdido. Ese fue un tan lindo detalle de su parte, realmente es una excepción. La mayoría de los chicos le habrían dicho que diera un salto mortal. Pero no el sensato y confiable Jorge el Prius. Y todavía quería cenar, como amigos, porque la echaba de menos. Una situación perfecta. La felicidad por todas partes.

Cuando el timbre sonó a las siete en punto, su corazón casi se detuvo. Respiró hondo, canalizó a su mejor chica mala y se dijo una vez más que estaba bien tener una aventura.

Ella abrió la puerta y allí estaba él con una gran sonrisa, su maletín y una gran caja de pizza.

—Hola, Pizza Boy. Entra y buscaremos la manera de que te ganes una gran propina.

Tal vez debería bajar el tono un poco. No quería parecer tan fácil. Es mejor hacer que trabaje por ello. Al menos un poco. Felipe sonrió mientras se escabullía a su lado.

—Hice esto en la universidad para ganar dinero extra. Estás hablando con un hombre que sabe cómo maximizar sus propinas.

—¿En serio?

Cristina cerró la puerta tras él.

—¿Entregabas pizzas?

Cruzó a la cocina y puso la caja en la encimera.

—Si lo hice.

—¿Alguna vez intercambiaste actos traviesos por propinas?

Felipe la puso frente a él.

—Define travieso.

La besó, pero ella no se pudo concentrar, porque experimentó una repentina y abrumadora ola de curiosidad de escritor y necesitaba saber la verdad. Se inclinó hacia atrás y terminó su beso.

—En serio. ¿Lo hiciste?

—No. Lo mantuve profesional. Estrictamente billetes de dólar. Pero tengo algo que quiero mostrarte. Prométeme que no te enojarás conmigo por hacer esto sin preguntar primero.

Las campanas de advertencia se dispararon. Cristina dio un paso atrás, envolviendo sus brazos alrededor de su cintura.

—Vale... ¿qué?

Felipe la llevó a una silla en la cocina y le puso un refresco delante de ella, para luego decirle;

—Este es el informe de la noche del incendio.

Al pasar unas páginas, la bilis se elevó en la garganta de Cristina. La lenta rabia ardiente quemó el revestimiento de su estómago. Y pensar que ella pensó que se habían hecho amigos. Buenos amigos.

—¿Por qué me haces esto?

Cuando empezó a levantarse de la silla, los fuertes brazos de Felipe la sostuvieron en su lugar.

—Léelo, Cristina. Por favor...

—¡Maldita sea, Felipe, no! Déjame ir.

Esos músculos que una vez pensó que eran sexys ahora la tenían prisionera. No importa lo duro que ella luchara, su firme agarre nunca flaqueó. La ira, el miedo y la traición de Felipe conjuraron lágrimas que todos sus esfuerzos no pudieron evitar que corrieran por sus mejillas. Cuando un suave sollozo se escapó de su garganta, Felipe le dio un suave beso en la mejilla. Susurró:

—Nunca te haría daño, Cristina. Por favor... Señaló una frase resaltada en amarillo. —Aquí mismo.

La verdad de su voz se filtró dentro de su pecho y se envolvió alrededor de su corazón, dándole un cálido abrazo. No, Felipe no sería intencionalmente cruel. Fue el fuego y su error lo que no quiso enfrentar. Su visión nadaba mientras intentaba concentrarse. Parpadeó sus lágrimas y de repente la línea se aclaró. —El fuego se originó en el dormitorio principal en un cenicero junto a la cama.

No podía respirar. Fue como cuando Felipe la lanzó sobre su hombro, pero diez veces peor. Abrió la boca para aspirar aire y finalmente fue capaz de susurrar:

—¿No los maté?

—No. No fue tu culpa. Tus padres deben haber estado de fiesta como dijiste que lo hacían a menudo. Hiciste todo lo que pudiste para salvar a tu hermana, pero fueron tus padres los que la mataron. Tú no, Cristina. Encontraron rastros de drogas. Parece que tu tío pagó a alguien para asegurarse de que este informe quedara enterrado lo suficientemente profundo para que los medios no mancharan el nombre de tu familia.

—Gracias, Felipe.

Cristina cruzó los brazos en la mesa delante de ella y bajó la cabeza. Todos sus años de culpa y frustración se elevaron como una ola de marea a través de su cuerpo, rogando ser liberada. Lloró tanto que apenas pudo recuperar el aliento entre los sollozos. Felipe le puso una toalla de papel en la mano, la levantó, y luego se sentó en la silla y la puso en su regazo,

envolviéndola en sus grandes brazos. Metió su cabeza debajo de su barbilla mientras la planta de agua fluía.

Debieron ser quince minutos de llanto antes de que ella se sentara, dándose cuenta de que estaba absolutamente libre de culpa por primera vez en veintidós años. Se sentía fantástica y quería celebrarlo. Y después de eso, mataría a sus tíos por no haberle dicho nunca la verdad. ¿Cómo pudieron ser tan despiadados? Pero nunca les dijo cómo se sentía por haber perdido a su familia, y nunca le preguntaron. Mientras se sonaba la nariz con la toalla de papel, se le ocurrió algo. Inclino la cabeza y miró fijamente los bonitos ojos azules de Felipe.

—Si mi tío hizo enterrar el informe, ¿cómo lo conseguiste?

Ha pasado mucho tiempo.

—Mi padre. Cuando las cosas no tenían sentido, pidió algunos favores a algunos amigos poderosos.

Sus ojos se empañaron de nuevo. ¿Era la amiga a la que Felipe le había hecho el favor de pedirle ayuda a su padre? Si no tenía cuidado, iba a enamorarse de él tan fuerte que no habría vuelta atrás en esta tierra. No necesitaba tomar lo que planeaba compartir con él a valor nominal. Sólo sexo, nada más. No más Srta., y no más preocupaciones obsesivas sobre lo que pasaría después. Fue extrañamente liberador.

—Sé lo difícil que fue preguntarle a tu padre, así que lo dejo para otro día. Estás teniendo suerte por tu buena acción. Vámonos.

Saltó de su regazo y le tiró de la mano. Felipe sonrió, pero no se movió.

—No es por eso que lo hice, Cristina. Así no quiero que te acuestes conmigo.

Él deslizó su mano hacia la de ella, luego se paró y la envolvió en sus brazos.

—Tienes mucho que procesar. Será mejor que me vaya.

Le dio un suave beso en la frente. Dios, era dulce.

—No, no lo entiendes, Felipe. He decidido intentarlo a tu manera. Quiero expandir mis horizontes e intentar una aventura de una noche. Y lo quiero hacer contigo.

Su sonrisa floreció lentamente.

—¿Quieres acostarte conmigo?

—Sí. Tengo grandes planes para ese cuerpo tuyo. Vámonos.

Se paró en su lugar mientras el ceño fruncido cancelaba su sonrisa sexy anterior.

—Espera. ¿Y si...?

Ella le cortó sus palabras con un beso. Ella estaba totalmente preparada para tener sexo descerebrado, caliente, sin ataduras probablemente.

CAPÍTULO CATORCE

“Pelayo amaba la velocidad. Bajando en su patineta desde la cima de una colina que nunca había probado antes, saltó y luego fue más rápido de lo que nunca había corrido. Fue divertido probar algo nuevo.

Pelayo consigue una nueva patineta.”

Cristina arrastró a Felipe a su dormitorio y cerró la puerta. Luego lo apoyó contra ella y lo besó mientras le quitaba el abrigo del traje de los hombros. Rápidamente desató su corbata y la lanzó sobre su hombro. Sus manos vagaban por su cuerpo, calentando todo lo que tocaba mientras intentaba hacerse cargo, pero ella le agarró las muñecas y las sostuvo con fuerza.

—No. Es mi fiesta de la victoria y tendrás que sonreír y soportarlo. Voy a hacer todas las cosas que he querido hacerte desde que vi las fotos de esos grandes músculos tuyos en Facebook. Tenías razón, vuelven locas a las mujeres.

—Y aun así me hiciste deshacerme de ellas.

Se rió y luego le dio un beso fuerte.

—Estaba haciendo mi trabajo.

Mientras desabrochaba su camisa blanca y almidonada, daba besos a la piel recién expuesta, sus bajos gemidos la incitaban. Tenía un cuerpo fantástico. Esas fotos no le habían hecho justicia. Sus labios no podían dejar de persistir y explorar todos los picos y valles de su hermoso pecho.

Forzándose a sí misma a mantenerse en el camino y llegar a lo bueno, desabrochó el cinturón de Felipe y lo tiró a un lado. Luego le bajó la cremallera.

—Y tal vez no me gustaba la idea de que esas mujeres te enviaran fotos de desnudos.

—No me importaría que me enviaras algunas, pero sigue así y esta fiesta terminará en unos tres segundos. Ha pasado un tiempo.

Se inclinó y la besó.

—Haremos esto a mi manera. La primera vez. Después de eso, puedes hacerme cualquier cosa que tu corazón desee.

Antes de que ella pudiera protestar, la levantó y la llevó a la cama. Felipe desnudó a ambos, con ella debajo de él, en menos de treinta segundos.

—Voy a empezar con los dedos de los pies y trabajaré hasta llegar arriba.

El pánico se apoderó de ella al pensar en la boca de Felipe en sus piernas. Una cosa era desnudarse con él, pero otra muy distinta era que se centrara en su piel dañada. ¿Por qué no podía

ser como los otros tipos con los que se acostaba que ignoraban sus piernas?

—Yo no seré capaz de sentir mucho. ¿Por qué no empiezas por arriba?

—No.

La besó profundamente antes de susurrar: —Relájate y disfruta.

¿Relajarse? Eso era lo último que podía hacer. Cuando él se deslizó hasta el fondo de la cama, ella apretó los ojos. Ella no quería ver la mirada en su cara cuando él tuviera la visión cercana y personal de su piel. ¿Por qué no había pensado en apagar las luces? Probablemente porque ella quería verlo tanto como él aparentemente quería verla a ella. Cambiaría de opinión sobre eso muy pronto. Cuando vio sus piernas antes, dijo que no le repugnaban, pero ¿y si sólo estaba siendo amable? Tal vez dormir con Felipe había sido un gran error. Mientras él levantaba su pie a la boca, ella metió sus manos en las sábanas y rezó para que terminara rápidamente y así poder llegar a la parte buena. Unos extraños lengüetazos de emoción corriendo por su espina dorsal forzaron sus ojos a abrirse por sorpresa. Felipe le envió una sonrisa de complicidad y luego volvió al trabajo. Nadie le había besado los dedos de los pies antes, no tenía ni idea. Cerrando los ojos de nuevo, respiró profundamente, soltó su agarre mortal de las sábanas, y trató de concentrarse en las leves y sensuales chispas que venían y se iban. ¿Quién sabía que besar los pies podía ser tan sexy? Luego sus manos y boca se movieron más alto, hasta sus pantorrillas, acariciándolas lentamente con sus largos dedos y suaves labios. Cuando su lengua encontró la parte de atrás de su rodilla, un golpe de calor la atravesó tan fuerte y rápido que se sacudió sorprendida. Si Felipe podía hacerle esto con sólo tocar sus piernas, que estaban casi entumecidas, ¿cómo iba a ser cuando llegara a la cima de ellas? No podía esperar a averiguarlo. Pero el cálido zumbido disminuyó un poco mientras sus preocupaciones volvían a aparecer sobre lo que él debía estar pensando sobre su piel estropeada. Abrió los ojos y parpadeó sorprendida por la lujuria en la mirada de Felipe mientras le besaba suavemente la rodilla. Parecía estar disfrutando esto tanto como ella. Tal vez sus piernas no eran tan horribles de mirar como siempre había pensado. Cerró los ojos de nuevo, decidida a disfrutar del paseo. Finalmente se movió lo suficientemente arriba como para que ella sintiera su aliento caliente abrigar sus muslos interiores. Sólo un poco más arriba y sería capaz de centrarse en las partes no dañadas de ella y todo estaría bien. Tal vez entonces podría respirar profundamente de nuevo. Con cada pulgada que avanzaba, ella podía sentir más y más sus suaves caricias. Una cálida ola de placer construida en lo profundo, se extendía suavemente por todo su cuerpo. Felipe se movía tan lento que la volvía loca, pero si se detenía lo mataba. Y luego, como si leyera su mente, se detuvo. —Mírame, Cristina.

¿En serio? ¿Ahora?

Abrió solo un ojo. —¿Qué?

—Ambos ojos. Quiero decirte algo.

Respiró hondo y abrió el otro ojo. ¿Por qué accedió a hacerle caso a él?

—Me estás matando, Felipe.

Deslizó su cuerpo y levantó su cara entre sus ásperas palmas. Luego le besó los labios tan suavemente que no fue justo. Su molestia con él desapareció instantáneamente. Después de hacer que su mente se pusiera sentimental, se inclinó hacia atrás y sonrió con esa sonrisa sexy de “ya sabes lo que quieres” Y lo deseo. Más de lo que nunca antes había querido a nadie más. O probablemente lo volvería a desear, por lo que necesitaba apresurarse con lo que quisiera decir y volver a ello.

—Eres una mujer increíblemente hermosa, Cristina.

—Esto es una aventura de una noche, ¿recuerdas? No tienes que decir esas cosas. Sé que no soy...

—Detente.

Gruñó antes de bajar la cabeza y luego usó esos labios capaces de causarle cosas que nadie había causado en ella, besándole su cuello, luego sus hombros, y luego de nuevo a su boca. Ella lo miró a los ojos, tan llena de emoción que sería una tonta si dijera que hablaban otra cosa que no fuera la verdad, y su corazón se elevó. Felipe fue el único hombre que la hizo sentir bonita a pesar de sus feas piernas. Un suspiro se escapó cuando algo se movió incómodamente en su pecho. Él realmente y de verdad pensaba que era hermosa. Si nunca más se acostaran juntos estaría bien, porque sólo que él lo dijera, en serio, sería algo que ella siempre atesoraría. Cuando las lágrimas felices amenazaron con escapar, pensó que tal vez sería mejor aligerar un poco las cosas. Esto era una aventura de una noche. Nada más. Y no había que llorar durante el sexo. ¿O era durante el fútbol?, No importaba.

Luego la besó tan profundamente que su mente no pudo concentrarse en nada más. Podría besar felizmente a Felipe durante horas. Cuando sus labios llenos dejaron los de ella, ella respiró profundamente y soltó toda la tensión que había aguantado, mientras su boca dejaba lentamente rastros de placer en el cuerpo de ella otra vez. Justo cuando ella pensaba que no podría soportar otro segundo de su gloriosa tortura, se dirigió aún más al sur. Para un hombre con prisa, se aseguraba de que ella estuviera loca de necesidad antes de recibir su merecido. Eran muchos y grandes puntos que la volvían loca ahí. Le dio besos lentos en el estómago y luego en la parte interna de los muslos, y finalmente dio en el blanco. Su espalda arqueada en una invitación silenciosa. Felipe obviamente entendió la indirecta, porque sonrió y dijo:

—Mi turno.

La envolvió fuertemente en sus brazos y le susurró:

—Eres perfecta Cristina—, y su corazón fue para siempre suyo.

Pero fue la forma en que miró tan profundamente a los ojos de ella mientras se movía dentro de ella y le hacía el amor lo que envió una necesidad abrumadora de besarlo, de compartir con él el éxtasis que la embargaba. Le pasó la mano por su grueso cabello y le bajó la cabeza a la suya otra vez. La poderosa necesidad en su beso aceleró su viaje al borde del acantilado del que tanto necesitaba saltar. Incapaz de aguantar un segundo más, suplicó:

—Ahora, Felipe. Por favor...

Y ambos se lanzaron juntos por el acantilado.

Cuando su ritmo cardíaco se estabilizó un poco, Cristina pasó las uñas por la espalda húmeda de Felipe. Pesaba una tonelada, pero de una manera agradable. Le dio un suave beso en la mejilla.

—No puedo imaginarme cómo Beatriz aguantó eso durante dos años enteros.

Se rió y le pellizcó el hombro.

—No fue así con ella, Cristina. O con cualquier otra persona.

—¿Significa eso que fue realmente bueno para ti también? Porque....

—Fue fantástico. ¿Y qué hay de esa pizza?

Típico hombre, preocupado por su estómago en un momento como éste. —Iré a calentarla.

Ella le pinchó las costillas.

—Muévete.

Después de que él cambiara sus posiciones para que ella estuviera encima, ella empezó a alejarse de él, pero él la detuvo y la acercó. La miró fijamente a los ojos otra vez antes de besarla. Fue lento, dulce, sensual, y de alguna manera diferente a cualquiera de las otras veces que la había besado antes.

—Gracias, Cristina.

No estaba segura de si le agradecía por el sexo o por ir a traer la pizza. Desconocida de la etiqueta de después de una noche, simplemente respondió:

—De nada.

Y luego encontró rápidamente su bata y se fue a la cocina. Puso tres rebanadas de pizza en el horno tostador y luego tomó dos botellas de cerveza de la nevera. Mientras esperaba que se calentara la pizza, se apoyó en el mostrador y cerró los ojos. Nunca había sentido eso antes. Era como si pudiera sentir su placer como si fuera el suyo propio. ¿Y la forma en que la besó? El calor aún persistía en sus labios. ¿Había ido y arruinado todo al enamorarse de un hombre que no era capaz de amarla? Cuando el horno tostador sonó, pensó que Felipe la acompañaría a la cocina en su prisa por salir y mantener su política de nunca pasar la noche. Pero como no lo había hecho, ella cargó todo en una bandeja y se dirigió a su dormitorio. Felipe, estaba todavía desnudo excepto por la sábana que se arrojó descuidadamente sobre su cintura, estaba en su lado de la cama, rebuscando en el cajón de su mesita de noche. Dándose por pagada, por lo que habían vivido esta noche, sin duda. Verlo hizo que todo su cuerpo se calentara de nuevo al recordar lo que acababan de compartir.

—¿Buscando algo en particular?

—No, sólo estoy fisgoneando—. Sostuvo un libro de bolsillo.

—¿Algo bueno?

Puso la bandeja en su mesita de noche, emocionada de que él siguiera allí y que las cosas no fueran incómodas.

—Fantástico—,

Ella le pasa la bandeja para que la sostenga y le dice;

Muévete. Estás en mi lado de la cama.

—Este es mi lado también. No puedo dormir del otro lado.

Se sentó en el borde de la cama y le dio un trozo de pizza.

—Pensé que ya estarías vestido y listo para salir por la puerta.

Sacudió la cabeza antes de dar un gran mordisco.

—No. Aún no he terminado contigo. Pensé que comeríamos y luego te dejaría que te salieras con la tuya. Y por la mañana, te haré el desayuno. Hago unos huevos increíbles.

El corazón de Cristina dio un giro hacia atrás. Si hubiera usado bragas, se habrían derretido enseguida. ¿Y hasta iba a cocinar?

—Vale. Pero vamos a tener que hablar de quién dormirá en este lado de la cama.

Felipe alcanzó su cerveza y se tomó un largo trago.

—Compartiremos.

—Ya veremos.

Ella dio otro mordisco y sonrió por lo bonita que era su cara, excepto por su pequeño defecto.

—¿Cómo te rompiste la nariz?

Su pizza se detuvo a mitad de camino de sus labios.

—Es vergonzoso.

Terminó su pizza, tomó un trago de su cerveza y luego se sentó muy relajada con él.

—Tal vez tenga que besarte para que te relajés y me cuentes.

Tiró lo que quedaba de su segunda rebanada a la bandeja.

—Soy bastante terco.

—Lo sé—. Cristina se quitó la bata y le dio besos en su duro pecho.

—Pero soy implacable.

Felipe cerró los ojos y gimió.

—Gracias a Dios.

Después de unos minutos de besos y torturas ella dijo:

—Cuenta.

—Maldita sea, Cristina—, gruñó.

—Bien. Bien. ¿Sabes qué? Estoy aburrida.

Ella empezó a alejarse de él, pero sus grandes manos la detuvieron y luego la volteó sobre su espalda.

—¿Aburrida? Vas a pagar por eso.

Apenas podía esperar para cualquier castigo que él tuviera en mente. Justo cuando estaba a punto de mostrárselo, ella le puso una mano en el pecho.

—No, no a menos que lo cuentes.

Una vena se hinchó en su frente mientras entrecerraba los ojos.

—Sara me lanzó una pelota que tuvo un mal rebote.

—¿Tu hermana te rompió la nariz con una pelota?

Se rió tanto que le dolían las costillas.

—Me encanta eso.

Felipe ignoró su risa, más preocupado por sus asuntos pendientes. Besó la piel sensible frente a su oído, enviando un delicioso escalofrío por su espina dorsal, y susurró,

—Fue un mal rebote. Concéntrate, Cristina.

Cerró los ojos con una sonrisa que perduraba en sus labios.



Felipe pasó su mano por su pelo todavía húmedo mientras observaba el tocino burbujeando en la sartén de la cocina. ¿Qué había estado pensando? Acababa de romper todas sus malditas reglas. Había planeado mostrarle el informe del incendio, comer algo de pizza y luego seguir su camino. Tenía una importante propuesta que terminar. Pero en lugar de eso había pasado la noche con ella. Y qué noche. Pero, ¿y si ella se enteraba de lo que había estado haciendo? Le dolería aún más. Es lo último que quería que sucediera. Pero Cristina también quería estar con él. El deseo en sus ojos la hizo imposible de resistir. Y luego se quedó e hizo la única cosa que juró que nunca haría. Enamorarse. Pero si tenía que ser completamente honesto, su plan se había desmoronado poco después de haberla conocido. Cristina era como nadie más. Y pensar que le preocupaba que fuera Cristina quien se encariñara demasiado si se acostaban juntos. Parece que la broma fue para él. Su plan de destruir el informe que originalmente planeó darle a su hermana y nunca decirle a Cristina que no iba a funcionar le generaba una culpa, y extrañamente, la voz de su abuela en su cabeza, le dijo que esa culpa le carcomería por dentro hasta que confesara. Necesitaba confesar. ¿Entendería si le dijera lo de su abuela? Y explicarle que no había robado archivos o listas de ordenadores, que no había hecho nada ilegal. Que había dejado de espiar y de fisgonear justo cuando se dio cuenta de que sentía algo por ella. Y que no le había dado ni le daría a Sara la información que había aprendido. Entonces encontraría otra manera de mantener su promesa a su abuela y salvar su legado de casamenteros. Sacudiéndose los pensamientos negativos, sacó el tocino y lo puso en una toalla de papel para escurrirlo. Luego rompió los huevos en la grasa del tocino como siempre lo hizo su madre.

Pero su mente seguía volviendo a Cristina. ¿Era él lo mejor para ella? Nadie en su familia había permanecido casado. Demonios, su madre no se había vuelto a casar en los últimos veinte años. No estaba en sus genes, aparentemente. Cristina le había dicho que los padres de Jorge habían estado juntos durante casi cuarenta años. Ese es el tipo de antecedentes que un tipo debe tener para ser lo suficientemente bueno para Cristina. Jorge sabría instintivamente lo que tenía que hacer para que una familia y un matrimonio funcionaran. Felipe no tenía ni idea. ¿Qué había hecho?

—Algo huele fantástico.

Cristina deslizó sus brazos alrededor de su cintura y le besó la espalda desnuda.

—No es que no me guste la vista, pero cocinar tocino sin camisa puede ser doloroso si no tienes cuidado.

Cuando se giró y la besó, sus dudas desaparecieron. Nadie más que él merecía besar a Cristina todas las mañanas de esta manera. Jorge podría encontrar su propia mujer.

Él rompió a regañadientes su beso.

—No pude encontrar mi camisa. Pero llegaste en el momento oportuno, todo está casi listo.

Convencido de que podría llevar a cabo su nuevo plan, le sirvió el desayuno. Mientras tanto, Cristina sirvió el café y cogió el pan de la tostadora. Fue agradable, trabajar juntos. No era para nada incómodo estar con ella después de haber hecho el amor la mayor parte de la noche. Después de que se sentaron, Cristina le dio una servilleta y sonrió.

—¿Eres bueno en la cama y también en la cocina? La mejor aventura de una noche de la historia.

Él mantuvo su mirada.

—Eso no fue un rollo de una noche, Cristina. Estaré ocupado con un cliente que viene en avión el fin de semana, ¿cenarás conmigo esta noche?

—Seguro.

Sus ojos se iluminaron mientras mordisqueaba un trozo de tocino.

—¿Tal vez deberíamos quedarnos y terminar esa pizza?

—Suena como un plan.

Encontraría una manera de decirle la verdad para que ella lo entendiera. Problema resuelto.

CAPÍTULO QUINCE

“Pelayo necesitaba un plan a prueba de tontos para convencer a Julieta de ir al baile con él.

Pelayo está enamorado.”

Felipe se reclinó en su silla de cuero en el trabajo, apoyó sus mocasines en su escritorio, e hizo rebotar una pelota de baloncesto de espuma de polietileno en el techo. Necesitaba un plan. Tal vez el lunes, después de firmar el trato con su nuevo cliente, podría celebrar con Cristina. La llevaría a ese gran lugar italiano donde conoció a la loca dama de los cristales. Cristina dijo que la lasaña era su favorita. En el postre, le diría que la amaba, y luego... ¿qué? ¿Facilitarlo explicando lo de su abuela? ¿Cómo la abuela tenía lágrimas en los ojos cuando le rogó que salvara el negocio de Sara? Por el bien de Amparo. ¿Explicar que no quería hacerle daño, y luego reforzar cómo anoche fue la mejor noche de su vida? No, eso no funcionaría. La haría parecer menos importante que su familia. Probablemente le diría que era un idiota y le tiraría su tiramisú en la cabeza. Cristina de seguro lo haría. Se rió mientras atrapaba la bola esponjosa rebotando hacia su cara.

No, debería decirle que la amaba desde el principio, pero que había cometido un error como el de Pelayo y prometer que nada de eso volvería a pasar. Entonces le diría lo que había hecho. Lo cual no era nada porque no le había dado el informe a su hermana, pero Cristina no lo vería de esa manera una vez que descubriera que Sara también era una casamentera. Entonces se arrastraría si fuera necesario. Sí. Eso podría funcionar. Y para cumplir su promesa a la abuela, se sinceraría con Sara y la convencería de que necesitaba aceptar su ayuda para llevar su negocio al siglo XXI. Sara tenía excelentes instintos para emparejar a la gente, como su abuela. Sara sólo necesitaba expandir su negocio y sus habilidades para establecer contactos. Hecho y hecho. Moviendo los pies hacia el suelo, movió su mouse y buscó el restaurante para hacer una reserva para el lunes por la noche. Cuanto antes saque la verdad, mejor. Un fuerte pitido interrumpió su planificación de citas.

—¿Sr. Monserrat? El asistente del Sr. Ballester está en la línea.

Se pregunta a qué hora es la reserva para la cena de mañana por la noche.

—Siete. ¿Y podrías llamar a Beatriz y preguntarle si puede unirse a nosotros? Nuestro nuevo cliente también está buscando asesoramiento legal.

—Lo haré.

Si Beatriz no fuera la mejor en su campo, habría buscado a otra persona. Pero quería cerrar el trato. Era un gran contrato. Traería un montón de trabajo nuevo si pudiera manejar la compra que Ballester tenía en mente. Sería un desafío difícil, pero estaba preparado para ello. El fracaso no era una opción. Podría ser el fin de semana más importante de su carrera. Después de hacer la reserva para la cena del lunes con Cristina, cerró la página del restaurante y volvió al trabajo. Si pudiera dar los últimos toques a la propuesta antes del almuerzo, iría a comer con Cristina al café.

Sólo pensar en compartir una comida con Cristina le hacía sonreír. Felipe se dio cuenta, que ella realmente lo tenía mal, lo tenía enloquecido.



Cristina no había dejado de sonreír desde que Felipe se fue. Y no podía esperar para difundir sus felices noticias. Abriendo a golpes las puertas de la cocina del café, encontró su objetivo. Angie estaba de pie en un mostrador de acero con las manos enterradas en la masa de pan. Agitando los papeles que Felipe trajo la noche anterior frente a la cara de Angie, ella dijo:

—Finalmente estoy libre de culpa.

—¿De qué estás hablando? — Angie espolvoreó harina en la mesa.

—Mi familia. El fuego. No fui yo. ¿Ves?

Cristina sostuvo el papel firme y puntiagudo.

Angie golpeó su harinosa masa sobre su mesa mientras se inclinaba para leer la frase resaltada. Inclinando su cabeza mientras la tomaba, Angie de repente lanzó sus manos desordenadas alrededor de Cristina y la abrazó fuertemente.

—Oh, Cristina. Es la mejor noticia de la historia. Debes estar muy aliviada.

Angie se aferró y la acunó de un lado a otro mientras aspiraba sus lágrimas. Ella entendió el enorme impacto que tenía la única frase. Era la mejor amiga que una chica podía tener.

Cristina asintió contra el hombro de Angie.

—Es como si hubiera perdido los diez kilos de arrepentimiento que me he hecho arrastrar todos estos años.

Angie se inclinó hacia atrás y sonrió.

—Y me fijé en un elegante coche deportivo aparcado frente a la casa esta mañana cuando me fui. Pensé que nunca pasaba la noche. ¿Qué has hecho? ¿Esposarlo a la cama?

—No, pero las esposas pueden ser divertidas.

Cristina se rió mientras se quitaba la harina y los trozos de masa de su blusa.

—Anoche decidí que se quedaba. Incluso hizo el desayuno esta mañana. Vamos a cenar esta noche.

—Vaya. Tal vez seas tú quien cambie sus costumbres. Entonces... ¿cómo fue? La parte de dormir juntos.

—Fue increíble. Diferente que con cualquier otra persona. Fuera de las listas de éxitos, bien.

Y también abraza.

Cristina puso una mano sobre su corazón hinchado.

—Creo que estoy enamorada de él, Angie.

Angie volvió a abrazar a Cristina y le susurró:

—Me alegro mucho por ti. ¿Por qué no te sientas y yo cortaré el pastel de Muerte por sobredosis de chocolate que acabo de hacer? Entonces puedes ponerme al día de todos los detalles.

—Beatriz estará aquí en unos minutos para su cita. Pero no me necesita más que para hacer las presentaciones. Iré a buscar algunas mesas.

Aun sonriendo y sin estar segura de que sus pies estuvieran tocando el suelo, estaba tan feliz que encontró una mesa para Beatriz y su cita, y luego una cerca para ella y Angie.

Justo cuando se había instalado, su teléfono recibió un mensaje de texto. La cita de Beatriz iba a tener que cancelarse. Hubiera sido bueno que avisara antes y no a los cinco minutos de que apareciera. Rápidamente le envió un texto a Beatriz, dudando que la alcanzara antes de salir de su oficina. Cuando las puertas delanteras se abrieron, miró hacia arriba, esperando ver a Beatriz. Pero la hermana de Felipe, Sara, entró en su lugar. Cristina la vio escudriñar la cafetería hasta que sus ojos se encontraron con los de ella. Sara sonrió la misma gran sonrisa de Felipe. Agitando las manos, dijo:

—Hola, Sara. ¿Quieres unirte a mí?

—Gracias.

Sara colgó su bolso en el respaldo de la silla y se sentó.

—Felipe mencionó que a menudo escribes aquí, así que esperaba encontrarte. Quería pedirte un favor.

—Claro. ¿Qué?

—El sábado es el cumpleaños de Amparo. Felipe, el cabeza de chorlito, le dijo que pagaría por cualquier fiesta que ella quisiera. Ahora tiene un cliente del tipo que puede llevar su negocio a la siguiente estratósfera en la ciudad y en el último minuto me dice que no podrá ver el tema del lugar. Así que, por supuesto, a estas alturas es muy difícil obtener el lugar que a mí me hubiera gustado.

—Apuesto a que Amparo está decepcionada.

—Si lo está. Mi hermano puede ser tan...—Sara respiró hondo.

—De todos modos, Amparo preguntó si podía invitarte, y luego presentarte a sus amigos. Todos quieren conocer a la señora que escribe los libros de Pelayo. Pero no quiero que te sientas

obligada. Puedo decirle que tienes otros planes si prefieres no venir.

—Me encantaría ir. Y llevaré libros para que los firmen las amigas de Amparo.

Si las cosas funcionaran con Felipe, Amparo podría ser su sobrina algún día también. El pensamiento calentó su ya ridículamente dichoso corazón. Pero entonces un poco de decepción con Felipe entró en escena.

—Uno pensaría que Felipe podría escabullirse por una hora o algo así. Es sábado, después de todo.

Tal vez le mencione la idea más tarde durante la cena. Significaría mucho para Amparo.

Sara sacudió la cabeza.

—Felipe trabaja demasiado. Ha sido agradable verlo relajarse un poco y divertirse contigo estas últimas semanas, Cristina.

Justo cuando abrió la boca para responder, una Beatriz claramente enojada se acercó a su mesa.

—Recibí tu mensaje en el estacionamiento, Cristina. Tacha a ese tipo de la lista. No tengo tiempo para gente desconsiderada.

Luego se volvió hacia Sara.

—Hola. ¿Cómo has estado?

—Bien—. Sara sonrió.

—No me di cuenta de que conocías a Cristina.

Beatriz asintió con la cabeza mientras sacaba una silla y se tiraba sobre ella. Probablemente sus tacones de rascacielos le dolían.

—Ella nos está arreglando citas a Felipe y a mí. Me sorprendió un poco que Felipe eligiera a Cristina como casamentera en vez de a ti.

La cabeza de Sara se giró en dirección a Cristina.

—¿Casamentera? Pero tú escribes libros de Pelayo.

—Hago las dos cosas.

Confundida, Cristina preguntó:

—¿Tú también eres casamentera?

Entonces se dio cuenta.

—¿Eres Sara Wendell? Como en los anuncios de radio que dicen:

—Fui con Sara y encontré a mi alma gemela, ¿Eres esa Sara?

La frente de Sara se arrugó mientras asentía.

—¿Pero por qué Felipe te usaría a ti en vez de a mí?

Beatriz dijo:

—Tal vez esté espiando al mayor competidor de su hermana... Está en el negocio de mejorar los negocios, después de todo.

Sara sacudió la cabeza.

—No, no lo haría...

Se cortó y sus ojos se abrieron como si hubiera pensado en una razón.

—Estoy seguro de que hay una buena explicación para esto, Cristina.

Los labios de Beatriz se inclinaron en una sonrisa engreída.

—Bueno, eso podría explicar por qué Felipe dejó de dormir conmigo. Estaba demasiado ocupado fingiendo estar interesado en la competidora de su hermana. Apuesto a que ahora llamará a mi puerta esta noche, en lugar de esperar a nuestra cita de mañana por la noche.

Beatriz le envió a Cristina un enganche de cejas para que se las quitara.

—¿Cita mañana por la noche?

Eso no puede ser...

—Felipe dijo que tenía un cliente en la ciudad.

El corazón delirante de Cristina se rompió en un millón de pedazos.

Era una perdedora.

—Llamó esta mañana.

Beatriz sacó su teléfono y revisó la lista de llamadas. Ella le dio la vuelta.

—¿Ves?

Una llamada de Monserrat y Asociados. Esta es la prueba. Unas horas antes, Felipe había dicho que lo que habían compartido no era un rollo de una noche. Ella fue una idiota al pensar que él había cambiado. Que quería tener una verdadera relación. Sólo la había estado usando. Para

ayudar a su hermana. Beatriz puso los ojos en blanco.

—¿Qué? ¿Realmente pensaste que eras la única que podía cambiar a un tipo como Felipe?

Nunca va a ser del tipo que se establece y tiene una familia, Cristina.

Beatriz se puso de pie y se pasó las manos por los costados.

—Si este cuerpo no pudo hacerlo, un pequeño duendecillo como tú no soporta una oportunidad, cariño.

Con una risita malvada, Beatriz giró y se fue. Cuando Cristina reconoció la mirada de Sara, la lástima se reflejó en ella. Sí. Lástima por la perdedora con las piernas cicatrizadas que fue tan tonta como para creer que alguien tan perfecto como Felipe podría querer tener una relación seria con ella. Beatriz tenía razón. Las cálidas lágrimas se derramaron por sus mejillas. Apretó los dientes para que su barbilla no temblara. Se estaba avergonzando aún más frente a la hermana de Felipe. Se levantó para irse. Sara extendió la mano y agarró a Cristina.

—No sabía nada de esto, lo juro, Cristina.

La boca de Sara siguió moviéndose, pero Cristina no podía oír las palabras con toda la sangre golpeando tan fuerte en sus oídos. No había suficiente aire para respirar.

Tenía que irse. Al liberar su mano del agarre de Sara, Cristina se dirigió a la puerta. Angie llamó por detrás, pero Cristina no se detuvo. No podría, se desmoronaría completamente. Maldijo a Felipe Monserrat por haberla hecho hacer el ridículo.



Felipe cruzó el estacionamiento y se dirigió al café. El BMW de Beatriz pasó junto a él, y casi le arranca los dedos de los pies. Debe ir tarde para algo. No había sabido por su asistente si Beatriz lo acompañaría a la cena de Ballester. Tendría que preguntar cuando volviera. Al abrir la puerta del café, vio que Cristina se dirigía hacia él. Detrás de ella, Angie y Sara llamaron a Cristina para que esperara, pero no se detuvo. ¿Qué diablos pasó? Cuando Cristina levantó la vista, se congeló. Sus mejillas estaban tan pálidas como el día en el hospital cuando casi se desmaya. Las lágrimas fluían por su cara. Cuando sus ojos se encontraron, los ojos de Cristina se volvieron fríos como una piedra. Su corazón se hundió. Beatriz estuvo aquí y también Sara. Cristina sabía lo del espionaje. La ira en los ojos de Sara lo confirmó. Llamó,

—Cristina, yo...

Levantó una mano para cortarlo mientras se deslizaba a su lado y salía por la puerta principal. Cristina acababa de abrir las cerraduras de su coche cuando la alcanzó. Le pasó una mano por el brazo para retrasarla.

—Por favor, detente, Cristina. Puedo explicarlo.

Ella sacó su codo de su alcance.

—No me toques—. Dio un paso atrás.

—Lo siento. Yo sólo...

—¿Cómo pudiste mentirme así?

Su barbilla temblaba mientras se secaba las lágrimas con ambas manos.

—¡Y luego duermes conmigo encima!

Sara y Angie la alcanzaron y se quedaron cerca, como si estuvieran listas para saltar en ayuda de Cristina.

—Técnicamente, nunca te he mentido, Cristina.

Cuando ella cerró los ojos y sacudió la cabeza, él inmediatamente deseó poder retractarse de sus palabras. Su mente se esforzó por encontrar las palabras correctas.

—Lo que debí haber dicho, era....

—No te molestes, Felipe. Me engañé pensando que habías cambiado. Que eras la persona adecuada para mí. Listo para intentar una relación real. En cambio, todo había sido una mentira. No eres diferente a tu padre. Un mentiroso y un tramposo.

Sus palabras lo golpearon como una fuerte bofetada en la cara.

—No, Cristina....

—Dime la verdad, Felipe. ¿Has estado espiando mi negocio? — Sus ojos se entrecerraron con ira otra vez.

Asintió lentamente. —Sí, pero era para mí...

Ella le cortó el paso.

—¿Y tienes una cita para cenar con Beatriz mañana por la noche?

—Sí, pero es una cena de negocios, Cristina.

Ella se estaba alejando de él, maldita sea. No podía perderla.

—Mi cliente necesitaba un abogado como Beatriz. Lo juro. Nada más.

Parpadeó por un segundo, como si estuviera procesando, y luego siguió adelante.

—A pesar de todo. Que sigas haciendo negocios con Beatriz después de que rompiste, cuando ella está claramente enamorada de ti, es sólo una tontería de tu parte. Y que puedas arruinar la fiesta de Amparo cuando te adora, es egoísta y desconsiderado. Necesito un hombre

que ponga a su familia primero. ¡No un tipo que se niega a comprometer su corazón para protegerlo de ser lastimado!

Golpe directo. Pero ella fue la primera en hacer que él quisiera arriesgarse a ser herido.

Extendió las manos y suplicó:

—Lo siento, Cristina. Nunca quise hacerte daño. Haré lo que sea para arreglar las cosas. Para probar que te amo.

—¿Me quieres?

La presa se rompió y las lágrimas de Cristina corrieron por su cara otra vez. Hizo un sonido de asfixia antes de darse la vuelta y abrir la puerta de su coche. Después de que se deslizó dentro, dijo en voz baja,

—Palabras, Felipe. Eres bueno usándolas, pero no tienes idea de lo que realmente significan. Hemos terminado.

Mientras Cristina se alejaba, su garganta se estrechó. Acababa de perder a la única mujer que había amado. Se había olvidado de que Sara y Angie seguían allí hasta que su hermana le dijo;

—¿Por qué la espíaste, por sus negocios, Felipe?

Conoció la mirada glacial de Sara.

—La abuela me pidió que te ayudara a salvar tu negocio de casamenteros.

—Tenía miedo de eso.

Sara cruzó los brazos y respiró hondo.

—Si hubieras tenido la consideración de hablar conmigo, en vez de hacer esto a espaldas de todos, te habrías dado cuenta de que vendí mi lista de clientes a Dating.com el día que te pedí que llevaras a Amparo a la librería. No hay ningún negocio que salvar, Felipe.

—¿Qué?

El aire salió de sus pulmones.

—¿Cómo pudiste hacer eso? Te encanta ser una casamentera.

—Necesito apoyar a Amparo por mi cuenta ahora. Gané suficiente dinero con la venta para poder terminar mi carrera. No puedo darme el lujo de hacer lo que me gusta para ganarme la vida, como tú evidentemente lo haces. Pero entonces, nunca dejaría que mi trabajo se volviera más importante que mi familia, así que tal vez sea mejor así. Diviértete con tu cliente este fin de semana. Amparo lo superará con el tiempo.

Angie le frunció el ceño cuando se dio la vuelta y siguió a su hermana hasta el café,

dejándole de pie en medio del aparcamiento. Solo. Sacando las llaves, se dirigió lentamente a su coche y se subió. Los había decepcionado a todos. Cristina, su abuela, Sara, e incluso Amparo. Un completo fracaso. Puso su frente en el volante y cerró los ojos.

Tal vez era mejor que estuviera soltero y evitara las relaciones como antes. Cristina tenía razón. Sólo hería a todos los que le importaban en su vida, como lo había hecho su padre.

CAPÍTULO DIECISÉIS

“Perder a Julieta le dio a Pelayo un corazón adolorido.

Pelayo es un mono triste.”

Triste Cristina, acurrucada sobre su colcha con las rodillas sobre su pecho, gimió. Había llorado tanto las últimas horas que no quedaba nada, quería que le arrancasen el alma herida.

Se permitiría revolcarse durante un día o dos, pero no más que eso. Era una mujer dura, una que ningún hombre podía destruir. ¿Pero cómo pudo ser tan ciega? En un sollozo se rindió a la verdad. No era para nada dura. Más bien estaba humillada, derrotada, y de vuelta a ser la misma chica insegura de sus piernas e indigna de amor que había sido antes de conocer a Felipe. Peor aún, ahora sabía lo que se sentía al sentirse bella y amada por un hombre. Incluso si sólo hubiera sido por un día y no hubiera sido real. Estaría mucho mejor si nunca lo hubiera sabido. ¿Tal vez si ella pretendiera ser fuerte se convertiría en verdad? Debió haber escuchado cuando Felipe le dijo directamente que no salía con nadie porque no quería casarse y tener una familia. No planeaba tener una relación real con ella, sólo quería acostarse con ella. Se merecía un hombre que quisiera las mismas cosas que ella. Tal vez ver los verdaderos colores de Felipe la salvó de una pena mucho peor en el futuro.

Gracias a Dios que no le había dicho que lo amaba. Eso la habría hecho parecer aún más tonta de lo que era. Un golpe silencioso sonó en la puerta de su dormitorio antes de que Angie metiera la cabeza dentro.

—Hola.

Cristina se dio la vuelta y se cayó de espaldas. Mirando hacia el techo, ella dijo:

—Oye.

El lado de la cama se hundió con el peso de Angie.

—¿Has comido algo desde el desayuno? Son casi las ocho.

Cristina sacudió la cabeza.

—No tengo hambre.

—Me imaginé que dirías eso.

Angie agarró la mano de Cristina y la tiró.

—No puedo dejar que te consumas por nada. Por suerte, sé lo único a lo que no te puedes resistir.

Cristina se dejó arrastrar a la cocina como una muñeca de trapo. Cuando llegó allí, sus ojos

se abrieron de par en par.

—¿Me hiciste una barra de helado?

Debe haber habido veinte opciones de primera, incluyendo sus favoritas de todos los tiempos: barras de chocolate aplastadas, M&M's, ositos de goma, nueces, crema batida real en la lata de spray, chocolate caliente y salsa de chocolate. Nunca podría haber suficientes variaciones de chocolate. Pero no había cerezas. Odiaba las cerezas. Y lo mejor de todo, cobertura de chocolate para la parte superior. Angie sonrió.

—La mejor cena de la historia, ¿verdad?

Cristina envolvió su brazo alrededor de la cintura de Angie y apretó.

—Eres la mejor amiga de todos los tiempos.

Gracias a Dios que tenía a Angie. La única persona que nunca la decepcionaría. Así que, ella ignoraría su estómago apretado. Poniendo salsa de chocolate en el fondo de su gran tazón, alternó varias capas de chocolate con nueces, crema batida y helado. Después de haber vertido la cobertura de chocolate sobre la parte superior y dejar que se endureciera, se sentó en la mesa en el rincón de la cocina, esperando que Angie se sentara frente a ella. Después de golpear las cucharas, se pusieron a comer. Unos pocos mordiscos y Cristina dejó de comer. No pudo seguir. La frente de Angie se arrugó.

—¿En serio? El helado siempre ha sido tu curalotodo.

—No puedo creer que estuviera tan equivocada sobre él.

Las lágrimas volvieron a quemar los ojos de Cristina.

—Pensé que era el indicado, Angie. Me hizo reír como nadie. Y fue el primer tipo que me hizo sentir que mis piernas no estaban tan mal. Pero nada de eso era cierto. Me dijo todo eso para tenerme cerca lo suficiente para ayudar al negocio de su hermana. No es el tipo de “felices para siempre” que me engañé pensando que era.

Angie frunció el ceño mientras daba otro mordisco.

—Sé que todavía nos gustaría castrar a Felipe con un cuchillo para mantequilla, pero tal vez debería decirte lo que pasó después de que te fuiste.

—¿Qué? ¿Felipe y Sara se rieron de lo crédula que soy?

—No, en absoluto. Los dos estaban bastante molestos. De su conversación, descubrí que Felipe nunca le dijo nada a Sara sobre su negocio, porque si lo hubiera hecho, habría sabido que ella había vendido el suyo.

—¿Sara vendió su lista de clientes? Me preguntan eso todo el tiempo. Por favor, no me digas que se lo vendió a uno de esos estúpidos gigantes de la red. No valen nada.

—No puedo recordar el nombre, pero sí. Sonaba como si lo fuera. Y algo sobre su abuela. Y sobre decepcionar a Amparo. No terminó bien la conversación entre ellos. Te alegrará saber que parecía que Felipe acababa de recibir una paliza con un remo en la oficina del director cuando nos fuimos.

Cristina suspiró. Eso debería hacerla sentir mejor. En lugar de eso, todavía se sentía insoportablemente triste.



Felipe, cansado de mirar las paredes de su sala, necesitaba una cena y un trago fuerte. Todo lo que tenía era un frasco de mantequilla de cacahuete en el armario y una cerveza ligera en la nevera. Tal vez caminaría al pequeño pub irlandés que había visitado varias veces y que estaba en la esquina justo fuera de la puerta de la subdivisión. Era mejor que revolcarse solo en su culpa. Agarró su chaqueta y se fue. Los dueños del pub, una pareja mayor que había emigrado de Irlanda, se jactaban de que la magia de su whisky era lo suficientemente potente y suave como para ahogar cualquier tipo de dolor. Justo lo que necesitaba para olvidarse de Cristina. Su descubrimiento y el final de las cosas fue lo mejor. Por más que trató de convencerse de que podía ser lo que Cristina quería, se engañó a sí mismo. Cristina se merecía el príncipe que había esperado. Y un príncipe, él no era. Ya lo había demostrado antes, alienando a todas las mujeres de su vida. Después de su corta caminata, Felipe abrió de un tirón la puerta de madera y entró en el acogedor pub. Los jueves por la noche son ser lentos en el bar. Sólo había dos tipos lanzando dardos en la parte de atrás y algunas parejas sentadas en las mesas. Lo último que quería era sentarse en una mesa solo, así que se dirigió a la barra. Brian, el dueño, levantó una mano.

—Enseguida estoy con usted.

Felipe asintió y sacó una silla. Después de que Brian terminara de colocar una cerveza adecuadamente en un estante, se dirigió a él.

—Entonces, ¿qué te gustaría tomar esta noche? Felipe, ¿no es así? Nunca olvido una cara.

—Me alegro de verte, Brian. Una dosis doble de tu whisky mágico, y un sándwich de carne en conserva, por favor—. Brian ladeó la cabeza mientras servía la bebida.

—Recuerdo tu afición por el sándwich, pero normalmente eres un hombre de cerveza, si mi mente no me está jugando una mala pasada.

Felipe asintió.

—Ha sido un día infernal.

—Entonces, ¿tus problemas estarían relacionados con los negocios o basados en una mujer? Normalmente es una o la otra.

Felipe gruñó.

—No sólo una, sino cuatro mujeres. Y una ni siquiera está viva.

—Bueno, eso no puede ser bueno.

Brian se rió.

—Te enviaré un whisky por cuenta de la casa para aliviar el dolor mientras mi encantadora esposa te prepara el sándwich.

—Gracias.

Felipe bebió profundamente antes de balancear su silla para ver el juego de dardos. Tan pronto como vació su vaso, Brian apareció con otro trago. Después de levantarlo como un brindis en agradecimiento, Felipe tomó otro largo trago de un tirón. Cuando llegó la comida se sintió bien y entumecido por todas partes. Hizo un trabajo rápido con el sándwich y todas las papas fritas gruesas al lado. Justo cuando se limpiaba la boca en la servilleta y empujaba el plato hacia adelante, Brian apareció con otro trago.

—¿Estás conduciendo, hijo? Si es así, tendré que pedirte tus llaves y te llamare un taxi.

—No.

Felipe sacudió la cabeza.

—Esta noche voy a pie.

Brian acercó la bebida. —Entonces, el fondo está arriba.

Brian esperó mientras Felipe vaciaba su vaso.

—Me considero un buen juez de carácter. Me pareces un buen hombre, Felipe. ¿Quieres hablar de ello?

—Ahí es donde te equivocas.

Una risa amarga se escapó.

—No soy un buen hombre. Acabo de arruinar lo mejor que he tenido. Nadie me habla porque he sido un imbécil. Igual que mi padre. Eso de la manzana que no cae lejos del árbol es real.

Brian se puso de pie pacientemente y escuchó como Felipe derramó sus tripas a este virtual desconocido. Algo que nunca había hecho antes. Cuando terminó, Brian dijo:

—Llevo 40 años de casado. No puedo decir que entiendo a las mujeres mejor ahora que el día de mi boda. Pero me parece que tu corazón estaba en el lugar correcto, fuiste y lo arruinaste catastróficamente. Entonces, ¿qué vas a hacer para arreglarlo?

Felipe sacudió la cabeza y empezó con la bebida fresca que Brian le puso delante.

—No tengo ni idea.

—Oh, pero ya lo haces.

Brian se rió.

—Claramente es el amor que tienes por cada una de ellas. Muéstrales lo mucho que estás dispuesto a hacer el ridículo. Eso es lo que más les gusta. Las mujeres son raras en ese sentido. Escribir alguna poesía tonta, o hacer algo igualmente castrante. Cuanto más humillante, más rápido te ganarás sus corazones y te recompensarán con sus bonitas sonrisas. Especialmente tu Cristina. Parece una mujer que merece una buena pelea. ¿Estoy en lo cierto?

Felipe asintió. Cristina valía la pena. No es que ganara una pelea en su actual estado de ebriedad, pero no podía dejar que Jorge se quedara con Cristina. Brian tenía razón. Es hora de luchar por lo que él quería. Él averiguaría cómo ser un príncipe sobre la marcha.

¿Qué era necesario para hacerlas sonreír? Tiró todo el dinero de su cartera en el bar y luego se paró para irse a casa.

—Gracias, Brian. Te debo una.

Brian sonrió mientras contaba el dinero.

—Parece que estamos me estás dando más dinero del necesario aquí. — Deslizó unos cuantos billetes de vuelta. —Eres un hombre realmente bueno, Felipe. No escuches a los demonios adentro que te dicen lo contrario. Espero verte pronto. Me encantaría oír cómo resulto todo.

—Dalo por hecho. Buenas noches.

Felipe sonrió mientras se dirigía a la puerta. Tal vez todavía había magia en ese whisky irlandés.



Cristina se sentó junto a Angie en el sofá de su sala de estar. Con las dos manos metidas al unísono en el tazón casi vacío de palomitas de maíz con mantequilla que tenían entre las dos, suspiraron mientras los créditos del final se desplazaban por *Mientras dormías*. Estuvo llorando todo el día. Ver películas románticas probablemente no fue una gran idea. Pero le gustaba ver a otras personas tener el “felices para siempre” que ella esperaba para sí misma algún día. Angie preguntó:

—¿Una película más?

—¿Por qué no? Hagamos nuestra salvaje noche de viernes aún mejor derramando más lágrimas.

Angie sonrió y relleno la copa de vino de Cristina.

—Así que la fiesta de cumpleaños de Amparo es mañana, ¿verdad? ¿Estás dispuesta a pasar el día con la familia de Felipe?

—No. Pero no puedo lastimar a Amparo. Se tengo que ir. Además, ya casi lo he superado.

Angie señaló la pila de pañuelos arrugados en la mesa de café.

—Esa película era una comedia romántica, no un juego de niños, Cristina. No estás ni siquiera cerca de superarlo.

—Bien. Tienes razón. Pero es tan molesto.

Cristina subió las piernas hasta el pecho y las rodeó con sus brazos. Poniendo su barbilla en las rodillas, dijo:

—Hoy he pasado a estar más enfadada conmigo misma que con Felipe. Lo sabía. Siempre me he mantenido alejada de tipos como Felipe. Dejé que su buena apariencia nublara mi juicio, como una adolescente tonta. Me merezco todo este dolor. Me aseguraré de revivirlo si alguna vez vuelvo a ser tentada de esa manera.

—Tal vez estás siendo demasiado dura contigo misma, Cristina. Has sido muy feliz estas últimas semanas con Felipe. No era sólo su apariencia. Era algo más profundo que eso.

—Tal vez. Pero Felipe sigue siendo el tipo equivocado para mí a largo plazo. Amparo es un buen ejemplo. Que Felipe se pierda su fiesta de cumpleaños y ponga el trabajo por delante le romperá el corazón. Ella lo ama de verdad. Y él lo sabe, pero aun así tomó la decisión que tomó. Así es mejor.

Angie encontró Orgullo y Prejuicio en la lista de películas y pulsó el botón de reproducción.

—No estoy del lado de Felipe ni nada, pero se preocupó lo suficiente como para encontrar el informe del incendio y ayudarte a librarte de toda esa culpa sobre tu familia. Esa sería una jugada del Sr. Darcy, de seguro. Creo que hay más en esta historia de lo que crees. Y debo señalar que a Elizabeth Bennet tampoco le gusta Darcy al principio. Entonces hubo un pequeño malentendido sobre su comportamiento, pero veamos qué pasa.

—Divertido.

Cerró los ojos y suspiró. Ella sabía cómo era la historia. Después de resolver su confusión, Elizabeth se da cuenta de que fue demasiado rápida al juzgar a Darcy sin todos los hechos. Luego sigue el “felicidades para siempre”. Pero escuchar cualquier excusa que se le ocurriera a Felipe no cambiaría el hecho de que no quieren las mismas cosas y que no están destinados a ser el uno para el otro. Estúpidas lágrimas le quemaron los ojos otra vez. Su “Felicidades para siempre” no iba a llegar pronto, así que se instaló, decidida a olvidar a Felipe y disfrutar de la película. Era una de sus favoritas. Después de media hora, no pudo soportarlo más. Odiaba a Angie por hacer la referencia entre Felipe y el Sr. Darcy. Cada vez que Darcy salía a la pantalla, su mente se llenaba de imágenes de Felipe, en todas ellas aparecía molestosamente guapo y perfecto.

—Me voy a ir a la cama. Nos vemos en la mañana.

Angie sonrió.

—Dulces sueños... Miss Bennet.

—Ja, ja. Si no fueras mi mejor amiga, yo...

Era patética. Era tan triste que ni siquiera pudo devolver la broma de manera decente. Arrastrándose bajo sus cobijas, cerró los ojos y contó desde mil hacia atrás, rezando para que se bloqueasen todos los pensamientos de Felipe y Darcy que estaban rebotando en su cabeza.



Cristina se enganchó la correa de la bolsa de libros en su hombro y pasó el regalo de Amparo a su otra mano. Podría manejar una simple fiesta de cumpleaños para un niño. Abrió la puerta de cristal y entró a el caos de la fiesta de cumpleaños. Los fuertes y felices chillidos de los niños jugando a los videojuegos se mezclaron con los pitidos electrónicos. Personajes peludos del bosque de dos metros de altura se mezclaron y se tomaron fotos con los niños. El olor del azúcar y la pizza grasienta la golpeó. El ruido y el olor no iban a ayudar al dolor de cabeza por estrés que se agarraba a la base de su cráneo como un tornillo de banco. Obligó a sus pies a aventurarse más adentro, vadeando a través de niños sonrientes corriendo con los puños llenos de boletos. Debe haber habido cuatro o cinco fiestas al mismo tiempo. Había gente en todas partes. El lugar estaba lleno de gente. Después de ver a Sara y a sus padres en la parte trasera, Cristina se dirigió hacia ellos. Añadió su paquete a la pila de regalos en la mesa marcada con el nombre de Amparo y luego respiró hondo para armarse de valor antes de volverse para saludar a todos. Antes de que pudiera saludar, la madre de Felipe se paró y le abrió los brazos para darle un abrazo.

—Hola, Cristina, muchas gracias por venir.

Linda abrazó a Cristina y le susurró:

—Sé que no es fácil para ti estar aquí. Felipe nos dijo lo tonto que había sido. Pero todos estamos tan felices de que hayas decidido venir.

Aliviada, porque temía que todos se pusieran de su lado, finalmente sonrió.

—Amparo es mi fan favorita. No me lo habría perdido por nada del mundo.

Sara dijo:

—Ven a sentarte y a visitarnos un minuto mientras los niños juegan. Puede ser la única oportunidad que tendremos de tener algún tipo de paz por el resto de la tarde.

Cristina saludó al padre de Felipe, que estaba ocupado montando un juguete, y luego se sentó en el banco junto a Sara.

—Siento lo del otro día....

—No.

Sara levantó su mano.

—Entiendo. Beatriz hizo parecer a propósito que ella y Felipe iban a tener una cita, por supuesto que estabas molesta. Yo también estaba enojada con Felipe, hasta que me calmé un poco y pensé en ello. Felipe estaba siendo él. Puede ser un poco despistado a veces, pero en realidad tenía buenas intenciones con el espionaje.

¿Escuchaba bien? ¿Estaba haciendo un Elizabeth Bennet a Felipe? Angie dijo que podría haber más en la historia. No importaba. Felipe no era el tipo adecuado, por mucho que su corazón se lo dijera, necesitaba escuchar a su cerebro sensible. Amparo corrió hacia ella con los brazos abiertos.

—Hola, Cristina.

Levantó a Amparo y le dio un fuerte abrazo.

—Hola, Amparo. ¡Feliz cumpleaños! ¿Te estás divirtiendo?

Amparo asintió con la cabeza. Pero extraño al tío Felipe.

—Lo sé, niña. Pero oye.

Cristina levantó su bolsa de libros para mostrarle lo que había traído.

—¿Quieres elegir qué libros regalar a tus amigos y luego los firmo?

—Si me encantaría.

Una gran sonrisa se formó en la cara de Amparo mientras curioseaba a través de la bolsa. Sara se peleó con todas las niñas y se las arregló para organizar una línea. Amparo, sentada en el regazo de Cristina y emocionada por ayudar, mantuvo el libro abierto en la página correcta para que ella lo firmara. El pelo de Amparo olía a champú para bebés de Johnson y a algo dulce, un poco como a pastel. Cristina respiró profundamente e imprimió el recuerdo. Odiaba que probablemente ya no la viera mucho más. Justo cuando firmó el último libro, Amparo señaló y gritó:

—Mira. ¡Es Pelayo!

Cuando Cristina vio al mono de dos metros de alto que llevaba un regalo, sonrió. Ella no había visto a ese personaje cuando entraba. Debía ser parte del paquete de cumpleaños que Felipe pagó. Fue bueno que pensara en comprarle a Amparo un mono que se pareciera tanto a Pelayo. Amparo salió del regazo de Cristina y se cayó al suelo. Corrió a toda velocidad hacia el mono, esquivando a todos los demás niños en su camino. El mono se inclinó y abrió sus brazos de par en par. Amparo gritó de alegría cuando el mono la cogió y la hizo girar. A pesar de lo deprimida que

Cristina había estado los últimos días, se sentía bien al sonreír. La felicidad en la cara de Amparo hizo difícil no hacerlo. Tal vez este lugar no era tan malo después de todo. Después de que el mono dejó a Amparo, le dejó el regalo a sus pies. Lo recogió y lo añadió a todos los demás de su mesa.

—Mami, Pelayo va a jugar con nosotros ahora.

—Bien, diviértete.

Sara saludó a Amparo mientras se deslizaba junto a Cristina en el banco de aluminio. Todos los niños se reunieron alrededor del mono, que los recogió a cada uno y les dio una gran vuelta.

—Felipe debe haberse sentido realmente culpable por perderse la fiesta. Ese mono tuvo que costar un montón extra.

Cristina se encogió de hombros.

—Sí, pero necesita aprender que no puede tirar el dinero en una situación y mejorarla. Debería haber hecho el esfuerzo de estar aquí.

La madre y el padre de Sara se unieron a ellos. Linda dijo:

—Estoy totalmente de acuerdo. Esta es una fiesta divertida, Sara.

Cuando el mono recogió a Amparo y la llevó a las máquinas de skee ball, Cristina se volvió hacia Sara.

—Entonces, Angie mencionó algo sobre que vendiste tu lista de clientes.

Sara asintió.

—Me encantaba ser casamentera, pero la vida se interponía. Necesitaba ganar más de lo que mi negocio me daba para asegurarme de que Amparo pudiera ir a la universidad algún día. Pero realmente extrañaré a la gente. Y probar que mi instinto tenía razón cuando terminaban juntos. Conoces la sensación, ¿verdad?

Cristina sacudió la cabeza.

—No tengo el instinto, mis coincidencias se basan en algoritmos. Pero sé lo que quieres decir sobre la emoción de encontrar a las personas adecuadas. Es una sensación increíble ser parte de eso.

—Tenía un buen presentimiento sobre ti y Felipe.

Ella extendió una mano en dirección a sus padres.

—Todos lamentamos que las cosas no hayan funcionado.

—Sí—. Cristina suspiró.

—Yo también.

Felipe tenía la mejor familia. Siempre le hacía doler un poco el corazón cuando pasaba tiempo con ellos. Desde que perdió a la suya, siempre había anhelado volver a ser parte de una familia. Pero eso no iba a suceder pronto. De repente, el mono y Amparo aparecieron frente a Sara. Una voz apagada desde dentro dijo:

—Esto es para ti, la madre de Amparo.

—¿Un regalo para mí?

Alargó la mano y se asomó dentro de la gran bolsa de regalos que el mono tenía.

Sara sacó un montón de papeles, frunciendo el ceño mientras estudiaba la nota adjunta.

—¿Qué tienes ahí, Sara?

El padre de Felipe preguntó.

—Es mi lista de clientes.

La cabeza de Sara se levantó y le parpadeó al mono.

—¿Cómo podría...? — El mono levantó las manos y se quitó el casco.

Amparo gritó:

—¡El tío Felipe es Pelayo! Pensé que tenías que trabajar.

La familia de Felipe sonrió cuando Felipe la recogió y la abrazó.

—No podía perderme tu fiesta, Amparo. Deje que otro se encargara de mi trabajo.

Luego se volvió hacia Sara.

—Tienes que hacer lo que amas, Sara. Lo que te hace feliz. Siento haber intentado arreglar las cosas a tus espaldas. No volverá a suceder. Encontraremos la manera de que vayas a la escuela y te quedes con esto también. ¿De acuerdo?

Sara parpadeó sus lágrimas mientras se llevaba el paquete de papeles al pecho.

—Gracias, Felipe.

La cruda emoción en el rostro de Sara descongeló el corazón herido de Cristina unos grados. Felipe había llegado y había elegido a su hermana y a Amparo en lugar del trabajo. Bien por él. Tal vez había cambiado un poco. Cuando los ojos de Felipe se encontraron con los de ella, su sonrisa se desvaneció lentamente. La infelicidad escrita en su cara tiraba de su alma. Sara rápidamente se recompuso y se acercó a Amparo.

—Vayamos a por más tarta para que Felipe pueda hablar con Cristina.

Amparo frunció el ceño.

—Pero él también quiere pastel.

Ella se volvió hacia él.

—¿Verdad, tío Felipe?

Entregó a Amparo y forzó una sonrisa.

—Estaré allí en un minuto. Guárdame un poco, ¿vale?

Sara y su familia desaparecieron rápidamente y luego fueron sólo ellos dos, mirándose fijamente, rodeados de niños gritones.

Las mariposas alzaron el vuelo en sus entrañas mientras se levantaba del banco de aluminio.

—Hola—. —¿Podemos hablar, por favor?

Sólo podía asentir con la cabeza porque su garganta estaba tan obstruida por la emoción.

Parte de ella quería correr, temiendo que la lastimara de nuevo, pero las oscuras sombras bajo sus ojos detuvieron sus ansiosos pies. Probablemente él tampoco había dormido toda la noche y se veía tan miserable como ella. Miró a su alrededor.

—Demasiado ruido aquí. Vamos afuera.

Se aclaró la garganta.

—Dame un segundo.

Movió su peso con impaciencia de pie a pie mientras ella llamaba y saludaba a todos. Le hubiera gustado darles a todos un último abrazo, pero lo perdería si lo hiciera. Ella acababa de recoger sus cosas cuando él la rodeó con su mano de goma de mono y la llevó hacia la puerta principal. Era un mal hábito suyo, arrastrarla así. Pero como el “maldita sea, Cristina”, le había llegado a gustar un poco. Una vez fuera, el silencio era majestuoso en comparación. Ella le echó una mirada. Tan enfadada y herida como estaba, Felipe la arrastró mientras estaba vestida con un traje de tres cuartos de mono y amenazó con hacerla sonreír. Eso fue algo que nunca imaginó ver. Dijo;

—Lo siento mucho, Cristina. Debí haberme sincerado mucho antes. Y me refiero a lo que había dicho sobre que no éramos un rollo de una noche. Te he cuidado desde el principio.

—No espías a la gente que te importa. Y sobre todo no te acuestas con ellos mientras espías. Me has hecho daño, Felipe.

—No quise hacerlo. Al principio no sabía cómo decírtelo, luego consideré no decírtelo porque había decidido no darle los datos a mi hermana. Pero entonces me di cuenta de que necesitabas saberlo, así que planeé llevarte a cenar y explicarte las cosas.

Todavía la arrastraba hacia el enorme aparcamiento y le preguntó:

—¿Dónde has aparcado?

—Por allí.

Hizo sonar su llavero. Sus faros intermitentes le dieron su respuesta. También podría sacarle toda la historia.

—Entonces, ¿por qué me espiabas y qué esperabas aprender?

Dejó de caminar y movió la cabeza del mono a su otro brazo.

—El negocio de casamenteros de Sara se ha transmitido de generación en generación en mi familia. El día que mi abuela murió, me rogó que me asegurara de que el negocio siguiera ahí cuando Amparo creciera, si ella lo quería.

Su peludo brazo de traje de mono se deslizó alrededor de su hombro mientras la guiaba hacia su coche de nuevo.

—Usas computadoras, bases de datos, medios sociales y Sara usa tarjetas de índice como lo hacía mi abuela. Sara necesitaba mantenerse al día, o el negocio desaparecería. Quería ver cómo lo hacías para poder enseñarle.

Había pasado muchas horas diseñando sus sistemas, y funcionaban bien.

—Pero el camino de Sara también tiene mérito, aunque no gane tanto dinero. Contratar a un chico a tiempo parcial con conocimientos de informática habría sido una forma más sencilla de arreglarlo en lugar de espiarme.

Se detuvo en seco y frunció el ceño. La confusión en su cara era bastante linda. Finalmente dijo:

—Eso es exactamente lo que necesita para resolver sus problemas y mantener el negocio vivo, tal vez si tú y Sara combinaran sus....

Frunció el ceño y se cortó.

—Lo siento.

Movió su mano a la parte baja de la espalda y la guio suavemente a su coche de nuevo.

—El negocio es de Sara, no mío. Necesito mantenerme al margen.

Su remordimiento parecía genuino. Había espiado para cumplir una promesa a su abuela.

Pero no había seguido adelante con ello. No se había involucrado con Beatriz. Al final, él se hizo cargo de Amparo y Sara, pero ¿estaba honestamente preparado para una relación real? Los compromisos, los sacrificios. ¿Una familia? ¿Realmente quería arriesgarse tanto con su corazón? Pero entonces, Felipe se había puesto un traje de mono. Eso tenía que contar para algo. Cuando llegaron a su coche, y ella había tirado sus cosas en el asiento del pasajero, se volvió hacia él.

—Digamos que decido perdonarte, lo cual aún no he hecho. ¿Qué quieres de mí, Felipe?

Dejó caer la cabeza de mono sobre su coche.

—Un nuevo comienzo, Cristina. ¿Por favor? Borrón y cuenta nueva y una cita. Te estaré esperando en ese lugar italiano al que fuimos antes. Nos vemos a las siete.

Antes de que ella pudiera responder, se volvió para irse, el mono arrogante. Siempre tan seguro de sí mismo. Y había olvidado su cabeza. Debió darse cuenta, porque se dio la vuelta y marchó hacia ella otra vez. Se detuvo frente a ella y deslizó sus manos de goma a lo largo de los lados de su cara y la levantó. Luego puso sus labios suaves sobre los de ella y la besó tan dulcemente que su corazón suspiró. Cuando sus labios dejaron lentamente los de ella, ella abrió los ojos con un parpadeo y miró fijamente a los oscuros de él mientras susurraba:

—Te quiero, Cristina. Para siempre.

Luego se agarró la cabeza y se dirigió hacia la fiesta. ¿Quién hace eso? ¿Lanza una bomba “Para siempre” y simplemente se va? Felipe Monserrat, ese es quien. Abrió la puerta de su coche y se puso al volante. Tal vez no se sentía como italiana. ¿Había pensado en eso? ¡No! Sólo hizo su estúpida cosa de neandertal y esperaba que ella se pusiera a la altura, como siempre. Qué apropiado que haya estado usando un traje de mono mientras lo hacía. El gran simio. Pero la idea de esa lasaña le hizo la boca agua. Si ella fuera, él tendría que buscar una buena botella de vino. Y elegir el postre también, maldita sea. Aun sacudiendo la cabeza, arrancó su coche y lo puso en marcha. Felipe era el hombre más imposible que había conocido. Entonces, ¿qué haría ella con él? Para siempre.

CAPÍTULO DIECISIETE

“Pelayo ama a Julieta diez veces más que a los plátanos. ¿Pero ella le correspondía el amor?”

Pelayo consigue su cosa favorita.”

Felipe esperaba en una mesa en la parte trasera del cálido restaurante, de espaldas a la pared, mirando y rezando para que Cristina no lo dejara plantado. Eran las siete en punto. Una de las reglas de Cristina en las citas era nunca llegar tarde. Pero a él no le importaba, siempre y cuando ella se presentara. A los cinco minutos después de las siete, las puertas se abrieron y un grupo de seis hombres grandes se amontonaron junto con una ráfaga de aire fresco del exterior. Se mezclaron en el frente mientras esperaban a ser sentados. Él se agitó el cuello, buscando y esperando que ella se deslizara detrás de ellos. Pero no había señales de ella. Que Cristina llegara tarde no era bueno. Debería haberle dicho que la amaba de nuevo. ¿Por qué había olvidado esa parte? ¿Y todas las demás cosas que planeaba decir? Él podía enviarle un mensaje para asegurarse de que venía, pero entonces ella se enfadaría con él por usar su teléfono en vez de fingir que esperaba ese momento mágico que dijo que se suponía que pasaría cuando se vieran por primera vez. No podía permitirse el lujo de hacerla enojar más. Cinco minutos más tarde, otra ráfaga de aire frío se arremolinó, pero la gente reunida al frente todavía se interponía en el camino. No pudo ver quién había entrado. Cristina apareció de repente, deslizándose entre dos de los hombres que esperaban, y luego giró la cabeza, buscándolo. Ella fue hacia él. Se quitó la servilleta del regazo y se puso de pie para que ella lo viera. Cuando sus ojos se encontraron, ella sonrió. Sintió el impacto como un pulso de láser caliente en su intestino. ¿Así que era real después de todo? ¿Ella también lo sintió? Cristina atravesó las mesas, abriéndose camino hacia él mientras desabrochaba su abrigo. Llevaba la misma ropa que había usado la primera vez que se conocieron. Eso tenía que ser una buena señal, ¿verdad? ¿Como un nuevo comienzo? Se asegurará de mencionarlo. Mostrando que prestaba atención. ¿O fue algo malo señalar un traje que una mujer usó dos veces? Maldición. ¿Quizás debería dejar de hablar de ello y fingir que nunca se conocieron? Le había pedido que hiciera borrón y cuenta nueva, después de todo. Sacó su silla.

—Hola, soy Felipe. Cristina te describió perfectamente. Te reconocería en cualquier lugar, Candela.

Puso su pequeño bolso en el asiento vacío a su lado.

—Bonita apertura. Te daré un punto por eso.

El alivio pasó a través de él. Tal vez ella le iba a dar otra oportunidad.

Tomó su abrigo y lo puso junto a su bolso, y luego la ayudó a instalarse. Limpiándose las palmas sudorosas en sus pantalones, tomó su lugar frente a ella.

—Gracias por venir. Temía que hubieras cambiado de opinión.

—¿Cambiar de opinión? Eso implicaría que realmente me diste una opción. Lo cual no

hiciste. Me acabas de decir que esté aquí. Así que, estaba sentado en el coche debatiendo. Entonces me dio hambre. He oído que la lasaña es buena aquí.

—Lo siento. Tenía miedo de que dijeras que no si te daba a elegir.

El pánico se arraigó en su intestino de nuevo. ¿Tal vez no lo estaba aceptando de nuevo? Será mejor que aumente su juego. El manual de citas de Cristina decía que hiciéramos preguntas de sondeo y mostráramos interés en la respuesta.

—¿A qué te dedicas, Candela?

Mientras Cristina le miraba a los ojos, como si decidiera si quería seguirle la corriente, seguir el juego, pero su corazón casi dejó de latir. Entonces se formó esa sonrisa traviesa que tanto amaba.

—Bueno, recientemente hice un gran cambio de vida. Como nuestra amiga Lisa, me sentí sofocada en mi trabajo como escritora, así que decidí competir con ella y abrí una tienda online. Vendemos cristales espeluznantes y tenemos una gran selección de muñecos de vudú. Junto con todos los ingredientes necesarios para cualquier hechizo que quieras conjurar.

—¿Es verdad? — Se rió y se acercó. —¿Conoces algún buen hechizo de amor?

—Podría estar dispuesta a preparar uno para ti.

Cristina cerró la distancia entre ellos y le dio un suave beso.

—Pero si vuelves a meter la pata, ten cuidado. Tengo un muñeco de vudú con tu nombre, amigo. Yo también me quedaría con el traje de mono, si fuera tú.



Unos meses después...

Cristina se inclinó más cerca del espejo del baño mientras se ponía máscara de pestañas. La voz de Felipe desde abajo gritó:

—Maldita sea, Cristina. ¡Llegamos tarde!

Ella gritó:

—¿No has aprendido ya que gritarme no me hace ir más rápido?

Volvió a lo suyo. Estaba atrasada porque había destrozado el baño buscando sus píldoras anticonceptivas. No podía imaginar cómo las había extraviado. Siempre las guardaba en el mismo lugar en su lado de la enorme encimera de granito que Felipe tenía en su baño. Lo siguiente que supo fue que estaba al revés y sobre el gran hombro de Felipe.

—Se acabó el tiempo. Puedes terminar en el coche.

—Bonito—. Ahora mi pelo está despeinado.

Después de que él presionó su bolsa de maquillaje en su mano, ella envió la punta puntiaguda de su zapato a sus entrañas y le sacó un gruñido respetable.

—¿Has visto mis píldoras? No puedo encontrarlas.

—Preocúpate por las píldoras más tarde, no queremos llegar tarde a la fiesta.

—Entonces detente en el lado equivocado de la cama e inclínate para que pueda tomar mi móvil de la mesa de noche, Sr. Impaciente.

Como ambos estaban acostumbrados a dormir en el lado derecho de la cama, ella aceptó lanzar una moneda por ello. Y ella había perdido. Después de que él cumpliera, bajaron las escaleras y ella le clavó las costillas.

—Vas a preocuparte por esas píldoras más tarde esta noche, amigo. No hay pastillas, no hay nada.

Abrió a empujones la puerta de la casa al garaje.

—Sigues enojada porque me salí con la mía con el mejor lado de la cama.

La dejó caer al lado del Porsche, la besó profundamente y le abrió la puerta. Todavía un poco mareada por su fantástico beso, ella dijo:

—Sí, eso también.

Sacudió la cabeza y se metió dentro. Al salir del garaje, ella bajó el espejo. Después de aplicar el brillo, se golpeó los labios, se peinó con los dedos, y luego cerró el espejo. La verdad era que se estaba acostumbrando al lado equivocado de la cama, así que no había sido un acuerdo tan malo. No es que ella fuera a compartir ese pequeño detalle con él. Necesitaba poner en marcha su último plan. Habían estado saliendo por ocho meses, ella había estado viviendo con él por los últimos cinco, y eso era suficiente. Había intentado dejar fotos de sus anillos favoritos de Eva's en la mesa de café y en su estudio, y dejar pistas sobre cómo sería perfecto tener una boda en Italia en agosto o septiembre, cuando el clima sería el mejor. Siendo julio, el Sr. Cabeza Dura aparentemente no se había dado cuenta.

—Así que, Angie dijo algo interesante hoy. Sugirió que como ya no vivía en mi casa, pero seguía pagando la hipoteca, ¿no sería más inteligente que le vendiera la casa? Entonces encontrará un compañero de cuarto para compensar sus gastos. Pero eso significaría que no tendría donde vivir si me patearas a la acera.

Felipe se rió.

—Eso es gracioso. Si alguien daría la patada en esta relación esa serías tú.

Se frotó la barriga, recordándole sus acciones anteriores.

—Eso fue más un golpe que una patada.

Ahogó su sonrisa.

—Entonces, ¿qué crees que debería hacer?

—Lo que quieras, Cristina. Es tu casa, pero parece un desperdicio pagar todo ese dinero. Cuando puedes vivir conmigo.

Debería haberle dado una patada mucho más fuerte.

—Mira esto desde mi perspectiva. Sólo soy una invitada en tu casa. ¿Y si te cansas de mí y ya he vendido mi casa a Angie que tiene un nuevo compañero de cuarto? ¿A dónde iría?

Se encogió de hombros.

—Angie tiene un sofá. ¿O donde tu tía y tu tío?

Ella quiso pegarle con un cinturón.

—Bien, cabeza hueca. Este sería un buen momento para decir algo como: “Cristina, te amo”.

Quiero pasar el resto de mi vida contigo, bla, bla.

Se rió entre dientes cuando llegaron a la entrada de su madre.

—Cálmate, Cristina. Hablaremos de esto más tarde.

Salió del coche y dio un portazo. Entonces ella camino hacia el interior de la casa. Después de dar abrazos a todo el mundo, se dirigió a la madre de Felipe.

—Hola. Feliz cumpleaños.

Cristina abrazó a la madre de Felipe muy fuerte y luego le besó la mejilla. Ella realmente amaba a Linda.

—¿Cómo puedes ser tan grande y tener un hijo tan lento?

Linda se inclinó hacia atrás y frunció el ceño.

—¿Qué pasa, cariño?

Linda sonrió mientras ponía un vaso de vino en la mano de Cristina.

—Estarás cantando una melodía diferente al final de la noche, cariño. Lo prometo.

—Lo dudo.

Funció el ceño cuando sacó un largo trago de su vaso. Después de una gran cena de parrilla, todos se sentaron en el patio trasero a comer el postre, esperando que comenzaran las conversaciones. El humor de Cristina se había relajado un poco. Sobre todo, porque decidió que Felipe no iba a recibir nada esta noche, aunque le rogara. Tal vez incluso por todo el fin de semana. Como si ella pudiera aguantar tanto tiempo. ¿A quién estaba engañando? Ella era el pudín en sus manos, pero podía hacerle pagar por una noche al menos. Todos tenían platos de sandía en sus regazos cuando Amparo corrió hacia ella.

—Cristina, el tío Felipe y yo escribimos un libro para ti.

Dejó su plato a un lado y puso a Amparo en su regazo.

—¿Lo hicieron ustedes?

Amparo irradiaba una brillante sonrisa.

—Sí, yo hice las fotos, el tío Felipe escribió las palabras en el ordenador y mamá lo llevó a algún sitio y pusieron las cosas de metal rosa para mantenerlo unido.

Ella miró a Felipe, que tenía una sonrisa engreída en su cara.

—No eres la única que puede escribir grandes libros, Cristina.

Aceptó el adorable libro y suspiró.

—Diez cosas que Felipe y Amparo aman sobre Candela Kido.

Habían usado su verdadero nombre. Pestañeó sus amenazantes lágrimas. Amparo saltaba sobre su regazo.

—Ambos tenemos cinco cosas. Las míos son las primeras.

—Las damas primero, eso tiene sentido.

Cristina le dio un beso en la cabeza a Amparo.

—Gracias, cariño.

Abrió el libro y sonrió ante las bellas ilustraciones.

—Esto es bastante genial. Me preocupa que vendan más libros que yo.

Felipe se sentó a su lado en el banco de picnic y la acercó.

—Este es el momento que elijo para decirte que te amo Cristina y que quiero pasar el resto de mi vida contigo, bla, bla.

Le besó la mejilla.

—Aquí está la parte del bla, bla.

Las lágrimas nublaron su visión mientras se apresuraba por las dulces páginas de Amparo. Eran increíbles, pero ella se moría por ver qué se le había ocurrido a Felipe. Cuando pasó la quinta página de Amparo dijo:

—Gracias, Cerebro de mono, yo también te quiero.

Besó a Amparo y luego se la entregó a Sara, que se movió a su lado, lo suficientemente lista para darse cuenta de que lo que venía después era algo que una persona no quería hacer con un niño en su regazo. Pasó la siguiente página, sonriendo con anticipación. Leyendo en voz alta para el grupo, dijo:

—Número seis. A Felipe le encanta cómo le hace sentir Candela cuando está con él. Es incluso mejor que cuando está disfrutando de una cerveza fría y un plato de nachos con queso en un partido del Real.

Cristina le echó un vistazo a Felipe y le amartilló una ceja. Se rió.

—Se mejoran, sigue adelante.

Riéndose, porque los nachos y la cerveza en un partido del Real eran algo bastante grande, ella dio vuelta la página.

—Número siete. A Felipe le encanta cómo ella les sonríe a los niños. Quiere tres lo antes posible porque ella será tan buena madre como la suya.

La madre de Felipe sonrió.

—Gracias, Felipe.

Luego se volvió hacia Cristina.

—Tiene razón, Cristina. Y no puedo esperar a ser abuela de nuevo.

El padre de Felipe estuvo de acuerdo. Cristina se giró y se encontró con la mirada de Felipe, probablemente sonriendo como un idiota. Nunca habían hablado de números, sólo que querían niños. Había estado demasiado ocupada concentrándose en la parte de conseguirlo para casarse.

—¿En serio? ¿Quieres tres?

Asintió con la cabeza.

—¿Es demasiado? Podemos negociar.

Ella lo besó.

—No, tres es perfecto. Y tienes razón. Esto está mejorando.

Al pasar la siguiente página, leyó:

—Número ocho. A Felipe le encantan las piernas de Candela. Siempre recuerda lo valiente que es Candela cuando las ve. Es la mujer más hermosa que Felipe ha conocido. Por dentro y por fuera.

Encontró la mano de Felipe y le dio un fuerte apretón. Tuvo que morderse el labio inferior para detener las lágrimas que amenazaban de nuevo. No podría haber dicho nada que la tocara más profundamente. No importaba lo que viniera después. Todo lo que sabía era que quería pasar el resto de su vida con un cavernícola tan maravilloso y despistado.

Aun sosteniendo la mano de Felipe, se aclaró la garganta.

—Número nueve. A Felipe le encanta la forma en que Candela se compromete. A Felipe le encanta tener su lado de la cama de vuelta.

Se rió. Eso era lo tan genial de ellos. Sabía que ella se ahogaría después de sus comentarios sobre sus piernas, así que hizo una broma. Realmente se entendían el uno al otro. Siguiéndole la corriente, susurró:

—Me has pillado en un momento de debilidad. No esperes más compromisos en el futuro, amigo.

Él deslizó su mano de la de ella y la puso alrededor de su hombro. Su cálido aliento susurró contra su oreja;

—Ya veremos. Tal vez no deberías leer el último en voz alta.

—Bien.

Pasó la página.

Número diez; —Felipe planea mantener a Candela desnuda durante dos semanas si ella dice “sí” a su próxima pregunta.

Una sonrisa lenta estiró sus labios mientras Felipe se deslizaba del banco y se arrodillaba ante ella. Buscó en su bolsillo y sacó una pequeña caja azul de Eva's. Inclinando la tapa hacia atrás dijo:

—Te quiero a ti, Pelayo, y a todos los niños que tendremos la suerte de tener para vivir juntos felices para siempre, Cristina. Sé que no soy un príncipe, pero ¿te casarías conmigo? Por favor.

Todos vitoreaban mientras ella sonreía y le arrebatava la caja de la mano. Deslizando el anillo en su dedo, luchó contra las ganas de saltar como lo hacían a menudo Amparo y Pelayo.

—¡Este es el anillo que más deseaba!

Felipe puso los ojos en blanco.

—Era el más grande y caro de los cinco cuadros que colocaste estratégicamente en nuestra casa, así que eso pensé.

¿Nuestra casa? Qué bien.

—Gracias, nena.

Ella tiró de la cara de Felipe hacia la suya y puso sus labios sonrientes en los suyos. Pero mientras lo besaba, se le ocurrió un pensamiento. Se inclinó hacia atrás y susurró:

—¿Robaste mis píldoras? Dijiste que tenías prisa por tener hijos, pero no voy a caminar por el pasillo de nuestra boda con una barriga de bebé.

—Sí, pero ¿cuánto tiempo tarda en aparecer la barriga? Porque Angie, Sara y yo hemos estado haciendo planes para una boda en Florencia, por tus numerosas sugerencias. Si lo apruebas, nos vamos todos en unas semanas, ¡el tiempo óptimo para imprimir las invitaciones!

Su corazón se hinchó tanto que temía que estallara.

—¿Así que estabas prestando atención después de todo?

—¿En serio, Cristina? Puedes ser tan sutil como una escopeta.

—Pero te encanta eso de mí, ¿verdad?

—No. Ni un poco.

Felipe la besó y luego sonrió mientras sus labios se separaban lentamente de los de ella. — Pero te quiero por todas las demás cosas. Entonces, ¿eso es un sí?

—¡Sí!

Finalmente. La siguiente parada, Italia, y luego la oportunidad de pasar el resto de su vida con el hombre más guapo, molesto y maravilloso del mundo. No podía esperar para empezar.

FIN